MEMORIAS DE UN ESPÍRITU

¡TE PERDONO!

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

11 012732

Casa editorial de Carbonell y Esteva

MEMORIAS DE UN ESPÍRITU

¡TE PERDONO!

Comunicaciones obtenidas
por el médium parlante del Centro Espiritista
«La Buena Nueva» de la ex-villa de Gracia

copiadas y anotadas

POR

Amalia Domingo Soler

TOMO CUARTO

BARCELONA

Imprenta y Librería de Carbonell y Esteva
Rambla de Cataluña, 118
1904

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

XLVIII

Después de aquella jornada provechosa, al día siguiente volví á ver á la infeliz enferma acompañada de María, de la niña tan deseada por aquella mujer. Durante el camino dí instrucciones á María para que usara de la mayor prudencia, pues la verdad es que como no tenía muy buenos recuerdos de su primera protectora, temí que al verla no le guardara el respeto debido, pues la juventud es ingénua, y hay ingenuidades que matan; mas por mucho que le advertí á María, ésta al ver á la pobre mujer que cuidó de su infancia, se estremeció de espanto, se dejó abrazar por aquélla, que la estrechó contra su corazón con verdadero frenesí, sin corresponder á sus delirantes halagos, por mas que yo le decía con voz apenas perceptible:—Debes querer á esta mujer, olvida el pasado y piensa sólo en el presente.

© Biblioteca Nacional de España

»La enferma miraba á María sin cansarse de mirarla ¿qué pensaba aquella mujer? ¡quién sabe! su semblante, revelaba diversas emociones, alegría, pena, rabia, despecho, amor, odio, todo á la vez. María comprendí que se cansaba y que sufría con el examen que de su persona hacía la enferma, mirándola y tocándole los hombros, el cuello y la cabeza, que en verdad era hermosísima, coronada de rubios cabellos naturalmente rizados, era la cabeza de un ángel; y como todo tiene su límite, y la paciencia es una de las cosas que dura menos, antes que María hiciera un movimiento brusco, la separé de la enferma, sentándome entre las dos, que á la vez se sentaron por indicación mía, lo que me valió una mirada de María, tan dulce, tan significativa, que me conmovió profundamente. ¡Pobre niña! ¡cuánto me dijo con sus ojos!

»Hablé largamente con la enferma haciéndole comprender que era imposible que la niña permaneciera á su lado, puesto que las aspiraciones de María eran servir á Dios, convertida en hermana de la Caridad.

»—Pues que comience conmigo, ¿quién más pobre que yo ni más enferma?

»—¿Acaso crees tú que tu pobreza y tu dolencia continuarán? estás en un error, tu miseria concluyó, y tu mal, si tú me

© Biblioteca Nacional de España

ayudas, desaparecerá también rechazando las malas influencias de los genios invisibles.

»—¡Pero estoy tan sola!... y ya no puedo trabajar, que el trabajo acompaña.

»—¿Quieres estar muy acompañada? yo te llevaré á una Casa-Refugio, y allí pagaré tu manutención.

»—Bueno, lo probaré, aunque soy pájaro de bosque, no me gustan las jaulas, conozco que tengo muy mal genio.

»—No te apures por eso, el mal genio se pierde cuando no hay que luchar por la existencia, así es, que como yo te dejaré lo suficiente para que te cuides y te cuiden, te pondrás buena y entonces harás lo que tu quieras; mi protección no te faltará ni aquí, ni en el Refugio.

»Al despedirnos, María besó en la frente á la enferma y ésta, se puso tan emocionada y lloró con tanto desconsuelo, que tuve que hablarle nuevamente y hacerle comprender que la misión de María era más grande, que tenía que trabajar para muchos. Al fin salimos á la calle, y casi todas las mujeres del pueblo nos esperaban para ver á María, que la encontraron hermosísima y eso que su traje era sencillísimo, sin el menor adorno, que para servir á Dios sobran las galas, basta con la limpieza en el

© Biblioteca Nacional de España

cuerpo y en el alma, y María, era un espíritu bien preparado para dedicarse á una vida de lucha y de sacrificios.

»Una viejecita, que apenas podía andar, me miraba y me seguía diciéndome:—Venid mucho por aquí, señora, ¡cuánto bien haréis! ¡sois tan buena! Al oir esto me avergoncé y la dije:—¡Yo buena!... empiezo á serlo, aún no lo soy, pero haré cuanto pueda por todos vosotros, porque deseo en realidad ser buena.

»La anciana se conmovió mucho con mis palabras y me miró con admiración. María, por su parte, también me miraba entusiasmada y me decía: — ¡Qué buena sois!

»—No me lo digas, hija mía, no; quiero ser buena como tú quieres serlo.

»—¡Ah! sí, sí; yo quiero ser muy buena, quiero hacer lo que vos hacéis, quiero difundir el consuelo y la alegría, con mis palabras, con mis hechos, con mis sacrificios. Y al decir esto, los ojos de María brillaban extraordinariamente.

»—Bueno, bueno, no te apresures, aún eres muy niña; aprende primero, (que hoy todo lo ignoras) y luego que Dios te inspire.

»Cuando llegamos á mi morada, mi hermano me esperaba impaciente, ¡qué dife-

© Biblioteca Nacional de España

rencia de un tiempo á otro! antes era un estorbo mi presencia, después sin mí, encontraba la casa vacía, y eso que había mucha familia y numerosa servidumbre.

»Le dí cuenta de mi excursión, y terminé diciendo:—¡Ay!, hermano mío! ¡cuántas miserias he visto físicas y morales! y me llama muchísimo la atención que en una nación como la nuestra, eminentemente católica, la religión no ampare á tanto desventurado; ¡¡qué poco hace la religión!!

»—Es que la religión es *una* (dijo mi hermano) y la práctica es *otra;* los religiosos, hermana mía, explotan á los pobres, no los consuelan, por eso aplaudo que levantes conventos para albergar á mujeres pobres, que se salven de los horrores de la miseria.

»—¡Ay, hermano mío! levantaremos paredes de cementerios; pero albergues benéficos, no lo lograremos; el pan del encierro es muy amargo, al salir del horno lo endurece el régimen y la disciplina; en los conventos no reposan las almas, la desesperación de la inmovilidad, es la peor de las desesperaciones.

»Algunos días después, llegó un mensajero de la Corte con un pliego para mí, en el cual se me daban órdenes imperiosas pa-

© Biblioteca Nacional de España

ra levantar el nuevo edificio, diciendo al final del escrito: Hay muchos obreros sin trabajo, y vale más dar trabajo que limosnas.

»¡Dios mío! ¡Dios mío! (dije yo) no quisiera levantar paredes, pero no hay otro medio por ahora de dar ocupación á los necesitados y, ¡hay tantos brazos en reposo forzado!...

»Avisé al arquitecto, y éste me trajo los planos del nuevo convento, que me gustaron muchísimo, porque era aquel un hombre de tanto talento, que á cada uno le hablaba en su lengua, y como él comprendía perfectamente mis deseos y mis aspiraciones, trazó el proyecto de un edificio en el cual entraba el aire y el sol por todas partes, con paredes sólidas, pero con grandes ventanales, una iglesia sencillísima y una espaciosísima huerta; le hice presente mi aprobación y él se marchó muy satisfecho.

»Llegó otro nuevo mensajero con un pliego de mi ilustre protectora, dándome instrucciones para la gran fiesta religiosa que debía celebrarse en el convento recién construido, al que ella se trasladaría con sus damas, y la comunidad por ella elegida, haciéndome especial encargo, que tuviera presente que vendrían con ella las

© Biblioteca Nacional de España

primeras dignidades religiosas de España, y un enviado de su Santidad.

»Me sorprendió su advertencia y pensando, pensando, comprendí que me quería imponer silencio, para que no incurriera en la torpeza de escribir algo como lo hice cuando se puso la primera piedra del convento. En verdad que no necesitaba de tal mandato, porque como yo no escribía más que cuando sentía mucho, y en aquella ocasión no sentía nada, y lo que sentía no podía lanzarlo á los cuatro vientos, pues era una reprobación á tanto fausto y á tanta grandeza, seguros podían estar todos de mi profundo silencio, pues estaba como atemorizada, y aun que trabajé mucho en la colocación de los muebles, y todo se hizo bajo mi dirección, trabajé por obediencia, por deber religioso, nada más.

»Llegó el día de celebrarse la primera misa en la iglesia del convento, y acompañada de toda mi familia, me dirigí á la nueva casa de oración, escuchando durante el camino frases halagadoras de las mujeres del pueblo que decían al verme pasar: —Esa mujer será nuestra salvación.

»—¡Ay, hermano mío! (decía yo), no quiero que me adoren; tiemblo, cuando me dicen que soy buena; mi hermano se

© Biblioteca Nacional de España

sonreía satisfecho y gozoso, porque él creía que yo era buena.

»Acudió la población en masa; con ser el templo muy anchuroso, resultó pequeño para la muchedumbre; en lugar previamente reservado se colocaron las autoridades civiles y eclesiásticas; entre estas últimas estaba el enviado de su Santidad, que era un hombre alto y flaco, con anteojos, ricamente revestido, ostentando todas las insignias de su elevado cargo; observé que desde su sitial miraba mucho á las mujeres, parecía como si buscara una entre tantas; habló con un Cardenal que estaba á su lado, y éste con mucho disimulo miró hacia donde yo estaba, que estaba en última fila, medio oculta por amplias colgaduras que adornaban las puertas laterales.

»Hábiles organistas hicieron prodigios en los dos magníficos órganos, que llenaron el templo con sus dulcísimas harmonías, y cuando la música decía con su lenguaje: ¡Gloria á Dios! la fundadora del convento entró en el Coro divino, seguida de sus damas y de la Comunidad; su aparatosa y triunfal aparición produjo mala impresión en la muchedumbre, se oyó un murmullo sordo, que ahogó muy á tiempo el sacerdote encargado de hablar en aquel solemnísimo acto; y por cierto que habló ad-

© Biblioteca Nacional de España

mirablemente, tuvo frases elocuentísimas para los ricos, para los pobres, para los sanos, para los enfermos, para las religiosas, para los religiosos, para las madres, para los hijos, para los limpios de corazón, para los manchados con la tinta imborrable de la culpa, parecía que por él hablaba el Espíritu Santo, ¡qué bien habló! me enamoré de su elocuentísima palabra, y al dar las gracias á Dios y á los hombres por haberse levantado una casa y un templo, para en él adorar al Ser Supremo, dijo así:—No quiero terminar sin dirigirme antes á una humilde religiosa, que será, sin duda alguna, honra y gloria de nuestra iglesia y de la católica España, y llamándome por mi nombre, me dirigió su primera bendición, bendición que acogió la muchedumbre con pruebas innegables de alegría, porque se escuchó un murmullo que, aunque contenido por la santidad del lugar, era imposible hacer guardar silencio á un pueblo entusiasmado. Todas las miradas se dirigieron á mí, que sentada detrás de mi hermano, le decía á éste:—No te muevas, que no quiero que me vean ni que me miren; son injustas estas alabanzas.

»Muchó tardó el pueblo en salir del templo; esperaban la salida de las autoridades y demás comitivas, pero esperaron en va-

© Biblioteca Nacional de España

no, pues todos nos reunimos en un gran salón donde estaba la fundadora con sus damas y las altas dignidades eclesiásticas; el enviado de su Santidad felicitó al orador sagrado, diciéndole además que se cuidara de mí, que era el designado para ser mi confesor, que inspeccionara todos mis trabajos, pues querían que mis obras fueran conocidas.

»Todos enmudecieron; mi hermano fué el único que pidió la venia para hablar y dió gracias en mi nombre y en el suyo, por la protección que me dispensaban.

»El enviado de su Santidad se dirigió á la fundadora, la felicitó por cuanto había hecho, y en nombre del jefe visible de la iglesia la dió su bendición, que la ilustre dama recibió sonriéndose, dando muestras de impaciencia, pues deseaba que se terminara el acto oficial, y ella lo dió por terminado, hablando familiarmente con todos, y abrazándome con verdadero delirio, diciéndome:—Yo he pagado todo esto, pero el alma de la obra sois vós. Me alegró su felicitación, lo confieso, ¡había trabajado tanto!... Mi nuevo confesor, el orador admirable, se acercó á mí, diciéndome:

»—Hija mía: quieren que yo sea vuestro confesor, creed que no encauzaré vuestros pasos, os seguiré y os admiraré. Yo elogié

© Biblioteca Nacional de España

su discurso y él se conmovió profundamente.

»Se celebró después, no diré un banquete, pero algo parecido, pues aunque se le dió el modesto calificativo de *un refresco,* fueron tantos los manjares, dulces y golosinas, vinos y licores, que más parecía aquella lujosísima mesa celebración de bodas reales, que no una fiesta religiosa.

»Se habló de todo, hasta de política; mi hermano se vió precisado y habló también, y aunque era hombre muy pacífico, abogó por la causa del pueblo, y el enviado de su Santidad le dijo que se lo llevaría á la Corte, para que ante el rey expusiera sus quejas, de lo que yo me alegré mucho contando con ir en su compañía.

»Nuevamente me habló el enviado de su Santidad, diciéndome:—¿Escribís mucho?

»—Sí, padre.

»—¿Y lo que escribís, está todo en armonía con lo que manda nuestra Santa Madre Iglesia?

»—No, padre; escribo mucho, y lo que no me gusta, lo que no está en armonía con mi razón, lo rompo; tanto escribo como rompo.

»—Pues hacéis muy mal; pertenecéis á una orden religiosa y de esta orden, ¿lo entendéis? es vuestro cuerpo y vuestra al-

© Biblioteca Nacional de España

ma, de consiguiente no sois dueña de vuestros trabajos, son de la orden; recordad que os han dado un confesor sabio, ilustradísimo, y con él habéis de consultar todo cuanto sintáis y penséis.

»—Padre, ¿todo lo he de confesar?

»—Todo lo que se refiera á vuestros trabajos literarios y á vuestros planes de fundaciones religiosas.

»Me dió á besar su mano, y la ilustre fundadora me preguntó que cuándo me instalaría en el nuevo convento.—Pertenezco á mi confesor, señora, (le dije con melancolía), ella se sonrió y me abrazó nuevamente.

»Durante el camino, al regresar á mi casa le dije á mi hermano:—¿Sabes que aunque el confesor que me han dado es un sabio, me parece muy duro que sea dueño de todos mis pensamientos?

»Al llegar á mi casa, entró también mi confesor en unión de otros señores, diciéndome con dulzura, al despedirse:—Quiero ser vuestro maestro, para llevaros por el escabroso camino que conduce á la inmortalidad.

»Cuando me quedé sola respiré mejor, ¡qué mal me encontraba yo entre los religiosos! ¡y yo había pedido vivir con ellos!... ¿qué me sucederá? (decía yo), ¿que será

© Biblioteca Nacional de España

este confesor? ¿qué será ese hombre para mí? ¿motivo de lágrimas ó de satisfacción? en fin, lucharemos; y además, ¿qué soy yo en la religión? menos que un átomo. Me acosté y no podía dormir; esto de no ser dueño de mis pensamientos me desesperaba; al fin me rindió el cansancio, ví mi cuerpo dormido y me dió lástima de él ¡estaba tan decaído! entonces dije:—¡Dios mío! ¡Dios mío! fuerzas, fuerzas para trabajar y resistir, y ví el espacio radiante de luz, y oí una voz dulcísima que me decía: *quiere* ser útil y lo serás, ¡vencerás siempre! sólo un punto encontrarás que no podrás vencer; sólo el trabajo y el tiempo allanarán el terreno que tú, por ahora, no podrás allanar. ¿Y seré libre, Dios mío!—Sí, lo serás; cuando el alma quiere, nadie le quita la libertad, nadie la esclaviza, nadie la aprisiona, no hay tormento, no hay muerte que destruya lo indestructible y el alma es una esencia, es una luz que nada ni nadie puede destruir.»

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

XLIX

Pasadas aquellas impresiones, dediqué mi tiempo á escribir todo lo sucedido en la inauguración del convento, sin que se separara de mi lado mi nuevo confesor, que no era corto en preguntar, mas yo rehuía el darle cuenta de mis trabajos. Aun no se había ído mi antiguo amigo el sacerdote, y entre éste y mi confesor, había una amistad aparente, en el fondo... en el fondo se odiaban como se odian todos los religiosos unos á otros. Yo prefería á mi antiguo amigo, y aquella situación se hacía verdaderamente insostenible; mi amigo lo comprendió así, y se marchó impresionadísimo, y al darme su bendición, me dijo con el mayor cariño:—Velaré por tí, porque creo que desgraciadamente necesitarás de todos tus amigos; preveo grandes males. Yo traté de tranquilizarle, diciéndole: —No temáis; sabré defenderme; tengo energías para vencer, y si mucho me obli-

© Biblioteca Nacional de España

gan, buscaré la libertad de mi espíritu y les dejaré mi cuerpo en prenda

»Mi hermano se sobrecogió con las palabras de nuestro amigo, y le dijo:

»—Tenéis razón en temer, yo también temo, estemos sobre aviso y ganemos tiempo. Yo amo á mi hermana sobre todas las cosas de este mundo, y por ella me dejaré matar.

»Marchóse el sacerdote y yo le dije á mi confesor:

»—Padre, yo no puedo estar tantos días inactiva: necesito ver dolores y consolarlos; sólo siento que el pueblo es tan agradecido, que me llaman la mujer buena, la santa milagrosa, y cuentan mis hechos aumentándolos de un modo asombroso; decidme vos, qué debo hacer para no recoger por mis obras tan abundante cosecha de gratitud. Mi confesor me miró fijamente y dijo con sequedad:

»—Ya es bueno ocuparse de los pobres; hay pobres de cuerpo, pobres de alma, pobres de medios, ó sean recursos materiales, y por regla general, todos los pobres, son pobres de conocimientos, y por eso sus alabanzas se asemejan á los caños rotos de una fuente: su abundancia mortifica y deja de ser beneficiosa. El bien apetecido no debéis prodigarlo tanto, los pobres no siem-

© Biblioteca Nacional de España

pre son dignos de ser compadecidos, que los hay muy duros de corazón; no debéis tampoco entrar en las casas de los enfermos, ¿para qué? esto os dará muchos disgustos, y ningún buen resultado, ¿por qué? ¿qué haréis vos? nada provechoso; ¿qué estudios tenéis? ¿qué ciencia médica poseéis? ninguna, de consiguiente nada tenéis que hacer donde no os llamen, y como mis consejos en lo moral, deben ser órdenes para vos, no déis un paso sin consultarme.

»El hombre hablaba muy bien, pero todos sus argumentos los deshacía mi razón ¡y encontraba su caridad tan pequeña!... conforme hablaba ¡cuánto se empequeñecía mi confesor!... ¡qué pequeñito lo ví!... era un alma muy menguada, y al ver su insignificancia me crecí diciéndole:

»—Bueno; seguiré vuestros consejos hasta cierto punto, y ganaré por esto una reconvención vuestra.

»—Sí, tenéis razón, no una, sinó muchas reconvenciones, y en último término, daré cuenta á la Superioridad eclesiástica de todos vuestros actos.

»Al oir estas palabras comprendí que mi confesor era un espía, y ante tal espionaje me rebelé y le dije:

»—Descuidad, haré cuanto pueda por obedeceros, pero os digo, que para hacer

© Biblioteca Nacional de España

el bien, libre y encerrada lo haré, y que yo no sirvo para dar limosna de dinero únicamente, doy la esencia de mi alma; decís, que, qué estudios he hecho, qué ciencia médica poseo, que una mujer no puede dar la salud. ¿Y si yo la diera? ¿qué diriáis á esto? ¡qué no debo prodigarme! y si puedo hacer el bien, ¿por qué no hacerlo? No respondo de mí; cumplid con vuestro deber, yo cunpliré con el mío.

»—Y decidme, (dijo mi confesor) ¿me diréis la verdad de todo cuanto pensáis? me diréis en confesión lo que véis y lo que oís?

»—Yo os diré que siento un amor inmenso por determinados seres, pero en confesión no os puedo decir ni lo que siento, ni lo que veo: ¡quién puede definir el infinito!...

»—Pues yo os digo, que si un guía necesitáis y un consejero leal para hacer el bien, guía necesitáis para ver los genios del mal que indudablemente son los genios que véis despierta y dormida.

»En aquellos momentos, si á mi confesor y á mí nos hubieran retratado, ¡qué pequeño hubiera quedado mi confesor!... Hablamos mucho, muchísimo, y le dije en conclusión:

»—¿Sabéis lo que vale un alma y las re-

© Biblioteca Nacional de España

laciones que la enlazan con los seres invisibles? Yo veo á mi padre, tan bien como os veo á vos; recibo sus besos, escucho sus consejos, y le consuelo en sus desfallecimientos y en su soledad; y veo á otro sér hermosísimo, cuya hermosura de cuerpo y de alma no puedo describir; solo os diré que sus ojos son la entrada de los cielos, porque hay en ellos todos los resplandores de los soles, toda la ternura de las madres apasionadas, todas las promesas de los eternos amores; y este joven hermosísimo se transforma en un viejo venerable, y este anciano se aleja... se aleja... cruzando un camino que tiene los colores del arco iris, y allá lejos, muy lejos, se detiene, se vuelve, me mira, y me dice: ¡Te perdono! y he tenido que estudiar mucho para saber por qué me perdonaba. Decidme, vos que sois tan sabio, que habéis estudiado tanto, que cuando habláis parece que el Espíritu Santo os inspira, ¿podéis descifrarme estas videncias?

»Mi confesor, lívido, trémulo de ira, me dijo:

»—El genio del mal os rodea, os envuelve y os engaña; los seres que están en contra de Dios, tienen tanto poder como Dios, porque su orgullo los ciega, y Dios los deja rodar concediéndoles poder bas-

© Biblioteca Nacional de España

tante para que hagan el mal, y las almas prudentes si consiguen no dejarse prender en sus redes, son las elegidas para luego gozar las delicias eternas en el reino de los cielos. Existe la lucha del bien y del mal; así lo explica nuestra santa teología, así lo acepta nuestra santa religión;... nuestro credo nos ordena *creer,* no *saber,* investigar, preguntar, inquirir, analizar, es trabajo de herejes, y nosotros debemos huir del hondo, del insondable abismo de la duda y de la herejía. Y habló mi confesor largamente, habló con el entusiasmo del fanático, pero su elocuencia... no convencía, porque sus argumentos no tenían base.

»—Padre, os escucho pero no me convencéis, como no me convenció mi primer confesor; yo le dije calla, y calló; luego le puse la mano en la frente y habló; con vos no quiero hacer lo mismo, sé que no os convenceré, como sé que no me habéis convencido diciendo que los genios del mal son iguales en poder á Dios. Yo creo que la bondad de Dios nos ilumina eternamente, yo creo que el mal no existe porque la omnipotencia del mal sería la negación de Dios, y Dios *es,* porque la naturaleza lo manifiesta; Dios *es,* porque las almas piensan, sienten y quieren; Dios *es* porque la vida *es.* ¡Y qué hermosas son las manifes-

© Biblioteca Nacional de España

taciones de la vida! Yo he oido hablar á las plantas, yo he visto á una planta espinosa como abría sus troncos y dejaba caer su savia benéfica sobre la honda herida que un hombre tenía en su pecho. ¡Si viérais lo que hacen las almas en el espacio!... las unas se aman, las otras se odian, la lucha existe allí como aquí, porque la lucha es la vida. ¿Qué haremos, Padre? ¿queréis perderme?

»—No.

»—Pues entonces seguidme, estudiad conmigo, los dos estudiaremos, vos sois un sabio y aprenderéis más pronto que yo.

»—No quiero perderos, no; pero veo que no sois lo que yo pensaba; creo que sois ambiciosa, y engañáis al pueblo; creo que queréis promover un cisma y preciso será corregiros. No puedo en manera alguna ser vuestro confesor, daré cuenta de cuanto véis, para que se estudien vuestras videncias, y os advierto que no hagáis alarde de vuestras virtudes, porque el tribunal religioso os castigará.

»—Padre, siempre predicaré el Evangelio de Dios, aunque me llamen cismática y ambiciosa; y si la justicia religiosa quiere mi cuerpo, se lo daré sin regatear, mientras mi alma volará al espacio para seguir su eterna peregrinación. ¡Oh! ¡Iglesia!

© Biblioteca Nacional de España

¡cuántas cuentas tendrás que dar ante el tribunal de los siglos!... porque tus grandes cabezas las inutilizas, y conviertes á tus eminencias científicas en miserables sayones. ¡Oh! ¡Iglesia! que quieres ser la depositaria de las verdades eternas, y eres la propagadora de las más inícuas falsedades; padre, tenéis razón, no podéis ser mi confesor; y que Dios os perdone todo el mal que pensáis hacerme como yo os lo perdono.

»Se fué mi confesor ebrio de rabia; yo le conté á mi hermano lo ocurrido y éste se impresionó muchísimo, temblando convulsivamente me estrechó en sus brazos y partió inmediatamente para la Corte para contar á mi protector lo acontecido. Sentí deseos de marchar con él, pero..... temiendo ser demasiado exigente con mi hermano, me callé, y al quedarme sola ¡cuánto lloré!... ¡cuánto!... diciendo: ¡Dios mío! ¡Dios mío! dicen que eres el genio del mal ¡qué horror! ¡tú que eres la luz eterna! á favor de tu luz veo aquel viejecito que me dice: ¡Te perdono!... dicen que todo es obra del genio del mal, que todo cuanto veo es alucinación de mis sentidos. No, no; eso no puede ser; lo que yo siento, solo se siente por la verdad; lo que tú me haces ver ¡Dios mío! son capítulos de mi eterna his-

© Biblioteca Nacional de España

toria; entre aquel anciano y yo, hay....., ¡no sé lo que hay! pero hay una gran culpa de mi parte, y una piedad inmensa por la suya y entre el hombre hermosísimo cuyos ojos son los cielos de mi vida y yo, hay... un amor indescriptible por mi parte y por la suya..... ¡Ay! ¡no sé lo que hay por la suya! que nunca lo humano puede comprender lo divino, y aquel hombre de los ojos de luz, ¡es divino! ¿es tu hijo predilecto, Señor? ¡qué hermoso es! ¡cuánto debes amarle! ¿verdad que le quieres mucho? ¡yo también le quiero! él es el amor de mis amores.

»Hablando con Dios me quedé dormida, y á la madrugada oí que me decían: No temas, ampara á los débiles, no temas. ¡Señor! quiero ver, prefiero ver á oir; y me encontré en el espacio y ví al hombre hermosísimo, al amado de mi corazón, al dueño de mi alma; pero lo ví con sangre en la frente, en las manos y en el pecho. Esta sangre, me dijo, es la sangre de la ley, y luego... luego lo ví sin sangre, con su blanca túnica, ésta se entreabrió hacia su costado izquierdo y le ví el corazón destrozado y EL me dijo: Este corazón está destrozado por la ingratitud de los hombres, este corazón lleno de amor lo destrozó la ingratitud de un alma.

© Biblioteca Nacional de España

»—Yo lo quiero hacer nuevo ¡Señor!

»—Cuando lo hagas nuevo, este corazón será de dos, tuyo y mío; recuerda que la ingratitud hiere más que la ley.

»Durante muchos días ví por todas partes aquel corazón destrozado ¡y qué daño me hacía verlo!...

»Vinieron después tres sacerdotes con varios curiales eclesiásticos, y por orden superior se incautaron de todos mis escritos, hasta de mi pluma favorita y de mi tintero, ordenándome con la mayor severidad que no me atreviera á salir de mi hogar.

»Después de aquella escena, me quedé triste, muy triste ¿qué harían de mis obras? en particular de mi dulce canto á Dios; más sentía el secuestro de mis escritos que mi prisión, ¡mis escritos! ¡los quería tanto! ¡ellos eran mis hijos! los hijos de mis purísimos amores, la delicada esencia de mi alma, la historia de mi actual existencia, la herencia de mis sueños, la realidad de la vida invisible. Para no perderlo todo, recité repetidas veces mi canto á Dios, y todos los días al levantarme lo entonaba para tranquilidad de mi ánimo.

»Llegó después una gran señora de la Corte, acompañada de dos damas; traía el encargo especial de visitarme en nombre

© Biblioteca Nacional de España

de mi protector; era una mujer muy agradable, me habló con cariño, diciéndome: —Os traigo muy buenas noticias, tenéis fama de santa, pero en la Corte, como se habla de todo, unos dicen, que caeréis bajo el poder de la justicia religiosa, y otros aseguran que sabéis tanto, que os salvaréis de todos los peligros. El amigo de vuestro padre dice que nada temáis. Yo quiero ser vuestra amiga, vuestra confidenta, quiero aprender y quiero enseñaros, quiero ser maestra y discípula á la vez, que hay en el mundo tantos abismos, que no basta ser bueno para salvarse, hay que saber hacer valer lo que se vale.

»Yo agradecí mucho sus palabras, porque la verdad es, que me encontraba muy abatida. Me pidió la señora que le mostrase algunos de mis escritos, y se quedó muy sorprendida cuando le conté lo ocurrido con ellos.

»—¿Y sabéis dónde están vuestros escritos?

»—No lo sé, señora.

»—Pues yo los encontraré y haré más aún, haré castigar severamente á los autores de tal atropello. Vos no sois una religiosa cualquiera, y hay que respetaros, no sólo por lo que valéis, sino porque os ampara la protección de su Santidad.

© Biblioteca Nacional de España

»Pasé un buen día, acompañada de tan ilustre señora; mientras ella se retiró á descansar, hablé con una de sus damas, que era una joven hermosísima, despierta y vivaracha; me contó que hacía versos muy malos, porque tenía un maestro muy ramplón, que le gustaría ser mi discípula. Pedídselo á la señora; me decía, dicen que valéis mucho y yo quiero ser algo en el mundo.

»—Por ahora no puedo complaceros, hija mía, tiempo habrá para todo si no me encierran.

»—No lo quiera Dios, tengo empeño decidido en que seáis mi maestra.

»—A mí también me agradaría, porque prometéis mucho, yo os enseñaré á escribir con el alma, no con la pluma. ¿Conocéis á los pobres?

»—¡Ay! sí, demasiados hay en la Corte, y creed que no me gusta mirarlos ¡son tan repugnantes! ¡tan asquerosos! ¡huelen tan mal!

»—¡Ay! hija mía; no sabéis lo que son los pobres; son los escalones para llegar al cielo; porque son ellos los que despiertan nuestro sentimiento, los que nos impulsan al bien obrar, los que nos hacen cumplir el mandamiento de amar al prójimo.

»La hermosa joven se sonrió y cambió

© Biblioteca Nacional de España

de conversación, ya no me repitió que quería ser mi discípula, ¡pobre alma! era una de tantas flores sin aroma.

»Se despidió la señora muy afectuosamente, y al día siguiente los tres religiosos que se habían llevado mis escritos, acompañados de fuerza armada, y de unos hombres vestidos de negro, tan feos y tan repulsivos, que yo no los podía mirar; uno de los sacerdotes me dijo que le siguiera; al oir su mandato perdí las fuerzas, miré en torno mío y me alegré de no ver ni á Marta ni á María, habían salido á visitar enfermos, y así les evitaba un gran pesar; me hice cargo que no había más remedio que obedecer, y oí una voz que me decía: —¿Por qué tiemblas? no temas á la justicia, teme á la ingratitud.

»Me hicieron subir en un coche acompañada de los tres sacerdotes y rodeado el carruaje de fuerza armada. Al salir de la ciudad, me vió Marta, quiso abrir la portezuela del coche y uno de aquellos hombres negros la cogió y la tiró á gran distancia, oí un grito... y allí quedó sin sentido mi fiel servidora.

»—¿A dónde me lleváis? pregunté.

»—No tenéis derecho á preguntar, sino á obedecer.

»Después de dos días de viaje, entramos

© Biblioteca Nacional de España

en una gran ciudad; la muchedumbre, al vernos pasar, saludaba humildemente; llegamos á una plaza muy triste, rodeada de sombríos edificios, especialmente uno que parecía una inmensa jaula de hierro, porque sus grandes ventanas todas tenían triples rejas, y estas rejas estaban unidas unas á otras por gruesos barrotes de hierro que defendían los ennegrecidos muros. ¡Qué mala impresión me causó aquel edificio!

»Se abrió una gran puerta y el carruaje se detuvo en un patio anchuroso; me hicieron bajar y me obligaron á subir por una escalera muy ancha; cruzamos largos y sombríos corredores y entramos en un espacioso salón, donde sólo había un banco circular, y en el fondo un altar con la imágen de un santo. Me hicieron sentar, y á corta distancia se sentó uno de aquellos hombres negros, tan feo y tan repugnante, que tenía que cerrar los ojos para no verlo.

»Al verme en aquel lugar tuve miedo, lo confieso, y dije: ¡Dios mío! ¿qué harán conmigo? y como si hubiera oído mi pregunta, se presentó mi confesor para contestarme, diciéndome con ironía:

»—Ya véis adonde os llevan vuestras videncias; lo habéis querido y justo es daros lo que merecéis; seguidme.

»Le seguí y él me dijo:—Contestad con

© Biblioteca Nacional de España

verdad á cuanto os pregunten; vuestros escritos son heréticos, y si no fuera porque sois una iluminada, se os daría tormento: Creedme, sed humilde, resignada, confesad sencillamente que no sabéis lo que escribís; no busquéis el tormento, que no queremos atormentaros; os trataremos con la mayor consideración, empezando por concederos horas de descanso en un cómodo lecho, entrad; y me dejó en una estancia tapizada de negro; el pavimento también lo cubrían bayetas negras; en un altar enlutado había un Cristo de tamaño natural clavado en la cruz, y cuatro velas verdes aumentaban con su oscilante luz las tinieblas de aquel sombrío lugar. Yo miré al Cristo y murmuré:—¡Ay! ¡tú también sufriste el martirio por decir la verdad!

»Me dejé caer en un tosco sitial y oí distintas voces que decían: eres una hereje, una cismática, una bruja, una perdida; arderás en el infierno sin que tu cuerpo se queme, tendrás sed que nunca se te calmará, sentirás hambre que no saciarás jamás, los herejes están malditos de Dios, maldita estás por los siglos de los siglos.

»Aquellas voces me impresionaron muchísimo, ¡sola!... ¡en aquella tumba tan negra!... mirando al Cristo crucificado... tuve miedo y dando diente con diente me acos-

© Biblioteca Nacional de España

té, cerré los ojos y entonces ví á el alma de mi alma, al hombre de los ojos de luz que sonriendo dulcemente me decía:—No temas, pronto saldrás de tu encierro; pero al mismo tiempo oía lamentos horribles, el ruído sordo de las largas cadenas arrastrando por el suelo, y voces que repetían: ¡irás al infierno por toda la eternidad!

»—¿No oyes lo que me dicen? decía yo angustiada.

»—Sí, todo lo sé; descansa; ¡tienes miedo! ¿y eres tú el espíritu valiente que todo lo quieres sufrir por mí?... ¡pobre mujer! duerma tu cuerpo y tu alma que ascienda y en su ascensión que me vea. Y entonces sí, le ví tan cerca como nunca le había visto, porque nuestros alientos se confundían. ¡Quiero seguirte! le dije, y los dos juntos enlazados, no sé cómo, porque nuestros brazos no se tocaban, y sin embargo, yo sentía el tibio calor de su sér; seguimos andando, no encuentro otra frase, y recorrimos campos para mí muy conocidos; entramos en un sendero muy estrecho donde arbustos floridos se cruzaban; llegamos á una fuente que yo había visto, ¡qué lugar tan encantador era aquél! El se sentó y me dijo: Siéntate tú también. ¿Te acuerdas? esta fuente te dió la vida, aquí naciste de nuevo, porque el agua que aquí mana, es

© Biblioteca Nacional de España

el agua de la redención. ¡Bebe! ¡sacía tu sed de infinito! ¡bebe el agua de la vida! ¡que eternamente vivirás!

»—¿Me quieres? ¡no me dejes!... ¡no me dejes más!... ¡ten misericordia de mí!...

»—Ya vendrás, pero antes bebe el agua del Evangelio, bebe el agua de vida eterna, bebe el agua de la verdad, para luego hablar como hablan las lenguas de fuego; tu palabra derribará los templos de piedra y edificará en los corazones sensibles, y levantará altares en los cálices de las flores y en los nidos de las aves.»

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

L

MIENTRAS mi cuerpo dormía, en el transcurso de aquella noche memorable para mi espíritu, se verificó un reconocimiento en mi estancia y en mi organismo; extrañando mis guardianes de que no me hubieran despertado los gritos amenazadores que en torno de mí lanzaban aquellos sicarios sin corazón; al convencerse que yo no era víctima de ningún accidente, y que mi sueño era perfectamente tranquilo, me reconocieron minuciosamente, encontrándose con lo que no esperaban; creían que yo había traspasado los límites de la debida honestidad y vieron que no había deshonrado á mi noble familia; ¡cuántas miserias, Dios mío! cuando estaban profanando con sus miradas mi cuerpo, oyeron aquellos malvados voces aterradoras que los acusaban de perjuros y asesinos y entonces realmente espantados salieron precipitadamente de mi prisión, no sa-

© Biblioteca Nacional de España

biendo á qué atribuir lo sucedido, pues bien sabían ellos que el genio del mal no existía, así es que, aquellas voces que los llamaban con sus nombres verdaderos, les causó á todos asombro y espanto. Al marcharse mis jueces me desperté y ya no sentí gritos; me levanté sintiendo un hambre devoradora, esperé algún tiempo y viendo que nadie venía, murmuré con espanto:—¿Me dejarán morir de hambre? ¡qué horror!... entonces se abrió la puerta de mi encierro y se presentó un hombre de agradable figura, que me preguntó ¿que necesitáis?

»—Tengo hambre, un hambre horrible.

»—Ya os traeré algo, y se fué mi carcelero dejando la puerta abierta, por la que se veía un largo corredor; sentí vivos impulsos de echar á correr pero me detuve pensando que era inútil mi tentativa, pues cuando habían dejado la puerta de aquel modo, era señal que aunque saliera de mi estancia estaba tan presa fuera como adentro. Volvió mi guardián con algunas viandas muy poco apetitosas, pero yo las encontré tan buenas que todo me lo comí, y terminado mi frugal banquete, le pregunté á aquel hombre:

»—Por lo que veo ¿sóis mi carcelero?

»—Aquí todos somos carceleros y jueces.

© Biblioteca Nacional de España

»—Me alegro, así sabré más pronto qué delitos he cometido para estar aquí.

»—No os apuréis, pronto sabréis cuáles son vuestros delitos.

»—Es que yo no los tengo; lo que yo siento, es que si mis jueces tienen la conciencia tan negra como estas paredes, entonces...

»—¿Entonces qué?

»—Entonces ¡pobre de mí!...

»Mi guardián cerró la puerta con estrépito, y me quedé sola paseando por mi estancia... ¡qué triste es estar preso!... con que angustia recordaba mis largos paseos por el campo, mis afanes por ver la salida del sol, porque siempre fuí muy madrugadora; me parecía que el sol merecía ser contemplado como principio de vida, y que no debía perderse ninguno de sus rayos, que debía seguirse con ávida mirada su magestuoso curso, puestoque él era en la tierra el símbolo de Dios! y allí... en mi negra prisión estaba encerrada en vida; y ¡qué triste es una tumba!... Recordé mi canto á Dios y lo recité para consolarme. ¡Qué alegría! ¡todo lo recordaba! ¡Dios mío! ¡Dios mío! (exclamé) ¡qué bueno eres dejándome la memoria! cuán cierto es que el alma tiene luz y vida propia; ahora mi cuerpo está en la sombra, pero mi espíritu

© Biblioteca Nacional de España

ve el gran laboratorio de la naturaleza, ¡y en él encuentra manantiales inagotables de eterna luz!

»Seguí paseando hasta que conseguí cansarme y entonces me senté en mi lecho y oí muchas voces juntas, se abrió la puerta y ví que el largo corredor estaba invadido por muchos hombres cubiertos con una túnica negra llevando en la cabeza una caperuza de la que pendía un largo antifáz que ocultaba por completo su semblante, pues aunque á la altura de los ojos había dos pequeñas aberturas, no se veía por ellas el brillo de ellos, porque lo amortiguaba la luz de los cirios, que cada uno de aquellos enmascarados sostenía en su diestra y levantaba á la altura de sus ojos.

»¡Qué procesión tan lúgubre!... sentí miedo y me quedé sentada; entró un enmascarado y me dijo bruscamente:—Levántese la culpable, y reciba con más respeto al santo tribunal. Han llegado los momentos más graves de vuestra vida; si confesáis lealmente lo que sóis, si es que en vos aún hay lealtad, ó si el genio del mal no os impide hablar, estad preparada que se os concederá la gracia de escucharos.

»—No me tengo que preparar, porque mi conciencia es un libro abierto.

»—Ya lo veremos; seguidnos. Nos pusi-

© Biblioteca Nacional de España

mos en marcha y atravesamos muchos corredores, algunos de ellos interminables; por todas partes había enmascarados con antorchas ó cirios, según la anchura del lugar, y eran verdaderamente tenebrosos aquellos claustros con altas bóvedas iluminadas á medias por las antorchas; allí todo era tétrico y amenazador; anduvimos tanto, que no me podía sostener y á tiempo entramos en un gran salón, donde me hicieron sentar cerca de la mesa del Tribunal.

»Con qué placer me dejé caer en el sitial, estaba rendida; ¡qué camino tan largo me habían hecho recorrer!... ya sentada, miré en torno mío, y ví que el salón estaba decorado con magníficos tapices y riquísimos cortinajes de terciopelo negro, bordados de oro; en el fondo del salón, había un gran crucifijo, con un Cristo de tamaño natural, que es la mejor imágen que he visto en toda mi vida; ¡qué figura tan hermosa!... ¡qué expresión la de aquellos ojos; le decían al afligido: ¡Confía en mí! ¡yo soy tu puerto de salvación! si tus jueces te condenan, ¡yo te perdonaré!

»Mirando aquella obra de arte, verdaderamente maravillosa, me olvidé por algunos momentos de lo crítico de mi situación, hasta que oí la voz del presidente que de-

© Biblioteca Nacional de España

cía á mi desleal confesor:—Leed el informe referente á esta mujer.

»Mi confesor se prosternó ante el crucifijo, y después de pronunciar la oración más inícua, se levantó y dió lectura á su informe que era un tejido de infamias; pero como era hombre de muchísimo talento, le supo dar á todas sus calumnias, á todas sus imposturas, tal viso de verdad, que se necesitaba tener la cabeza muy segura y la conciencia muy tranquila, para no creerse culpable el mismo inocente.

»No entra en mi ánimo dar á este relato de mi vida grandes proporciones, por eso refiero únicamente aquello que es indispensable referir, que si á copiar fuera íntegra la acusación de mi confesor, habría asunto sobrado para escribir un gran libro, donde se admiraría el talento de un sabio empleado en el mal, ¡qué ingenio! ¡qué astucia! ¡qué sagacidad! ¡qué sutileza! ¡qué modo de volver lo blanco negro!...

»Me acusó como religiosa profesa, que había roto mi clausura, dió cuenta de mis escándalos en el convento, arrojando al confesor que en él había, para poner en su lugar á un *íntimo amigo* mío, y tanto dí que hablar á la comunidad, que me arrojaron del convento por ser piedra de escándalo y mantenedora de discordias entre

© Biblioteca Nacional de España

las religiosas. Que no tuve otro remedio que refugiarme en mi casa, donde viví con un sacerdote dando escándalo por ser aquél tan hereje como yo; que había hecho muchas salidas sospechosas, fingiendo visitar enfermos, cuando en realidad, pagaba á gente de mal vivir para que éstas corrieran la voz de mis supuestos milagros; que saqué á una pobre mujer de su casa, que vivía tranquila con su enfermedad, consagrada á Dios, y que le quité su reposo y su religiosidad; que me hice dueña de una pobre niña, que con su trabajo era útil á su familia, y que la llevé á mi casa no se sabe con qué miras, pero que desde luego la niña perdida estaba, por mi mal ejemplo. Que tuve el capricho de amparar á un pobre y al colocarle en un Asilo, porque la superiora no me permitía que allí escandalizara con mis continuas visitas, me vengué de ella quitándola de su puesto y poniendo á otra menos escrupulosa que la primera. Después se quejó de mis escritos, diciendo al fin, que en mi vida tenía hechos perdonables, pero que mis escritos eran heréticos en todos sus conceptos, que yo cantaba estrofas á Dios, pero que mi Dios no tenía cielos, ni templos, ni altares, que mi Dios estaba en todo, y que todo lo llenaba y este Dios sin su Corte celestial y su

© Biblioteca Nacional de España

mansión de los justos, era el genio del mal, llenando los ámbitos del mundo, extendiéndose por todas partes, ya que no podía penetrar en el cielo. Se ocupó de mis cantos á los obreros, especialmente en uno que dediqué á la memoria de dos que murieron en las obras del Convento últimamente edificado. Mis lamentaciones por la muerte de aquellos dos padres de familia que murieron en lo más hermoso de la juventud, decía mi confesor que eran mi mayor condenación, porque ¿acaso, un edificio religioso no valía más con sus piedras benditas que toda una generación de obreros? ¿qué era un obrero ante una obra religiosa? Se ocupó de mi canto á la familia, y entonces refirió, que mi familia me había repudiado, que todos me habían vuelto la espalda negándome su saludo, pero que al refugiarme en mi casa, con mis malas artes seduje á mi hermano mayor, que se convirtió en mi protector *íntimo,* que éste en una cacería se hirió, y yo insultando la ciencia, y faltando á todos los preceptos de la honestidad y de la moral, me constituí en su enfermera curándole por medio de procedimientos diabólicos, y mi hermano, completamente seducido, hizo trabajos para conseguir que toda mi familia me admitiera en su seno, y co-

© Biblioteca Nacional de España

mo el genio del mal es tan astuto, mi hermano consiguió su intento, y la religiosa renegada, la mujer perdida consiguió, como la mala yerba, brotar entre buenos sembrados; pues mi familia yo sola la había deshonrado. Leyó un fragmento de mi canto á la familia en el cual yo decía:—¡Dios mío! ¡Dios mío! hoy es un día de luz para mí, cierro los ojos para no ver ningún defecto, y los abro para gozar de los dulces placeres de la fraternidad!

»Pensad bien, decía mi acusador, pensad en la horrible herejía que encierra este canto. ¡Una religiosa pensando en su familia!... ¡una religiosa soñando con el amor de sus deudos!... ¡olvidando que en cuerpo y alma pertenece á Dios!... ¿Y qué me diréis de su canto á la fundación de un convento?... en él dice que es muy fácil amontonar piedras... pero que es muy difícil edificar en los corazones, porque en éstos sólo con amor se edifica, y este canto está encerrado con otros pergaminos, y andando los siglos, cuando este edificio por cualquier evento se destruya, podrán decir los cristianos de las épocas venideras, que la iglesia abrigó en su seno á una culebra de la herejía, que sin pudor alguno dejó su baba ponzoñosa junto á papeles sagrados; que él creía muy conveniente, que se hi-

© Biblioteca Nacional de España

cieran las obras necesarias, para extraer mi escrito del fondo de la tierra, arrojándole á la hoguera con todas mis obras, y en gracia á ser yo de una familia muy cristiana, que se me condenara á prisión perpetua, sin sufrir el menor tormento, únicamente la privación de papel, tinta y pluma; cuidando que las paredes de mi prisión fueran de ladrillos y piedras desiguales y salientes, y el pavimento fangoso, para que en ninguna parte pudiera escribir uno solo de mis pensamientos.

»Su largo escrito no me abatió, porque contínuamente miraba la imagen del crucificado y era tan hermosa, tan dulce, tan consoladora, que confiaba en él. Me preguntaron qué tenía que alegar para descargo, á lo que contesté: que si el Tribunal era tan bondadoso yo hablaría.

»Todos hablaron entre sí, y oí una voz muy débil, que parecía salir de debajo de la tierra que dijo así:—Esa mujer no tiene que defenderse, sus delitos están probados, hay pruebas innegables, no perdamos el tiempo.

»Entonces sí que temblé de espanto; porque aquella voz tan débil, tenía tal autoridad, que todos inclinaron la cabeza, mas el presidente preguntó de nuevo:—¿Creéis que esta mujer debe defenderse? y uno de

© Biblioteca Nacional de España

los jueces dijo:—Debe dejarse á esta mujer que se defienda.

»En aquel momento se me ocurrió lo que debía haber hecho mucho antes, me levanté y dije:—Señores, llevo en mí una prenda que me garantiza, y es que llevo en mi mano un anillo con el sello real, que en mi natural modestia siempre escondo, y nadie repara en un sencillo aro de oro.

»—¿Cómo no lo habéis dicho? dijo el presidente.

»—Es que no me habéis dejado tiempo, y además, ¿qué mujer no se aturde ante el poder religioso?

»—Hay que averiguar, dijo mi confesor, si ese anillo lo adquirió lealmente; y añadió la vocecita del juez invisible: No hagáis caso, esa mujer está enferma, no debe salir de aquí, que su enfermedad es contagiosa.

»El presidente me quitó el anillo, lo examinó, selló varios papeles, corrió de mano en mano, hablaron todos en un extremo del salón, y al fin el presidente dió la órden que me volvieran á mi encierro. A la vuelta anduve mucho menos, y me convencí que para atormentarme y debilitarme, me habían hecho dar vueltas á una noria gigantesca ¡en todo lo malo pensaban aquellos ministros de Dios!... desde lo más

© Biblioteca Nacional de España

horrible hasta lo más leve, pero todo mortificante y perjudicial, ¡cuánta infamia!

»Al verme sola en mi estancia me alegré, pero al pensar que me habían despojado de mi anillo perdí ya toda esperanza, pensé morir, y me dí por muy contenta si allí me dejaban espirar; pensé en mi familia, en Marta, en María, dí un adiós á todo cuanto había amado, y entré en un período de agonía delirante; repetí toda la acusación de mi confesor, y me defendí admirablemente, ¿dormía? ¿soñaba? no lo sé, me encontraba muy mal, ni podía moverme; así pasé muchas horas, muchas, no puedo precisar cuántos días, en los que me alimentó la fiebre, hasta que una mañana, oí voces, gritos, amenazas, ruido de armas que apoyaran contra el suelo, fuertes pisadas, ¡qué sé yo! borbotones de vida que llegaban hasta mi tumba; y entre tantas voces, creí reconocer una que gritaba:—¡Abrid en nombre del Rey! era la voz de mi hermano Benjamín, que decía iracundo:—Vengo por mi hermana:—Es que la orden del Rey tiene que venir refrendada por el Papa. Mi hermano debió mostrar la orden en toda regla, porque la puerta se abrió y Benjamín se arrojó en mis brazos y me besó con frenesí; cogió mis manos buscando en ellas lo que no encontró, y

© Biblioteca Nacional de España

volviéndose como un león herido gritó:—Que me den el anillo de mi hermana ¡Ay! del que lo retenga.

»El presidente que lo acompañaba se lo entregó y Benjamín, cogiéndome en sus brazos, sin dejar que mis pies tocaran á tierra, corrió como un loco, bajó la escalera como una exhalación y me depositó en un carruaje; él mismo cerró la portezuela, montó á caballo y poniéndose al estribo distribuyó su fuerza y escoltada por ella salí de la ciudad, y sin hacer parada en parte alguna llegué á mi casa al día siguiente, en las primeras horas de la mañana. Durante el viaje, se puede decir que estuve más en el otro mundo que en éste, porque había sido tan imprevista mi salvación, y estaba mi cuerpo tan rendido por la fiebre, que yo no me daba cuenta de lo que me pasaba, comprendía que había salido de mi prisión, que una fuerza poderosa me arrastraba, pero miraba sin ver, y oía sin entender. Cuando me hice cargo de mi situación, fué cuando Benjamín me cogió en sus brazos y me dejó en mi estancia. ¡Qué bien respiré entonces! ¡qué hermosa me pareció mi casa! ¡qué agradable la vida! me asomé á una ventana que daba al campo y dije: ¡Dios mío! ¿por qué no me dejan adorarte aquí? ¡este es tu templo! las casas de

© Biblioteca Nacional de España

piedra son las tumbas de los incautos. Vino mi hermano mayor y me estrechó en sus brazos diciéndome:—Reposa en mí y en tu familia, que todos sus miembros te quieren, por lo mismo que te rodean tantos peligros; el clero te odia, las religiosas te murmuran y temo que el Rey hostigado por el Papa al fin ceda y te castigue cruelmente por herética y cismática. Comprendí que mi hermano tenía razón y traté de tranquilizarle. Pasé después al gran salón, donde me esperaba toda la familia incluso Benjamín, que me dijo:—Ahora me gusta la vida; porque puedo serte útil, te acusan, te injurian, te calumnian; tú eres una santa, y dicen que eres una perdida; tú das la vida á los pobres, y dicen que los arrancas de sus hogares para prostituirlos; pero yo que sé lo que eres, yo que te quiero sobre todo en la tierra, y eso que ya tengo mi prometida, pero por tí... por tí lo dejaría todo... ¡todo! y te juro que con mi espada te haré respetar y hasta el Rey se postrará ante tí. Traté de calmar sus ímpetus; hablé con mis hermanas que, como es natural, estaban muy recelosas y muy atemorizadas, y todas con mis palabras se tranquilizaron y me colmaron de caricias, hasta el punto, que mi hermana mayor me desnudó, me acostó, y no se apartó de mí

© Biblioteca Nacional de España

hasta dejarme dormida. Mi cuerpo descansó muy bien, pero mi espíritu se fué en busca de mis acusadores, y se espantó de ver aquellos espíritus tan miserables; eran reptiles arrastrándose por el negro fango de los crímenes, mi espíritu buscaba á mi confesor, y al fin lo halló: ¡qué conmoción sintió mi cruel enemigo! al ver á mi espíritu le dijo:—¡Siempre te odiaré!, ¡siempre!

»—¿Por qué? ¡yo no te odio!

»—¡Mientes! tienes que odiarme, te has de contagiar con mi odio; aparta, ser infernal, no disfrutarás de paz en la tierra y si hay algo después de la tierra, en la eternidad te odiaré; y me convencí que aquel espíritu me odiaría eternamente, pero yo le dije:—No me importa tu odio, yo te perdono como á mí también me perdonan, y me alejé; pero oí su voz que me decía: ¡no te vayas tan lejos! me acerqué de nuevo y otra voz me dijo:—¿Así le dejas? vuelve á mirarlo, el fuego del odio se apaga con la generosidad del alma, ¡quiérele, quiérele! ¡de veras!—Ya le quiero.—Acércate y dile, que si mañana vuelve á la tierra con la envoltura de mujer, si le gustará ser odiado.—¡Ah! no; dijo mi confesor; si vuelvo á la tierra de mujer, quisiera que me amaran porque hace muchos siglos que soy un sabio, pero nadie me ama ¡nadie! por eso odio

© Biblioteca Nacional de España

á la humanidad, y si tú llegaras á ser mi madre... ¡quizá!... ¡quién sabe! tal vez te amaría!...

»Volví al lado de mi cuerpo y lo encontré muy débil; ¡pobrecito! ¡había sufrido tanto!...

»Mi hermano mayor vino á decirme que una comisión de obreros deseaba verme, que no les contara mis penas para evitar complicaciones.

»Más tarde hablé con los obreros, y aunque les oculté mis sufrimientos, uno de ellos me dijo:—Señora todo se sabe, la religión es una camisa de fuerza que tiene puesta la humanidad hace muchos siglos, y hora es que se rompa con el esfuerzo popular.—No, amigos míos; empleemos el esfuerzo popular en un trabajo honroso y cumpla cada cual con sus deberes, para más tarde hacer uso de sus derechos.»

© Biblioteca Nacional de España

LI

Cuando se marchó la comisión de los obreros, mi hermano mayor, Benjamín y yo, hablamos muy detenidamente sobre la situación en que yo me encontraba, que en honor de la verdad, era bastante crítica; Benjamín con los bríos de su juventud y el arrojo adquirido con sus compañeros de armas, y más que todo, su ilimitado cariño hácia mí, estaba furioso con todo lo acontecido, y sin decirme una palabra, escribió á su jefe pidiéndole una licencia temporal para quedarse cerca de mí, con un pelotón de sus mejores hombres; diciéndome, con su ardor juvenil, que él bastaba para luchar, en mi defensa, con todo el clero católico, y que á sus fieles soldados solo los quería para guardar las muchas puertas de nuestra casa.

»Mi hermano mayor se reía bondadosamente de sus arrebatos, pero se alegraba mucho de tenerle en nuestra compañía por

© Biblioteca Nacional de España

lo que pudiera sobrevenir, aunque al parecer, podíamos estar tranquilos; porque el amigo de mi padre, mi poderoso protector, desde la Corte estaba decidido á protejerme en todo y por todo, ya que había conseguido que hasta el Rey se interesase en mi favor; pero mi hermano decía, y decía muy bien:

»—No debemos confiar ni en nada ni en nadie, porque los tribunales religiosos no perdonan; lo que no hacen por los procedimientos de la ley, lo hacen por medio del soborno, de la astucia, de la calumnia, y hay que evitar en lo posible caer en sus garras; por lo tanto, hermana mía, para no buscar nuevos conflictos, te prohibo, en absoluto, que salgas sola á ninguna parte, es decir, acompañada de tus servidoras, has de salir con Benjamín ó conmigo, que no es ni aún decoroso volver á las andadas.

»Mucho agradecí los desvelos de mis hermanos; ¡es tan grato verse querida! Me retiré después á mi estancia y allí dí gracias á Dios por el cariño que encontraba en mis deudos ¡era tan nuevo para mí aquel purísimo placer!... pero á mi felicidad le faltaba algo, le faltaba la exhalación de mi sentimiento, necesitaba escribir, necesitaba confiar al papel los secretos de mi

© Biblioteca Nacional de España

alma, necesitaba leer mi confesión, y murmuré: ¡No quieren que escriba! ¡vano intento! yo escribiré porque quiero escribir, y en mis escritos probaré que no sé odiar; y mirando las rojizas nubes del crepúsculo vespertino, escribí una poesía titulada *La puesta del sol*. Una puesta del sol, és un *adiós hasta mañana;* un paréntesis entre la luz y la sombra, ¡luz! ¡fuego de la vida! ¡sombra! ¡remordimiento del alma! ¡Luz! ¡Sol! cuando llega la aurora dice el Sol: ¡Humaninad! ¡yo soy la antorcha de Dios! yo soy el mejor amigo del hombre, porque yo vigorizo sus miembros, le ayudo en sus trabajos y soy la fecundación y la vida!

»Escribí tanto y tan á gusto, que hasta la media noche no dejé mi trabajo, y entonces, oí una vocecita que me dijo:—Bien has hecho en escribir, porque ya no te robarán tus escritos; después de muerta, entonces... sí, te los cambiarán, según convenga á la iglesia; pero luego, más tarde, tú escribirás de nuevo, y entonces resplandecerá la verdad, porque ésta no puede permanecer envuelta en las brumas de las mentiras religiosas.

»Muy contenta y muy tranquila me acosté, y dormí tan profundamente, que me desperté muy entrado el día; los rayos del Sol bañaban mi lecho, y al ver tanta luz y

© Biblioteca Nacional de España

tanta vida, le dije al Sol: ¿Por qué permites que las piedras oculten tus rayos? ¡Ay! del mismo modo ocultan los hombres la luz de la verdad, con las piedras de sus fanatismos religiosos.

»Estaba la mañana tan hermosa, que olvidando las órdenes de mis hermanos, me dispuse á dar un paseo por el campo sin pedirle permiso á nadie, más no contaba yo con la vigilancia de Benjamín, que lo encontré al salir de mi estancia, y que al verme cubierta con mi manto me dijo muy seriamente:—No te alejes, no quiero que abuses de tus fuerzas, la casa la tengo sitiada para evitar que salgas, pasea por los patios, por los jardines y nada más.

»—Eso es muy poco para mí, déjame respirar más libremente, ¿quieres acompañarme? dame el brazo.

»—¡Ah! eso sí; con mil amores, contigo iría yo al fin del mundo, aunque tuviera que hacer el camino de rodillas.

»Contentos y gozosos, como si fuéramos dos niños, salimos juntos recordando nuestros juegos infantiles, que siempre consistían en levantar edificios con piedrecitas que se caían contínuamente por lo mal puestas que estaban. ¡Ay! le dije á Benjamín: después he levantado una casa fuerte donde vive una mujer que no es religiosa,

© Biblioteca Nacional de España

¡por qué esta casa antes de ser habitada, no se habrá caído como nuestros castillos de piedrecitas! Existe otro proyecto para levantar un nuevo convento, y puedes creer que ya no tengo aliento para construir otra cárcel de piedra; estoy herida por los míos y no sé que sucederá, mas si el nuevo edificio se levanta, allí procuraré hacer verdaderas reformas morales.

»—Bien, bien, dijo Benjamín, no hablemos tan en serio, hablemos de nuestra infancia, me gusta mucho recordar nuestras expediciones en las cuales tú hacías el papel de madre; te veo siempre en mi imaginación apartándome de los peligros; aún ahora, cuando cruzo una cordillera de altas montañas y ante mi vista se presentan hondos abismos, pienso sin saber por qué, en arrojarme en todos ellos, y en el instante que doy un paso para llevar á cabo mi disparatado proyecto, te veo á tí, hermosa y sonriente, diciéndome: No cometas locuras, ese cuerpo no es tuyo ¡es de Dios! me quedo sobrecogido y me alejo rápidamente, y esto que te cuento me ha sucedido millares de veces; nunca en mis raptos de delirio me has abandonado, por eso te quiero tanto, tanto, que eres el amor de mis amores; ¡mi luz! ¡mi cielo! ¡mi Dios! ¡Ah! sí, sí; no lo dudes, te quiero tanto... que no

© Biblioteca Nacional de España

sé como expresarte mi cariño, y de lejos aún te quiero más, mucho más...

»Me habló después Benjamín de su prometida, me contó la sencilla y vulgar historia de sus amores, me describió su figura, era una mujer muy hermosa, y sobre todo, con la altivez de una reina, me pidió mi parecer sobre su amada, y yo le dije: —Amas á esa joven como ama el hombre en la plenitud de su juventud, la quieres... porque necesitas querer á una mujer, y tanto valdría ésta, como cualquiera otra. Me dices que ésta es noble y rica, y que iguala su altivez á su nobleza y á su riqueza, y una mujer altiva á tí no te conviene; lo que hoy no te parece un defecto, mañana será una gran falta que hará de tu hogar un infierno; tú necesitas una mujer humilde y sencilla, porque una mujer orgullosa es una pesadilla para el hombre, procura separarte de ese abismo, busca una mujer buena, que una mujer buena es la luz del hombre, es su ángel tutelar, es su puerto de salvación.

»Benjamín me escuchó en silencio y nada me contestó, lo que no me causó extrañeza, que no se borra el primer delirio tan pronto como se quisiera. Hablamos después de nuestro hermano mayor, maravillados de su cambio respecto á mí; y

© Biblioteca Nacional de España

decía Benjamín:—Estoy tan contento y tan satisfecho de su proceder, que por salvarle la vida yo moriría felíz.

»Cuando llegamos á casa, mi hermano nos riñó cariñosamente por nuestra escapatoria y ya en la mesa le decía á Benjamín:—Me extraña mucho que los religiosos no se ocupen de ésta, y su silencio no es prueba de olvido, que ellos por su desgracia ni olvidan ni perdonan á los que tienen valor de desenmascararlos.

»Algunos días después, vino á verme la señora que me visitó antes de que me llevaran presa, y vino muy contenta por haber yo recobrado la libertad; pero su alegría y su regocijo me helaba, no podía explicarme lo que me sucedía, pero aquellas demostraciones de afecto, tan extemporáneas, me hacían el mismo efecto que si un mal comediante expresara el entusiasmo de un héroe; pero como la buena educación obliga á que ocultemos lo que sentimos, traté de dominarme y lo conseguí á medias, escuchando con la sonrisa en los labios sus protestas de cariño.

»—Os prometí, me dijo ella, devolveros vuestros escritos, y os serán devueltos, juntos con el tintero y vuestra pluma, que los tribunales religiosos no cometen injusticias, y como era injusto lo que os han

© Biblioteca Nacional de España

hecho, vuelven á vuestro poder los escritos, de los que yo me he quedado copia.

»Sentí, en verdad, lo que aquella señora me decía y la dije:

»—¡Ay! de nada sirve leer un escrito si no se sabe leer *entre letras;* sin conocer el alma del poeta, no importa poseer sus trabajos.

»La señora comprendió que no me había gustado que copiara mis escritos, y se mostró algo resentida, resentimiento que yo no traté ni de aminorar ni de desvanecer. Nos despedimos muy friamente y yo me quedé muy triste pensando en la copia que habían hecho de mis trabajos, ¿para qué los quería? mis hermanos me tranquilizaron diciéndome que no me apurara, que aquella señora quería pasar por literata, y estrofa de aquí y fragmento de allá, hilvanaba unas composiciones detestables y en su misma culpa, llevaba el castigo; pues el menos entendido conocía desde luego el mal arreglo literario de la noble señora.

»No me gustó ni poco ni mucho el anterior relato; mis hermanos se reían, pero yo no; veía el ridículo en perspectiva y me mortificaba en sumo grado; por más que mis hermanos no veían motivo mas que para reir, y es, que sólo aquel que escribe

© Biblioteca Nacional de España

sabe lo que se aman los escritos, depositarios de nuestras penas, esperanzas y alegrías. Pasaron muchos días, y al fin me devolvieron mis escritos: ¡Con cuánto cariño los recibí!... ¡hasta los besé! ¿y por qué no? ¡eran mis hijos!... ¡los hijos de mi pensamiento! ¡qué hermosísimos me parecieron! ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¡cuánto me alegré al encontrar mi canto á Dios! era mi poema favorito. ¡Con qué cuidado los coleccioné! pasé días y días corrigiendo algunos cantos, quería que mis hijos estuviesen con toda la perfección posible; las madres siempre pecan por carta de más queriendo á sus hijos; ¡yo también era madre! ¡mis hijos eran mis pensamientos!

»Vino á verme el arquitecto con los planos del nuevo convento; encontré muy triste á mi sabio amigo, le pregunté la causa y me dijo:

»—¡Ay! señora, me han amenazado de muerte si hacía estos planos.

»—¿Quién se atrevió á tanto?

»—Quien puede: una alta dignidad eclesiástica; obedecí porque mi familia necesita de mí, y obedecí á pesar mío: pues por lo mismo que en esta obra vos seréis la que mande en ella, yo estaba muy contento de complaceros y de trataros con esa intimidad de dos buenos compañeros que van á

© Biblioteca Nacional de España

un mismo fin; pero cuando menos lo pensaba, recibo una orden terminante de vuestro poderoso protector, mandándome muy secamente que hiciera los planos sin pérdida de tiempo, y que ganara de noche los días que había perdido; pregunté al que me llevó la segunda orden, porqué había en este asunto tantas contradicciones, que unos me amenazaban de muerte si concluía los planos, y otros me mandaban que ni durmiera, para concluir más pronto mi trabajo: y me dijo el enviado, que por causa vuestra, señora, por causa vuestra, había tales luchas, pues daríais mucho que hacer á los tribunales religiosos. ¡Ay! señora, procurad estar bien con unos y con otros, hacedlo siquiera por mí, que hago mucha falta á mi numerosa familia.

»Traté de tranquilizar al arquitecto, aunque yo también estaba intranquila, viniendo muy á tiempo la visita de varios obreros que vinieron á pedirme trabajo para centenares de jornaleros que se morían de hambre.

»Aquella petición animó al arquitecto y á mí, hasta el punto que le dije al primero: La voz del pueblo es la voz de Dios, los trabajadores nos piden el pan de cada día, no se lo neguemos, mañana mismo se dará comienzo á las obras.

© Biblioteca Nacional de España

»—Tenéis mucha fe, señora.

»—Sí; tengo fe en Dios, fe en mí misma, y fe en la causa que defiendo, que es la más justa: dar de comer al hambriento.

»—Los obreros se fueron contentísimos, y yo al quedarme sola exclamé: ¡Gracias, Dios mío! levantemos templos que sirvan de refugio á los que quieran trabajar.

»Al día siguiente, cuando iba á salir para asistir al replanteo de la nueva obra, recibí un pliego del Rey, dándome órdenes terminantes para comenzar las obras inmediatamente, leí después una carta que me enviaba mi protector diciéndome: Mi bella protegida, sin temor alguno trabaja en la construcción de la nueva casa de Dios; no cometas imprudencias y cuenta con los fondos necesarios para atender á los grandes gastos de la obra proyectada. Escríbeme diariamente, conviene que así sea.

»Benjamín también recibió carta de su jefe concediéndole ampliamente lo que deseaba y ofreciéndole más hombres si los quería á su servicio.

»Animados con tan buenas noticias, salimos juntos toda la familia y nos dirijimos al lugar donde debía hacerse el replanteo; allí estaba el arquitecto rodeado de cien obreros jóvenes y robustos y de otros com-

© Biblioteca Nacional de España

pañeros de su profesión. Cuando me vió, salió á mi encuentro y me dijo en voz baja: Preparáos señora, que viene la nube, y me indicó disimuladamente que mirara al lado izquierdo; miré, y por un estrecho sendero ví que avanzaban unos veinte religiosos, el que venía delante era mi acusador. Al verle me extremecí, pero oculté mi turbación porque Benjamín, de un salto, se puso junto á mí, desafiando con su mirada á aquella bandada de aves de rapiña; mi acusador me saludó fríamente, preguntándome enseguida si tenía las órdenes necesarias para dar comienzo á las obras; le mostré la orden del Rey y se quedó atónito; juntos fuimos á ver los planos, y mi acusador encontró muchos defectos, en particular la iglesia muy pequeña; le hice presente que yo no quería abusar de mis protectores, y él replicó:—Es que en esta iglesia ¡quién sabe lo que se guardará! si aquí, andando los siglos, se vendrá en peregrinación.

»—No padre, aquí no creo que se encierre ningún santo.

»—Yo no afirmaré tanto, quizá una santa... y mi acusador se sonrió irónicamente.

»—¿Habéis escrito algo?

»—No padre; ¿para qué? no quiero que mañana mis escritos sean motivo de hacer

© Biblioteca Nacional de España

excavaciones para extraerlos del seno de la tierra.

»—Pero, ¿y el nombre de los que costean las obras? esos bien los haréis constar.

»—Sí padre, terminado el edificio, sobre la puerta principal figurarán como el mejor adorno.

»—Encuentro poca comodidad en estas celdas, y la de la superiora es mezquina.

»—Las celdas, que solo sirven para dar reposo al cuerpo, no es necesario que sean tan anchurosas, es preferible aprovechar el terreno para otros fines más útiles.

»—¿Y aquí os estableceréis?

»—No padre, cuando me decida á retirarme del mundo volveré al convento donde profesé, esa será mi única casa religiosa.

»—¿No queréis comodidades?

»—No padre, los religiosos no debemos buscarlas.

»—Pues en vuestra casa bien las tenéis.

»—Nací en ellas, señor, yo no las he buscado; no he llevado á mi casa solariega ningún mueble de lujo y es mi estancia, por mi gusto, la menos lujosa.

»—Mis ocupaciones no me han permitido visitaros, pero os visitaré para que reanudéis vuestras confesiones, pues no habréis olvidado que por orden superior tenéis que confesarme todas vuestras culpas.

© Biblioteca Nacional de España

»Nada le contesté, porque temí no poder contener mi indignación y él se marchó seguido de los suyos. Benjamín que no me perdía de vista, se acercó á mí que debí palidecer, y me preguntó con vivísimo interés:—¿Qué te ha dicho ese hombre?

»—Que vendrá á verme para confesarme.

»—¿Sí?... pues te aseguro que yo creo que quién le confesará á él seré yo.»

© Biblioteca Nacional de España

LII

Nos retiramos de aquel lugar después del replanteo de las obras, y al llegar á mi morada me retiré á descansar, porque mi organismo estaba rendido; sea que con los años todo pesa más, ó que la lucha era verdaderamente superior á mis gastadas fuerzas, es lo cierto, que el cansancio me rendía, y necesitaba estar sola sin que el rumor más leve me molestara para pensar y analizar los hechos de mis contrarios.

»¡Cuántos pensamientos distintos se cruzaron en mi mente! los unos me reanimaban, me alentaban á la lucha, los otros me amilanaban, me desfallecían, dejándome sin vida; la verdad es, que si hubiera podido en aquellos momentos anular mi personalidad, me hubiera confundido con el polvo de la tierra; porque en realidad mis enemigos habían conseguido su objeto, estaba anonadada; que más daño hace la culebra que se enrosca á los pies, que una

© Biblioteca Nacional de España

legión de furiosos combatientes en el campo de batalla; la lucha frente á frente es menos cruel, es menos homicida que la asechanza en la sombra de un enemigo que no lleva más arma ofensiva que su lengua y sus ojos. Hay palabras que atraviesan el corazón, hay miradas que hieren como el rayo. Aquella noche dormí muy mal y tuve sueños horribles, muy horribles; ví á centenares de espíritus que se reían de mis afanes y me decían:—No llegarás, no llegarás á donde tu deseas, lo impediremos nosotros, la ignorancia ganará la victoria, retírate y desiste de tus planes, vete á los lupanares y no delires más.

»¡Cuánto sufrí aquella noche! ¡Dios mío! ¡cuánto! cuando me levanté no podía tenerme en pie, me tambaleaba como si estuviera ébria, y mi hermano mayor me dijo muy alarmado:

»—¿Qué tienes? tus ojos hundidos revelan el mayor sufrimiento; le conté mis sueños y Benjamín exclamó:

»—¡Ah! pues no te pongas mala, te lo advierto, yo no quiero verte enferma, que si esa gente negra te preocupa y te quita el reposo, yo podré morir mal, pero te libertaré de ellos; porque no creas, son muchos los que están hartos de esa milicia sin armas, y el mejor día hay una degollina

© Biblioteca Nacional de España

de todos ellos, y cree que yo no daré descanso al brazo.

»En realidad, con Benjamín no se podía hablar, porque al momento se excitaba de tal modo, que había que apurar todos los medios de la elocuencia para disuadirle y apartarle de sus planes de exterminio; siempre estaba dispuesto á matar y muy en especial para libertarme de mis enemigos.

»Déjame que luche, Benjamín, déjame que luche, que si la lucha no se siente, ¿á qué luchar? Yo temo por el pueblo trabajador, para bien de los pobres, quiero yo el reposo de mi alma, porque solo deseo que el pueblo viva tranquilo, contento con su suerte.

»Pasé mal día, porque tuve que sacar fuerzas de flaqueza para tranquilizar á mis hermanos y en particular á Benjamín, así es, que cuando llegó la noche y me retiré á mi estancia, me alegré de estar sola para dejarme caer en mi lecho, tan cansada y tan rendida, como si hubiera andado una jornada recorriendo playas arenosas.

»Como todo el día había estado Benjamín junto á mí, lo más cariñoso y lo más solícito que se pudiera desear, al verme sola, recordé sus menores palabras, sus tiernas atenciones, sus desvelos, sus mimos para hacerme tomar algún alimento, y me acu-

© Biblioteca Nacional de España

sé de mi indiferencia para con él, que tanto y tanto se sacrificaba por mí; y yo... ¡yo no le agradecía sus sacrificios, era ingrata con él, ¡muy ingrata!.,. y mi ingratitud me sublevaba contra mí, porque no encontraba disculpa para mi mal proceder, y pensando en Benjamín, me quedé dormida temblando ante la idea de ser yo la causa de su muerte.

»Quedó mi cuerpo inerte, frío y rígido como si fuera un cadáver, en tanto que mi espíritu, huyendo de sí mismo, se fué al espacio; mas no me valió la huída, porque seguí pensando en Benjamín del mismo modo. Crucé campos bien cultivados, y hondonadas cubiertas de asperezas, de zarzas punzantes que me lastimaban, y luego descendí á unas vertientes, donde había corrientes de agua cenagosa en abundancia, y plantas, muchas plantas manchadas de sangre, cuya vista me impresionó muchísimo. ¿De quién será esta sangre? me pregunté con angustia, ¿será de Benjamín? ¡Ay! primero que se vierta la mía. Después ví una gran claridad, que iluminaba una vertiente lejana; hacia allí me dirigí y ví muchas flores blancas de gran tamaño, y sobre sus anchas y aterciopeladas hojas había gotas de sangre en abundancia; por todas partes veía sangre ¡qué horror!... y allí...

© Biblioteca Nacional de España

allí estaba Benjamín en actitud de lanzarse á un abismo; y yo le dije:—¡No! ¡no! ¡no quiero que te mates! ¡ten piedad de mí! —Si no es por tí, dijo él, con aspereza; y resonó una horrible carcajada, que los ecos repitieron hasta perderse el último gemido, debilitado por la distancia; y digo gemido, porque las carcajadas de la desesperación son la manifestación de alegrías lúgubres; en vuestros días, uno de vuestros poetas ha dicho muy oportunamente:

Risas hay de Lucifer,
risas preúcedas de horror,
que en nuestro mezquino ser,
como su llanto el placer,
tiene su risa el dolor.

»El dolor de Benjamín era espantoso, yo veía su cuerpo retorcerse como si hierros candentes le arrancaran sus miembros; dejé de ver y oí la voz de Benjamín que decía:—¡Te seguiré donde tú estés, no te dejaré jamás! después se aumentó la claridad, y ví á Benjamín con el cuerpo destrozado, sin brazos, sin piernas, y la cabeza casi desprendida del tronco; miré su rostro y no era el semblante de mi hermano, no; era el de un mónstruo que yo odiaba desde la noche de los siglos; quise

© Biblioteca Nacional de España

huir, y oí una voz que decía:—¡Desgraciada!... si Dios le quiere, si Dios le perdona, ¿por qué le odias tú!... Entonces traté de acercarme y me dijo aquel infelíz:—¡No me odies!... ¡no me odies! he sido muy culpable, pero ¡soy tan desgraciado!... ¡yo seré tu esclavo, tu servidor más fiel. Dominándome mucho, le dije:—¡Te perdono!... ¡te perdono! ¡aunque me has hecho tanto mal!... Resonó de nuevo la horrible carcajada: ¡qué risa tan espantosa! ¡qué daño me hacía! aquella segunda carcajada parecía que expresaba una burla sangrienta, era una acusación, ¡Dios mío! por eso me hacía tanto daño, parecía decirme con ella ¡tú también vendiste á un inocente!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¡qué culpable fuí!...

»Sufrí tanto en aquellos momentos, que no puedo dar ni una leve idea de mi dolor; hay dolores que se sienten, pero que jamás se explican. De nuevo oí la voz de Benjamín que me decía:—¡No me odies! yo seré tu esclavo, ¡bórrense los odios!... Quedé en la obscuridad y oí la voz de siempre que me decía:—¡No seas ingrata, atiende á ese infeliz que por tí ha vuelto á la tierra; no olvides tus deberes.

»Como si me obligaran, volví junto á mi cuerpo y lo encontré como muerto ¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuré, ¿qué será de

© Biblioteca Nacional de España

mí en la tierra? una mujer como yo es una hoja seca; vino entonces mi padre y me dijo en tono de reconvención:—No te aflijas, tú aumentas tus penas con tus preocupaciones y tus presentimientos, has ido á la tierra para implantar la verdad, no desmayes, escribe, avanza.—Es que no veo el amor de mis amores.—Tú tienes la culpa, nadie te ha quitado ni la luz ni la vida, eres tú la que te encierras en un círculo de sombras.

»Me desperté, y sin recordar nada, me levanté muy débil, saludé al sol diciéndole: ¡Buenos días, Sol de mi alma! ¡bendito seas! ¡bendito mil veces por que alientas los cuerpos con tus rayos de luz!...

»Miré hácia abajo y ví á Benjamín al pie de mi ventana que me decía: Buenos días, te espero, necesito de tí, quiero hablar contigo. La voz de mi hermano me hizo extremecer, sentí que me hubiera visto tan pronto, pero bajé enseguida y lo encontré muy triste; Benjamín al verme me dijo:—«¡Ay hermana mía! ¡qué noche tan cruel he pasado! la he pasado en una vertiente, lleno de sangre, con el cuerpo destrozado, me he visto sin brazos, sin piernas, con la cabeza fuera de su sitio, y no es esto lo peor, sino que tú estabas allí, y me decías, ¡que no me querías! ¡que me

© Biblioteca Nacional de España

odiabas!... ¡qué horror!... ¡qué horror! y he soñado que no se muere; he visto mi cuerpo hecho pedazos, pero mi alma vivía! como que oía perfectamente que tú me decías: ¡te odio!

»Entonces aproveché la ocasión para decirle: has soñado la verdad, el alma no muere.

»—¿No se muere? y... oye; si nuestras almas se hubiesen encontrado antes y tú no me hubieses amado, aun más, si me hubieses odiado?... entre tú y yo, habría un vacío, ¿no es verdad? pues mira, ese vacío existe entre tú y yo, vacío que no me explico, porque yo ¡te adoro! ¡eres mi Dios en la tierra! y tú... tú has de quererme por fuerza, sino; yo enloquecería.

»—No seas loco, Benjamín; yo te amo como una madre, no tengo tus arrebatos ni tus exaltaciones, pero te quiero como yo sé querer.

»—Pues cree, hermana mía, que sabes querer muy poco; porque yo te quiero sobre todas las cosas de la tierra, te quiero como quieren los amantes más apasionados, pero sin desear tu cuerpo, eso jamás, si yo creyera en vírgenes y en santos, tú serías la virgen de mi altar y entre nubes de incienso te adoraría de rodillas.

»Pasaron algunos días más en calma,

© Biblioteca Nacional de España

cuando una mañana llegó una de mis hermanas muy dolorida, porque se estaba muriendo una de sus hijas. Mi hermano mayor la reconvino por no haber avisado antes y me miró como diciendo, qué piensas hacer. Benjamín á su vez con su impetuosidad de costumbre, me dijo: Corre, mujer, corre, quizá llegues á tiempo, no te conozco, ahora no haces nada. Me dejé llevar, y llegué á casa de mi hermana en la cual estaba toda la familia haciendo más estorbo que servicio; entré en la estancia de la enfermita, y ésta estaba en su lecho como muerta. ¡Pobre niña! hasta tenía las manos cruzadas como si le hubiese pedido perdón á su padre de sus inocentes travesuras.

»Era una niña muy hermosa, y la madre al verla, redobló sus sollozos en unión de otras muchas señoras que rodeaban el lecho de la tierna moribunda. Pedí quedarme sola con mi hermana y la enfermita, y todos salieron mirándome de un modo que parecían decirme ¡tú estás loca!

»No me inquietó su desconfianza, al contrario, me dió más ánimo y me acerqué á la niña suplicándole á su madre que no me pertubara con sus gritos; la pobre mujer, aunque sin esperanza ninguna, se prosternó ante el lecho de su hija, y su fervien-

© Biblioteca Nacional de España

te plegaria debió resonar de mundo en mundo, porque era mi hermana una madre modelo. Yo mientras tanto dí comienzo á mi curación por medio de pases magnéticos; mi hermana me miraba y decía en medio de sus súplicas; ¡qué locura! ¡si está muerta! toca esa frente, ¡está helada! mira esos ojos que Dios mismo le ha cerrado: creo que estamos haciendo una profanación.

»Yo que sentía latir el corazón de la niña, le dije imperiosamente:—Mujer, no te desesperes, tu hija se despertará; y se despertará si tú te contienes y no me aturdes con tus gritos; la pobre madre hizo un esfuerzo supremo y enmudeció; al fin la niña abrió los ojos, y su madre al verla se desmayó, la rindió el placer, lo que no pudo conseguir el dolor; la niña entre tanto siguió luchando entre la vida y la muerte pero sus ojitos se reanimaron, se llenaron de lágrimas, se fijaron en mí, y tendiéndome los brazos me rodeó el cuello diciéndome;—¡Ay tía mía! yo te llamaba y tú no venías, pero has venido ¡qué buena eres! ¡qué buenos son tus ojos! me dan la vida ¡mírame! ¡mírame! ¡qué buenos son tus ojos!...

»Mi hermana creímos que se volvía loca de alegría, cuando vió á su niña sentadita en la cama pidiendo su muñeca favorita;

© Biblioteca Nacional de España

me abrazó con delirio, no se cansaba de mirarme, me dirigió frases que jamás olvidaré, y se prosternó ante mí, diciendo:—Sólo los santos pueden hacer milagros; yo para tí levantaré un altar. Entonces la abracé diciendo:—No, hermana mía; si hay algo santo en la tierra es el amor maternal. Dios no tiene más ángeles en su gloria que las madres, las madres son los ángeles en donde quiera que están.

»¡Qué bien me encontré después de aquella curación, me parecía que yo podría salvar á un mundo; mis hermanos me miraban con adoración, y yo sintiéndome feliz, escribí una pequeña composición dedicada á mi sobrinita: *á una niña dormida despertando en la tierra,* poesía que mi hermana guardó como si fuera una reliquia milagrosa, ¡qué diferencia! antes me llamaban la religiosa renegada, y después creyeron de buena fe que yo era una santa, ¡qué lejos estaban de la verdad, antes y después!

»Seguí visitando las obras del Convento, cuidando mucho de que no hubiera desgracias; nunca me cansaba de tomar precauciones para evitar tragedias, los trabajadores se reían de mis temores, pero cuánta satisfacción revelaban sus francas carcajadas; al verme, se decían unos á otros,

© Biblioteca Nacional de España

allí viene nuestra madre, ¡qué nombre más hermoso! ¡madre!

»Un día ví llegar á mi confesor, y no me inmuté, le recibí con la mayor serenidad, habían desaparecido mis temores, la curación de mi sobrinita me había devuelto mis antiguas energías y luego me halagaba muchísimo verme tan querida. Benjamín era mi sombra; parecía el capataz de los trabajadores, hablaba con ellos por estar cerca de mí, así es, que á mi confesor le debió sorprender mi tranquilidad, porque me dijo con su ironía acostumbrada:

»—Os sienta muy bien ver trabajar.

»—¡Ah! sí; porque los obreros trabajando me parecen instrumentos de Dios que amasan el pan de la vida.

»—Todos debemos trabajar, que todos somos obreros, no debemos contentarnos con ver, hay también que ejecutar.

»—Según y conforme, Padre, porque á veces se trabaja, y los trabajos se vuelven armas ofensivas contra los que trabajaron.

»—Eso no importa, á Dios rogando y...

»—Sí Padre, á Dios rogando y no ofendiendo ni perjudicando á nadie.

»—He tenido muchas ocupaciones, y por eso no he ido á confesaros que hace mucho tiempo que no confesáis.

© Biblioteca Nacional de España

»—Os equivocáis Padre, he confesado hace poco.

»—¿Quién es el osado sacerdote que ha tomado mi puesto? puesto que nadie puede ocupar; pues ya sabéis, que el Delegado del Papa me nombró vuestro confesor.

»—Padre, mi confesor está por encima de todos los Papas, todos los templos son pequeños para él, y todas las grandezas de la tierra son humo leve ante su poder, es el ser más hermoso de todos los seres, es el amor en acción, es el raudal inagotable de la vida.

»—¿Y quién es ese conjunto de poderío y perfecciones?

»—Es Dios, con él me confieso y siempre me perdona.

»—¿Y cómo lo sabéis?

»—Porque al despertar y ver el Sol, comprendo que al que ve la luz, Dios le perdona todas sus culpas.

»—Todo eso está muy bien, pero hay que descender de las alturas, dejémonos de sueños y poesías, una mujer debe confesarse con un hombre.

»—Pues ahora mismo, Padre, por eso no os apuréis. Escuchadme; á una hermana mía se le estaba muriendo una de sus hijas, parecía una muerta y yo le devolví la

© Biblioteca Nacional de España

vida con la imposición de mis manos y mi gran voluntad.

»—Bien; bien; ya sé que hacéis curaciones, ese es uno de vuestros muchos pecados; ¿no sabéis que esas curaciones son obra del Diablo?

»—No, Padre, nunca me haréis creer tal absurdo, no puede el genio del mal consolar el dolor de una madre desesperada; no puede dar luz, lo que lleva en sí la sombra, mis obras son buenas, porque llevan el consuelo.

»—Bien, hablaremos, iré á vuestra casa, y allí si me convencéis levantaré la acusación que pesa sobre vos.

»—Sí, Padre, venid, yo creo que estáis enfermo, y deseo curaros; ayer os creía un enemigo implacable, al servicio de un tribunal, más implacable aún. Después os he considerado como un enemigo personal, y hoy creo que estáis muy enfermo y necesitáis la curación del alma, curación que espero conseguir para bien de la verdadera religión.»

© Biblioteca Nacional de España

LIII

AQUELLA vez, ya no fué como la primera, volví á mi casa muy tranquila pensando en lo ocurrido con mi confesor, y tan embebida iba en mis pensamientos, que hablaba conmigo misma sin cuidarme para nada de los demás. ¿Por qué eres cobarde? me decía, ¿no ves como todo se allana? ¿qué es ese hombre? para mí, un gigante por su sabiduría y por su alta gerarquía social, ¿y qué es un gigante ante una fuente de sentimiento? ese hombre tan respetado por todas las clases sociales, es, sin embargo, una armadura hueca; si el vacío existiera y pudiera fraccionarse, ese hombre sería una fracción del vacío, porque un sabio sin sentimiento es una flor sin aroma; y hablando conmigo misma, aceleré tanto el paso, que al llegar á mi morada ví que había dejado á mis hermanos muy atrás; comprendí que mi proceder no era correcto y volví á salirles al encuentro; mi

© Biblioteca Nacional de España

hermano mayor me reconvino dulcemente y yo le pedí perdón por haberme adelantado, abstraída en mis pensamientos, y entonces les conté cuanto habíamos hablado mi confesor y yo, y en su consecuencia, que lo dejaran pasar libremente cuando viniera á verme. Mis hermanos no quedaron muy satisfechos de mi relato, y muy en especial Benjamín; éste torció el gesto y se alejó á buen paso murmurando y refunfuñando.

»Yo no deseaba en aquellos momentos más que estar sola en mi estancia, porque nadie me comprendía, solo mis pensamientos respondían acordes á mis deseos; porque yo me preguntaba con febril afán: ¿Vencerás ó serás vencida? ¡qué me importa! yo quiero vencer, no por hundir al coloso en mi presencia, sino por dar más luz á mi inteligencia; quiero demostrar á mi confesor que mi religión es la verdadera, quiero probarle con hechos, que en el reino de Dios, no existen pobres de espíritu, sino almas embriagadas por el divino amor; quiero decirle que no me cabe la menor duda que la posteridad no hablará bien de mí, porque los unos me calumniarán sin compasión, los otros me darán virtudes y santidades que estoy muy lejos de poseer, y tan dañina es la mentira en sentido adverso, como en sentido favorable, porque

© Biblioteca Nacional de España

santidad sin base, es piedra movediza que cae y desciende buscando su centro de gravedad; la verdad sencilla, es la única que resiste al empuje de los siglos, y al embate de todas las mentiras humanas. Yo le diré que mi Dios es la verdad irradiando en la naturaleza.

»La esperanza de hablar largamente con mi confesor, me puso contentísima; yo reconocía su indisputable talento, pruebas me había dado de él en la acusación que contra mí formuló; obra maravillosa, donde no se sabía que admirar más, si la forma ó el fondo; y si obra cimentada sobre tal artificio valía tanto, ¿qué sería cuando aquel hombre escribiera sobre bases más sólidas? sus escritos podían ser la salvación de un mundo, y eso era lo que yo quería, dar á la causa de la verdad suprema un nuevo defensor. Como mi contento yo lo exteriorizaba enseguida, mi pluma corría velozmente sobre el papel saludando la alborada de un nuevo día: ese día era la victoria que yo esperaba conseguir haciéndole reconocer su error á uno de los hombres de más talento de aquella época.

»Una mañana estaba yo en mi estancia ordenando mis trabajos, cuando sentí pasos, conocí que eran los de María, la que llamó á la puerta suavemente; aquellos

© Biblioteca Nacional de España

golpecitos, sin saber por qué me impresionaron, porque tanto María como Marta, tenían su entrada libre en mi aposento, y aquel cambio en la niña hasta me contrarió, porque yo estaba acostumbrada á verla como una mariposa en torno mío; sin molestarme iba y venía sin hacer ruído, y desaparecía velozmente como desaparecen las ilusiones en el otoño de la vida.—Puedes entrar, la dije con impaciencia; entró María, y arrojándose en mis brazos me dijo:—¡Soy muy desgraciada!—y al decir esto, lloró con el mayor desconsuelo.

»En peor ocasión no podía llegar la niña á contarme sus congojas, porque mi pensamiento estaba bien lejos de las miserias de la vida, pero como yo quería mucho á María, dominé mi primer arranque de contrariedad y la dije:

»—¿Qué tienes? ¿qué te pasa? cuéntame tus penas.

»—¡Ay! hace mucho tiempo que estoy en vuestra casa; me sacásteis de un infierno, es verdad, donde la miseria y los malos tratamientos eran mi único patrimonio; pero ¡ay! que aquí, si bien nadie me ha tratado mal, y he tenido alimento abundante y tengo ropa suficiente, nadie me hace caso, trabajo cuanto sé y cuanto puedo, y nadie me dice que esté contento de

© Biblioteca Nacional de España

mí, y este aislamiento me desespera, me desespera hasta el punto que quiero irme de aquí.

»¡Cuánto daño me hicieron las palabras de María! y me hicieron daño, porque la niña se quejaba con razón; yo que era la persona que más debía ocuparme de ella, era la primera que no me fijaba en sus trabajos, si bien en el fondo la quería y me gustaba verla crecer, transformándose lentamente la niña en mujer.

»—¡Ingrata! la dije, ¡ingrata!, tú también me acusas, cuando sabes lo mucho que te he querido y lo muchísimo que he tenido que sufrir por causa tuya.

»—No lo niego, pero tampoco podréis negarme que yo me he ganado aquí el pan con el sudor de mi frente, que mi trabajo no ha sido visto ni apreciado, también es verdad, y ya estoy cansada de tantas indiferencias.

»—Quieres ser independiente por lo que se vé, y aún no es hora María, aún no es hora. Yo no me he ocupado de tí porque aún eres una flor en capullo, y te he dejado crecer y vivir, y si has trabajado es porque todos tenemos obligación de trabajar. Tú crees que te he olvidado y estás en un error, vienes á decirme que ya no me necesitas, que eres fuerte. ¡Ay!, ¡cuántas

© Biblioteca Nacional de España

luchas te esperan si te separas de mí! si te vas, me causarás un gran disgusto, ¿crees que no te quiero porque no te lo repito? ¡Ay! no busques palabras, busca hechos, ¿crees que si yo te viera en un peligro, te abandonaría? dime: ¿te has enamorado? si es así, yo apadrinaré tu boda, ¿quieres ser religiosa? yo te llevaré donde te traten bien.

»—Es inútil cuanto me decís, mi resolución está tomada.

»—Lo siento por tí, no por mí; eres tan niña como el día que te recogí, pero yo no quiero esclavos junto á mí, podría retenerte á mi lado, poder tengo para ello, pero si te quieres ir, vete.

»María me miró fijamente y me dijo con amarga ironía:

»—El mundo dice que sois muy buena, yo diré á su tiempo lo que sois. Sí, diré que en vuestra casa he ganado el pan con el sudor de mi frente, que nada me habéis dado, porque entré aquí creyendo ser atendida y sólo encontré en vos, desvío, indiferencia y olvido.

»No supe qué contestar á María y ésta salió de mi aposento resonando sus pasos en mi corazón; comprendí que la niña se quejaba en parte con razón, que yo mirando constantemente al cielo, me olvidaba de

© Biblioteca Nacional de España

los pobres seres de la tierra, y aquellos que parecen más insignificantes suelen encerrar un gran corazón. Mucho había yo hecho por María, es verdad, pero no había hecho lo bastante, y hondamente preocupada llamé á Marta; ésta, en poco tiempo había envejecido mucho; al verme me quiso besar las manos y yo se lo impedí, la hice sentar y le conté lo que me había dicho María.

»—No lo extrañéis, señora, la juventud es así, caprichosa y desagradecida, á su edad yo hubiera hecho lo mismo.

»—Entonces, ¿tú apruebas su conducta?

»—No la apruebo ni la desapruebo, porque todo es hijo de las circunstancias. Yo debo deciros, que en vuestra casa, señora, hay un *lleno* de comodidades, y hay un *vacío* moral extraordinario; aquí no hay calor del alma, no, señora, dáis mucha vida por fuera, os desvivís por los extraños, pero por vuestra servidumbre, por aquellos seres que os han visto nacer, ni siquiera los miráis una vez al año.

»—Es que ésta, no es mi casa, es la casa de mi hermano mayor, y yo respeto el orden que él tiene establecido en ella.

»—Para el corazón que siente, no hay respetos que valgan, señora; vos sois muy buena, habéis hecho en este mundo mu-

© Biblioteca Nacional de España

chas obras de caridad, que me lo digan á mí, pero con todo y con eso, la distancia que media entre vos y vuestra servidumbre, no habéis dado todavía ni un paso para acortarla; el orgullo de raza puede más que vuestras virtudes, y eso que son muchas.

»—Qué, ¿también tú estás quejosa de mí?

»—No, señora, los viejos somos más indulgentes, no por virtud, por necesidad; también aquí yo tengo frío en el alma, pero si perdiera vuestro amparo ¿en dónde me querrían? en ninguna parte, los viejos somos muebles inservibles, árboles secos que no retoñarán. Yo no os dejaré, no, perded cuidado, pero... también, también aquí siento frío.

»—Mi buena Marta, me has dado una lección que aprovecharé en lo que vale. Yo te prometo que daré calor en mi hogar. Al marcharse Marta, recordé súbitamente que se cayó en la calle al verme pasar camino de la prisión, y yo... ¡ingrata, más que ingrata! olvidé por completo su caída. Ven Marta, la dije, ven, ahora recuerdo que te caíste por causa mía, ¿te hiciste mucho daño?

»—Así, así; me partí la cabeza.

»Efectivamente, aún tenía la herida abierta. Temblando de vergüenza, apoyé

© Biblioteca Nacional de España

mis manos en los bordes de la herida, y á poco dijo Marta:—¡Benditas sean sus manos! parece que me han quitado la mitad de los dolores.

»Con cuánto afán curé á la pobre Marta... ¡pensé en los obreros que me llamaban ¡madre! y murmuré con desaliento, ¡juzgar por las apariencias! allí me desvivo para que no sufran daño los trabajadores y en mi casa no me cuido de la infeliz mujer que por mí cayó en tierra, y eso que ví el choque de su cabeza contra el duro suelo; ¡también en mi alma tenía cabida la ingratitud! ¡qué lentamente se progresa, Dios mío!... ¡yo pasaba por buena!... y ¡qué lejos estaba de serlo!

»Se fué Marta muy contenta diciéndome que ya no le dolía la herida, y yo salí trás de ella huyendo de mí misma; en un ancho corredor encontré á una viejecita muy atareada haciendo calceta; le pregunté por mis hermanos, y ella dejando su labor se levantó lo más pronto que pudo, diciéndome con voz temblorosa:—Señora, yo nunca hablo con los señores, los mozos le darán razón donde están, esos suelen hablar con sus amos... yo no.

»—¿Hace mucho que estás aquí?

»—Fuí niñera de vuestro padre, y os he visto nacer, vuestra santa madre me que-

© Biblioteca Nacional de España

ría mucho, me dejaba meceros en la cuna, y érais entonces tan traviesa y tan voluntariosa, que me pasaba las noches enteras llevándoos en brazos para que vuestra madre pudiera dormir, porque érais muy llorona.

»—¿Y por qué no me lo has dicho? ¿por qué no has podido acercarte á mí?

»—¡Ay! señora, no es posible, hay una gran distancia entre los señores y los servidores; si vuestra santa madre hubiera vivido, hubiera sido otra cosa, porque ella me quería mucho; pero al faltar ella, se me puso el Sol, porque vuestro padre no se cuidaba de los criados, vuestro hermano mayor menos; no nos falta que comer, eso no, aquí todo va de sobra, menos el cariño, y eso que yo no me puedo quejar, todos los criados me llaman la abuela, y le he tenido tanta ley á esta casa, que pude casarme, y por no dejar á vuestra madre, no me casé; porque tenía que irme muy lejos, y preferí quedarme aquí y haceros dormir en mis brazos.

»—¿Y no deseas nada más que vivir aquí?

»—Deseo otra cosa: no quisiera morirme sin haberos estrechado en mis brazos como cuando érais tan chiquirritita.

»Aún no había concluído de hablar la

© Biblioteca Nacional de España

anciana, cuando la estreché en mis brazos y la dije:—Ven, ven á mi estancia y hártate allí de llamarme como quieras.

»Con una ligereza impropia de sus años me siguió la pobre vieja, y cuando entró en mi aposento, con qué entusiasmo me abrazó diciendo:—¡Hija mía!... ¡hija mía!, ¡que seas tan buena como tu madre!

»Mucho me conmovieron sus demostraciones de cariño; con una memoria prodigiosa, me refirió mis juegos infantiles, mis travesuras; aquel momento de expansión, esperado tantos años ¡con qué afán lo aprovechaba la pobre viejecita! la dejé hablar cuanto quiso, y á mi vez le pregunté como vivía la servidumbre:—Bien, me dijo ella, porque la mayoría son esclavos de alma, y mal los que saben sentir como yo.

»—Pues ahora vivirás muy bien; cambiaremos los papeles cuando sea preciso; tú velaste mi sueño en la cuna, yo te velaré cuando el dolor te postre en el lecho; nunca es tarde para hacer el bien y cumplir cada cual con su deber.

»—La anciana se marchó contentísima, y yo también quedé contenta de mí misma. Salí un rato á pasear y encontré enseguida á Benjamín, que me dijo muy secamente:

»—¿Insistes en recibir á tu confesor?

»—Sí.

© Biblioteca Nacional de España

»—¿Y por qué ese cambio? me pierdo en un mar de conjeturas y no sé á qué atribuirlo; ¿has olvidado sus infamias? ¿no recuerdas que si no es por mí aún estarías en aquel calabozo negro como la conciencia de tus jueces?

»—Nada he olvidado, Benjamín, sé lo mucho que te debo, pero escucha:—¿Te acuerdas de aquel sueño que tuviste cuando te viste rodando por un abismo?

»—Bien, ¿y qué?

»—Recuerdas que yo decía que te odiaba, y luego me pediste perdón y me juraste que serías mi servidor más fiel?

»—Déjate ahora de sueños; yo sólo sé que odio á tu confesor, porque es un miserable, porque ha formulado una acusación contra tí, la más inícua y la más infame que se puede imaginar, y sin el menor remordimiento yo le mataría y al verle morir ¡ah! ¡qué placer sentiría mi alma!

»—¡Ah! no, Benjamín, no hables de odios ni de muerte; en la historia de las inteligencias tú no sabes aún los misterios que hay; no creas que cada ser es un individuo independiente de los demás, hay á veces un parentesco muy estrecho entre dos rivales irreconciliables.

»—El diablo que te entienda.

»—Bueno, por ahora procura entender

© Biblioteca Nacional de España

lo que yo te digo, no hagas nada contra mi confesor ¿entiendes?

»—Demasiado, pero es, que no quiero entenderte.

»—Pues yo te digo que lo respetes. ¿No dices que me quieres?

»—¡Con delirio!, ¡con locura!, ¡con idolatría!

»—Pues entonces, respeta mi voluntad.

»Seguí esperando á mi confesor, pero éste no venía; visité las obras del convento con la esperanza de encontrarle, mas siempre cuando yo llegaba, él se había ido, ¿huía de mí? ¡quién sabe!

»Una mañana, recibí un pliego con una orden del Delegado del Papa para que inmediatamente me pusiera en camino con dirección á la Corte, acompañada de mis hermanos; éstos se sorprendieron muchísimo, pero enseguida nos pusimos en marcha; mi hermano mayor preocupadísimo y contrariadísimo, porque era un hombre que odiaba la Corte con sus cinco sentidos, y Benjamín se creía humillado obedeciendo órdenes religiosas; mi hermano mayor dando rienda suelta á su enojo decía:—Sobre nosotros pesa una mano invisible y nunca nos dejarán en paz. Dios sabe si daremos con nuestros huesos en la cárcel eclesiástica.

© Biblioteca Nacional de España

»—¡Ah! eso no, gritaba Benjamín, la muerte antes que la prisión.

»Yo me reía de sus temores, estaba muy tranquila; hasta el punto, que aún cuando me caí de mi cabalgadura al pisar las calles de la Corte, aquel percance sólo sirvió para hacerme reir, pues no me hice daño alguno; Benjamín estaba furioso con mi hilaridad y sólo se calmó cuando vió á un compañero suyo que le dijo:—Por orden superior estoy aquí para acompañaros á vuestro alojamiento.

»Seguimos un corto trecho y entramos en una casa antiquísima, cruzamos grandes patios hasta llegar ante una escalera anchísima, comenzamos á subir, cuando en lo alto de la misma apareció un señor ricamente vestido, seguido de numerosa servidumbre con hachas encendidas; mis hermanos y yo lanzamos un grito de júbilo, porque el alto personaje que salía á nuestro encuentro era mi poderoso protector, el amigo más íntimo de mi padre; entonces no pude menos que mirar á mis hermanos diciéndoles con mis expresivas miradas: vuestros temores eran infundados; y como los dos me querían tanto, se rindieron á discreción diciéndome con ternura; ¿qué quieres? ¡tememos tanto perderte!»

© Biblioteca Nacional de España

LIV

El amigo de nuestro padre, nos recibió con todo el cariño propio de un hombre de sus grandes sentimientos, y más aún, recordando á su antiguo amigo, diciendo á mis hermanos que descansaran tranquilamente, puesto que ningún peligro nos amenazaba, y que como sus ocupaciones eran innumerables, nos dejaría en reposo algunos días, para luego acompañarle en ciertos actos, en lo que á su entender, hacía mucha falta nuestra presencia.

»Pasaron algunos días, y mis hermanos estaban aburridísimos, acostumbrado el mayor á su vida de señor de pueblo, independiente y reposada, el bullicio de la Corte le molestaba muchísimo, y Benjamín echaba de menos su casa señorial, sus excursiones al monte y su libertad de acción. Yo era la que estaba más contenta de los tres; tenía en perspectiva nuevos é ignorados acontecimientos, y mi carácter aventu-

© Biblioteca Nacional de España

rero disfrutaba ante lo desconocido; por lo demás mi protector nos trataba como si fuéramos príncipes de la casa real, nos sobraban las comidas y el lujo, pues su morada era verdaderamente suntuosa.

»Al fin una mañana nos llamó á su despacho, para anunciarnos que aquella tarde nos reuniríamos con él en un banquete casi de familia, una reunión íntima podía decirse, donde yo encontraría antiguos amigos, y dirigiéndose á los tres, dijo así:—Os advierto que no os impresionéis, porque las impresiones nunca fueron buenas consejeras; lo que sirve en el contínuo combate de la vida es la preparación para saber resistir; la resistencia es la válvula de seguridad con que cuenta el hombre para hacer frente á los grandes peligros.

»Abrazó á mis hermanos como si éstos fueran sus hijos, y prosiguió diciendo:—La tormenta se formó sobre vosotros ¿quién lo duda? pero sabremos resistirla y resistir es vencer, y veo Benjamín que mis palabras no merecen tu aprobación.

»—No lo extrañéis, señor, es que no estoy en mi centro, acostumbrado á mis compañeros nobles y francos, la hipocresía religiosa me irrita, me indigna, me enfurece, yo no sé resistir en la sombra: yo

© Biblioteca Nacional de España

mato en buena lid, en campo abierto, presentando mi pecho con lealdad.

»—También á mí me irrita la hipocresía religiosa, y de buena gana cegaría la cabeza de la venenosa víbora, pero... no es posible, por ahora; esperen los hombres de armas, no se impacienten, que tiempo habrá para todo, y quizá no está lejano el día que lejos de la patria puedan los espíritus belicosos matar y morir con gloria; alégrate Benjamín, que tal vez antes que tú lo pienses, darás un adiós á tu familia, y vivirás á tus anchas.

»Benjamín se preocupó con la idea de marchar pronto, pues si por una parte lo deseaba, por otra sentía separarse de mí, pues según él, vivía rodeada de peligrosos enemigos; odiaba al clero con toda la energía de su espíritu, parecía que pisaba fuego cuando se veía rodeado de sacerdotes.

»Llegó la hora de reunirnos en la mesa, que estaba colocada en un salón hermosísimo, donde el lujo rivalizaba con el arte y el buen gusto; presentaba la mesa un aspecto deslumbrador, rodeada de magnates, de jefes del ejército y de altas dignidades eclesiásticas; entre los invitados estaba mi confesor; mi protector presidió la mesa, sentándome á su izquierda, y á su derecha se colocó el Delegado del Papa; mi protec-

© Biblioteca Nacional de España

tor animó á todos con frases cariñosas, rompió la muralla de hielo que se interpone siempre entre personas extrañas reunidas en un momento dado, recomendó la franqueza y el olvido de las respectivas posiciones sociales, y se dió comienzo al banquete que fué digno del invitante y de los invitados.

»Pronto reinó entre todos la satisfacción y el contento, que ante una buena mesa, sucede como en los viajes, se improvisan amistades; todos hicieron gala de su buen humor, contenido, como es natural, por el freno del tacto social; todos hablaron muy bien, y especialmente mi confesor, estuvo amable, elocuente, ingenuo, oportuno en sus chistes y agudezas y atento y expresivo conmigo hasta el extremo que sus miradas y sus palabras todas fueron para mí; era un hombre tan galante y tan cortés, que la dama más exigente quedaba satisfecha de sú buen trato. Yo recibía su incienso tranquila y sonriente; idólatra del talento, admiraba en aquel hombre sus excepcionales cualidades, sus vastos conocimientos, ¡lástima que aquella inteligencia tan desarrollada, estuviera al servicio de una iglesia tan pequeña!

»Mi protector inició los brindis y dirigiéndose á todos, les hizo una franca confesión

© Biblioteca Nacional de España

de sus ideas, que eran en verdad bastante adelantadas; brindó por la salud y la tranquilidad de sus contemporáneos, incluyendo en éstos á todos los elementos del país; abominó de la guerra por ser ésta la perdición de los pueblos, y terminó diciendo: Haced los sabios y los buenos todo el bien que podáis; tratad de acercaros á los pobres, consoladles con la palabra persuasiva, con la obra benéfica, con el buen ejemplo, y separad la zizaña del trigo en sazón, brindo por el ejército, por el clero, por el Rey y por el bien universal.

»Fueron brindando los demás y entre ellos el Delegado del Papa, que para ser representante de Su Santidad, era por su escasa inteligencia un cura de *misa y olla*, y se limitó á decir que ante todo se cuidara de aumentar los intereses y los bienes de la iglesia.

»Su brindis fué tan pobre, que desagradó á todos; brindó un bravo militar con tanta arrogancia y tanta decisión, que Benjamín se volvió loco de entusiasmo, todos brindaron, y entonces dijo mi protector:—Yo deseo que ahora brinde esta mujer, y ojalá que como ella, hubiera muchas diseminadas por los pueblos de España; esta mujer es del temple de los héroes, es una volundad de acero que ni se dobla, ni se

© Biblioteca Nacional de España

rompe; la conocí casi niña, y ya se creció ante mí, sintiendo que yo menospreciara sus escritos, sus primeros ensayos, más ya me ha perdonado, ¿verdad?

»—¡Ah! señor, no debéis dudarlo, mi gratitud es inmensa para vos.

»—Así lo creo, por eso quiero que brindes, y brindes con franqueza, estás entre amigos, habla pues.

»Todos unieron sus ruegos á los de mi protector, había verdadera espectación, ¿no había de haberla? si estaba allí casi en pleno el tribunal que me juzgó. Confieso que me extremecí de espanto, iba á hablar entre sabios y entre enemigos, y hablar... yo no sabía, pero me reanimé y ante lo fortuíto de las circunstancias, dije así:

»Señores, todos sois muy buenos para mí, y en particular vos, y me dirigí á mi protector; os he debido el amor al estudio, el conocimiento de nuestra hermosa lengua, cuanto soy y cuanto valgo es obra vuestra, mi gratitud será eterna; entre mis muchos defectos figura mi incorrecto lenguaje, no sé hablar, pienso y escribo; el don de la improvisación no lo poseo, por eso, señores, yo os prometo haceros partícipes de mis impresiones de este día enviándoos á cada uno una copia de lo que yo escribiré mañana; hoy solo os diré que los

© Biblioteca Nacional de España

pueblos pueden ser grandes, cuando los grandes saben hacer pueblos; que los pueblos pueden ser religiosos, si los religiosos saben amar y proteger al pueblo. Yo he oído ayes muy hondos, gemidos espantosos. ¿Quién tiene la culpa? no lo sé; consolar á un pobre es muy fácil: si se le da pan y abrigo, se da por contento; pero la limosna degrada, envilece, denigra, lo que hay que procurar es dar trabajo al pobre, ¡bendito el trabajo que dignifica al hombre! mientras la miseria abunda, se desprecia el trabajo, y hay que combatir la pereza del hambriento, la indolencia del ignorante; es preciso procurar que el trabajador se acostumbre al trabajo. Yo he estudiado sobre el terreno, he visto á hombres harapientos, andrajosos, coger el pico para desmontar ribazos, y al poco rato sentarse rendidos de fatiga diciendo: Casi, casi es preferible no comer, antes que acabarse de matar trabajando tanto; pero si á aquel hombre no se le hostiga duramente y se le dice:—Bueno, descansa un rato, y luego prueba otra vez, verás como sin tú darte cuenta, el movimiento vigoriza tus músculos, y la esperanza de un jornal asegurado para mucho tiempo, te hace aficionarte al trabajo, ¡y cuántos perezosos se vuelven activos si se les tolera y se compadece su ignoran-

© Biblioteca Nacional de España

cia! Yo he visto la dignificación de muchos trabajadores. Yo presiento que las leyes del trabajo engrandecerán nuestro estado social, y espero días de independencia para mi patria, ¡qué horrible es ver á un pueblo envilecido en la miseria! mas yo veo en lontananza las auroras de días de salud para mi amada España; demos trabajo para el cuerpo y demos instrucción para el alma, y entonces habrá en cada pueblo mujeres entusiastas consagradas al bien de sus semejantes. Yo estoy decidida á seguir las huellas del Redentor que nos decía: *la tierra será un paraíso, cuando todos seáis limpios y sencillos de corazón.* Yo seguiré sus luminosas huellas y daré pan al hambriento y salud al enfermo.

»Eso no; eso no; dijeron algunos sacerdotes.—Bien, dijo mi protector, no toméis la *letra* por el *espíritu,* tened más templanza, ella se refiere á los males morales.

»—Es que también he curado los cuerpos.

»—Habréis curado á los que tenían fe ¿entendéis? dijo mi protector mirándome seriamente,

»—Si señor, tenéis razón, he curado á los que tenían fe, y los seguiré curando, porque seré esclava de mis ideas y nunca me cansaré de hacer todo el bien que pue-

© Biblioteca Nacional de España

da; daré pan al pobre proporcionándole trabajo.

»—Todo eso lo sabemos, dijo mi protector, cumplís hace tiempo cuanto decís, pero hacéis las cosas mal, de tan bien que las queréis hacer; hasta el rey ha sabido que curábais, y como una mujer no puede curar, si no está poseída del demonio y sois religiosa y dependéis de la iglesia, y sois noble y dependéis de la nobleza, tenéis que ir con cuidado, que el que va por el atajo ni ahorra tiempo ni trabajo; consolad á los pobres, que no parece sino que pertenecéis á ellos; tan enterada estáis de sus cuitas y quebrantos, dadles trabajo, que para eso ya os ayudaremos, pero en cuanto á lo demás, manos quietas y boca cerrada para evitar hablillas y falsos juicios.

»Se levantó mí protector, y los demás convidados formaron distintos grupos, y en cada uno se hablaba acaloradamente; los sacerdotes, no ocultaban su mala voluntad hácia mí, me miraban con desprecio, porque mi discurso les indignó, puesto que no tuve una frase para unir mis mentiras á las suyas; yo decía claramente que mi religión era la del Redentor, y la de ellos era la religión pagana, con la sola diferencia que en lugar de los Dioses, habían colo-

© Biblioteca Nacional de España

cado en sus altares vírgenes y santos, con exclusión absoluta del Dios verdadero.

»Noté que mi confesor no hablaba con los suyos, y acercándome á él le dije:

»—¿Cómo no habéis venido á verme?

»—No he tenido tiempo disponible, y además, no necesitáis confesaros que ya os habéis confesado con todos, que bastante explícita habéis estado.

»—No, Padre, tengo mis dudas y necesito de vos. Mis últimas palabras las oyó mi protector y me dijo sonriéndose:

»—Ven mujer, yo quiero que te confieses conmigo. Mi confesor se mordió los labios y disimuló lo mejor que pudo su contrariedad, y yo seguí á mi protector á otro salón, donde nos sentamos en ricos sillones, diciéndome el amigo de mi padre:

»—Has estado bien, pero excesiva como siempre, te franqueas demasiado; has pecado de carta de más, según tu costumbre y de lo que se piensa y se siente hay que ocultar de cuatro partes, tres, y la parte restante, dividirla en cuatro cantidades, y solo una cantidad entregarla al dominio público; esta es la ciencia de vivir.

»—Sí, ya lo sé; pero yo soy así; conozco que si fuera hipócrita todos me querrían, y hasta creo que me llamarían Santa.

»—Eso tenlo por seguro; y si no en vida,

© Biblioteca Nacional de España

lo que es en muerte me atrevo á asegurar que te harán Santa, pero tal santidad te costará en vida muchos sufrimientos; y te encargo sobre todo que no hagas curaciones, que éste es el caballo de batalla, y no derribes tú por un lado lo que yo te construyo por otro ¿amas tu libertad? pues procura no perderla.

»En aquel momento entró Benjamín muy demudado, su jefe lo llamaba con la mayor urgencia y tenía que embarcarse para ir muy lejos; me abrazó llorando como un niño, y mi protector le dijo:—Vete tranquilo, tu hermana queda muy bien guardada.

»—Todo lo que queráis, pero no estoy yo.

»—Pero si por ahora no hay temor alguno, si principia para tu hermana una era de triunfos; ya ves hoy en que buen terreno ha quedado; tras de este banquete que podemos llamar familiar, vendrá una solemnidad literaria precedida de una gran comida á la que el mismo rey asistirá, y después todos los ingenios de la Corte leerán y declamarán, y en dicha reunión quiero que mi discípula figure en primera línea y ocupe el mejor lugar, y como estos torneos del talento necesitan su preparación, tu hermana dispondrá de un aposento apro-

© Biblioteca Nacional de España

pósito para despertar su amor al estudio y su entusiasmo por la buena literatura; y para que te convenzas, ven y lo verás; y efectivamente, los tres cruzamos muchas y lujosas estancias hasta llegar á un saloncito donde no se veían más que libros, muchos libros, aves y flores, una gran mesa para escribir, papel, mucho papel, un tintero artístico, una verdadera maravilla del arte, y todo esto iluminado por los rayos del sol que á través de blancas colgaduras entraba por un gran balcón desde el cual se veía un bonito jardín. Benjamín al verme en aquel retiro tan encantador se amenguó algo su tristeza y me abrazó de nuevo, diciéndome: —No lo olvides, en cualquier peligro que te veas, llámame, que al llamamiento de tu alma, yo acudiré, si no puedo en cuerpo, mi espíritu estará contigo.

»Cuando me quedé sola quise coordinar mis pensamientos pero no pude, ¡había recibido tantas impresiones!... la ausencia de Benjamín también la sentía, se iba muy lejos; los consejos de mi protector ya eran buenos, pero inútiles para mí, me enseñaba el procedimiento de la hipocresía, pero ésta, estaba reñida conmigo; fuí recordando á todos los sacerdotes y sentía hacia ellos asco y repulsión; me miré á mí misma y mis hábitos me causaron inexplica-

© Biblioteca Nacional de España

ble disgusto, sin saber lo que hacía me dejé caer en un blanco lecho; el crepúsculo vespertino cubrió todos los objetos de mi estancia con un manto de sombra indecisa, y sin darme tiempo á desnudarme, me quedé dormida por mi desgracia, porque tuve sueños espantosos; me ví perseguida por muchos hombres, á los que no pude verles la cara; salté abismos, escalé montañas, me hundí en un mar agitado donde las olas jugaban conmigo, como juega el viento con las ojas secas; al fin me desperté y encontré sobre mi mesa una preciosa lamparita de noche; por el silencio que reinaba comprendí que debía ser muy tarde, y me desnudé afanosa de encontrar reposo, porque estaba muy perturbada; me acosté y tan rendida estaba que pronto mi cuerpo quedó como inerte, mientras que mi alma seguía su eterna lucha.

»Sentí la impresión que siempre experimentaba al separarme de mi cuerpo, y cosa extraña, me elevé, pero con mucha dificultad porque junto á mí iba otro cuerpo idéntico al que reposaba en mi lecho:—¿Cómo es esto? pregunté angustiosa. ¿Cómo va otro cuerpo conmigo? y oí una vocecita que me decía:

»—¿No lo sabías? tienes dos cuerpos,

© Biblioteca Nacional de España

uno se quedará en la tierra y el otro irá contigo.

»—¿Cómo? ¿no me remontaré al cielo?

»—No; la que tiene caprichos, la que desprecia la envoltura que le facilita poder trabajar en su adelanto, es justo que comprenda que todo tiene su valor, y que no hay cuerpo despreciable, porque cada cuerpo es un instrumento de inestimable valía.

»—¿Pero cómo iré al cielo con este estorbo?

»—¿No fuiste á la fuente y allí bebiste agua?

»—Sí, bebí, ¿y como bebí? ¿con el espíritu ó con el cuerpo?

»—Tú dirás.

»—Bebí con el espíritu, puesto que de aquella fuente manaba el agua de la vida, el agua de la redención, pero entonces, yo era más feliz que ahora, no veía mi cuerpo, y éste hoy me estorba, porque quiero ver al amor de mis amores.

»Entonces, entre nubes luminosas ví al hombre-Dios, pero estaba muy melancólico, sus miradas eran tristes, me miraba con inmensa compasión, yo quería llegar hasta El pero no podía, y El me dijo con tristeza:

»—¡Cómo vienes! ¡qué marchita estás!

»—Es que me pesa mi cuerpo.

© Biblioteca Nacional de España

»—¿Te estorba ese cuerpo? pues mira, mira otros cuerpos.

»Entonces vino hacia mí un cuerpo de mujer muy hermoso, pero muy ajado, con las huellas del vicio y de la enfermedad, compañera inseparable del abuso, ¡qué repugnante me pareció aquella mujer! ¡qué degradada! ¡qué despreciable!... ¿No te gusta? dijo El, ¿no te gusta ese cuerpo que fué tan hermoso? pues mira otros; y ví otro, y otros cuerpos defectuosísimos y asquerosos expresando el semblante de aquellos seres, la inferioridad de su alma.

»—¡Piedad, Señor! no quiero ver esos cuerpos tan feos y tan despreciables.

»—Pues esos cuerpos son tus harapos pasados, los cuerpos que tú mancillaste y que te sirvieron para destrozar otros cuerpos víctimas de tu desenfreno. ¿No quieres el cuerpo de ahora? pues mira tu ayer, ¡¡alma vanidosa!! reconoce tu miseria.

»—¡Ah! Señor, reconozco mi yerro, y quiero ser grande; pero para serlo, necesito de tí. ¡Señor! ¡por un instante llévame contigo!

»—¡¡Ven!!...

»Al oir su voz, ésta fué tan potente, su grito fué tan distinto de otras veces, que en torno mío todo experimentó un brusco movimiento; sentí como si la carne me la

© Biblioteca Nacional de España

desgarraran, y ya sin peso alguno floté por el espacio, siempre ascendiendo; veía los mundos girar en torno mío, entraba en un mar de luz y veía una isla donde las flores más bellas tapizaban el suelo, y otra isla más allá, y otra y otras, y El me indicaba el camino con su diestra luminosa, me pareció después que todos volaban menos yo, ¡yo no podía volar!

»¿Dónde está el cielo, Señor? ¿dónde está el cielo?... y El entonces me dijo con acento solemne: ¡No hay más cielo que la perfección del espíritu!

»Después... después... el amado de mi alma se detuvo, me miró con tristeza y yo le dije:—No quiero separarme de tí, quiero ver eternamente tu espíritu.

»Mi espíritu, dijo El, con una voz que los ecos repitieron, aún no lo has visto, has visto al hombre, ¡nada más que al hombre! al espíritu, han de pasar aún millones de siglos para que puedas verle; mira al hombre, y el amado de mi alma se alejó, y de joven le ví convertirse en viejo bajo una bóveda de arco-iris; aquellas franjas luminosas formaron como un arco triunfal, y en el frontis del arco, se leía ¡te perdono!... el anciano me miraba con dulzura y con tristeza á la vez, y yo le dije: ¿cuándo dejaré de ver al hombre para con-

© Biblioteca Nacional de España

templar su espíritu? y el anciano contestó alejándose lentamente sobre montañas de luz:—Cuando por tus esfuerzos, todos los elementos que te rodeen estén en completa armonía, entonces vendrás conmigo, solo entonces tu espíritu y mi espíritu en la luz vivirán...»

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LV

LIBRE de las agitaciones anteriores, y pasadas las impresiones de sueños, audiciones y videncias, me quedé relativamente tranquila, y digo relativamente, porque cuando se trabaja en un círculo pequeñito, no asaltan temores de hacerlo mal, porque no hay nadie que sepa censurar debidamente, pero cuando se piensa en trabajos de más monta, es muy diferente; para hacer el bien sólo basta la buena voluntad, pero para tomar parte en un torneo del talento se necesita poseer vastos conocimientos y saber el valor de lo que se dice, por eso me asaltó un miedo terrible, miedo que jamás había sentido; yo quería lucirme, pero... ¿podría yo lucirme? Miraba cuantos libros me rodeaban, hojeaba sus páginas con agitación febril y no sabía qué asunto escoger: porque en aquella ocasión yo quería lucir mi talento, no mi sentimiento, para dejar demostrado á mi protec-

© Biblioteca Nacional de España

tor que sus lecciones las había aprovechado á pesar de haber sido tan escasas. Yo quería vencer á los demás poetas y escritores que tomaran parte en la fiesta literaria. A impulso del sentimiento se escribe muy fácilmente, pero como en aquella ocasión memorable, no era el sentimiento lo que me dominaba, mi pluma no corría como otras veces, antes al contrario, escribía con mucha lentitud, y rasgaba con gran prontitud la página escrita, ¡qué modo de tejer y destejer! en fin, tras mucho luchar quedó satisfecha mi vanidad de escritora y mi vanidad de mujer; y cuando estuve contenta de mi trabajo, quise oir la autorizada opinión de mi protector, ¿querría oirme? ¡quién sabe! ¡eran tantas sus ocupaciones! ¡era su vida tan agitada! pero su criterio valía tanto, que á todo trance quise probar fortuna, ¡qué diferencia de un tiempo á otro! Cuando le conocí ¡cuánto me hirió su desprecio! y años después, por leerle mi trabajo, por encontrarle, hubiera cruzado la tierra como ascético penitente sufriendo hambre y cansancio. Afortunadamente no tuve que ir tan lejos, le pedí hora y día para verlo, y al momento me hizo pasar á su presencia.

»Cuando entré en su despacho iba temblando, salió él á mi encuentro y me hizo

© Biblioteca Nacional de España

sentar inmediatamente, diciéndome con el mayor cariño:—¿Qué quieres?

»—Leeros mi trabajo.

»—¿Quieres que te lo corrija, si lo necesita?

»—Sí, señor, para eso vengo.

»—Pues lee, y lee sin temor.

»Le leí mi trabajo, que se componía de buena prosa y de sonoros versos, concluí mi lectura, y al ver que nada me decía, le dije:—¿Qué os parece?

»—Hay algunas incorrecciones, pero solo en la forma, el fondo es inmejorable; has despertado mis más dulces recuerdos, tu trabajo está bien. Al oir su voto de aprobación me volví loca de alegría y le pedí permiso para abrazarle.

»—Abrazáme, hija mía; hazte cuenta que abrazas á tu padre. ¿Ves? tu alegría de ahora es el fruto de tus enfados de ayer. ¿Te acuerdas? ¿te acuerdas cuando ayer nos enfadamos los dos? porque yo también me enfadé contigo, has de contar que me dijiste lo que nadie me ha dicho; pero de aquellas espinas han brotado estas flores.

»—Con que, ¿no se reirán de mí? ¿no haré el ridículo?

»—No; aunque ahora recuerdo que hay un escritor, un poeta, que todo lo encuentra mal, muy especialmente el trabajo de

© Biblioteca Nacional de España

las mujeres; los escritos de éstas, los critica siempre, y su crítica es mordaz sobre toda ponderación, es epigramático hasta la crueldad, pero yo le hableré para que te salves de su censura.

»Me preocupó mucho el recuerdo de mi protector, y le temí al escritor satírico que pudiera ponerme en un ridículo, ¿sería obra de mi confesor? ¿sería por mandato del Delegado del Papa? porque yo bien sabía que me criticaban en gran manera, porque no hacía vida monástica, y tuve dudas y recelos, porque no es todo uno batallar entre ignorantes á luchar con hombres de talento. Muy atormentada estaba copiando y corrigiendo mi trabajo, cuando me avisaron que deseaba verme la señora, por cuya mediación me restituyeron mis escritos. La señora al verme me agasajó muchísimo, me colmó de elogios, hasta el punto que despertó mis recelos, porque alabanzas extemporáneas encierran el gérmen de una traición.

»Empleando muchos rodeos, me vino á decir en conclusión que tomaba parte en la fiesta literaria dedicada al Rey, y me traía su trabajo á ver qué me parecía.

»Me alegré al pronto para compararlo con el mío; comencé á leerlo y lo encontré largo, muy largo, interminable, y no era

© Biblioteca Nacional de España

esto lo peor, sino que había reunido trozos y fragmentos de otros escritos y estaban tan mal coordinados, que los unos daban de bofetadas á los otros; sin citar el nombre de los autores, y como punto final, junto á unos versos vulgarísimos como un mal romance de ciego, había una plegaria mía delicada como una sensitiva ¡Qué infamia! ¡qué audacia! ¡qué desvergüenza! ante tanto descaro me indigné, y le hice presente mi enojo; ella se enojó también, y conocí que su enojo me sería muy perjudicial, y entonces suavizando mi lenguaje, le hice comprender que se pondría en un ridículo, si no citaba el nombre de todos los autores de los cuales se apropiaba fragmentos de sus escritos, pues algunos de éstos, eran tan conocidos, que hasta los chiquillos de la calle los sabían de memoria. Ella entonces me pidió que le arreglara su trabajo del mejor modo que yo quisiera, que no me pesaría mi condescendencia. Accedí gustosa para poner cada nombre en su lugar, por más que no se me ocultaba que era un trabajo inmenso para mí, y mucho más que tenía muy poco tiempo de que disponer.

»Mucho trabajé y á pesar de tener mi pensamiento tan ocupado, aún me quedaba un hueco para llenarlo de contínuo con es-

© Biblioteca Nacional de España

ta pregunta ¿quién me pondrá en ridículo? ¿quién empleará su sátira contra mí?

»Quise ver á mi confesor por si podía traslucir algo de la intriga que tramaban para mi daño, y lo mandé llamar con urgencia; vino al fin muy contrariado y yo le dije:

»—Necesito de vos, quiero que seáis mi confesor y mi amigo, ¿recordáis lo que os tengo dicho? estáis enfermo y deseo curaros.

»—Mirad, dijo él, desde que os acusé, creo que me habéis tomado por blanco de vuestras burlas, y creed que las burlas se pagan muy caras. Me llamáis vuestro confesor, y ese es un nombre irrisorio, puesto que nunca os confesaréis conmigo, porque tenéis demasiada vanidad como mujer y como escritora; hacéis valer vuestra impunidad, porque hoy tenéis quien os proteja, más creed, que os acusaré siempre pública y privadamente, porque vuestros actos religiosos son contrarios á la religión, y á su tiempo os haré ver mi poder.

»—No me asustáis, padre, porque mi conciencia está muy tranquila, mis acciones todas van encaminadas al bien de los que sufren, y mis aspiraciones no pueden ser más dulces ni más puras. Yo sueño con una vida hermosa, en la cual, templan-

© Biblioteca Nacional de España

do todos el arpa de la virtud, hará que todos sean felices. Yo quiero dulcificar la vida, porque es el único medio de aprender á vivir. Yo sueño con una vida armónica en la cual el trabajo sea moderado, lo mismo que el descanso. Vos creéis en la tentación del genio del mal, y yo os digo que tal tentación no existe, lo sé por mí; el que existe es un espíritu de amor con el cual yo hablo y me dice que luche, que trabaje, que investige, aunque soy muy pequeñita. Yo no he visto al diablo porque no odio á nadie, y si el diablo me hablara, aunque fuera en la forma de Jesucristo, si me dijera que odiara, yo le conocería y le despreciaría. Yo creo en Jesucristo, pero creo en él ¡hermoso! ¡sonriente! ¡sin sangre! ¡sin horrores! Yo le he visto y lleva una túnica hermosísima ¡todo es luz! parece que con él va El bien del mundo: sus ojos son dos arcanos eternos, y no dicen sus ojos ¡adórame! dicen: ¡levántate y anda! y El me enseña el camino porque anda también, pero ¡ay! no le alcanzo!... corro trás El pero inútilmente, y cuando me vuelvo loca de amor y de ansiedad, El más se aleja y al alejarse, se va trasformando de jóven en viejo y veo allá... allá... lejos, muy lejos, un monte luminoso coronado por múltiples *arco iris* y en la cumbre está El

© Biblioteca Nacional de España

convertido en un anciano; tiene sus mismos ojos, aquellos ojos que derraman vida y me dice: No te turbes en el camino de esta existencia, y nunca olvides que, *¡te perdono!* Decidme, Padre, ¿quién es este sér que me perdona? éste no es diablo, no.

»—¿Y á qué me lo preguntáis, si todo lo sabéis? sois sabia, ¡muy sabia! teóloga, virtuosa, religiosa, escritora, oradora, y mentecata también. ¿Decís que no es el diablo quién os inspira? si pensáis que Jesús os inspira, estáis en un gran error. El ha hecho constar que un día resucitará para llevar á los buenos á la gloria, y á los malos á los infiernos, ¿y no véis que es altamente ridículo que Jesús se presente á vos, cuando Jesús aún lamentará su martirio? Todas vuestras inspiraciones son diabólicas y se presenta el diablo con tales atractivos, porque esa es la dedada de miel que se dá á las mujeres vanidosas como vos, y esa transformación de jóven á viejo, es que os quiere hacer creer que miráis al Padre Eterno, y que éste, es el que os perdona.

»—Padre, padre, deliráis.

»—¡Ojalá fuérais mi hija! y siéndolo, siguiérais mis consejos, entonces sí que seríais una gloria de la iglesia, porque tenéis

© Biblioteca Nacional de España

facultades para ello! lástima, y lástima grande que estéis endemoniada.

»—Sí, ya sé que me creéis endemoniada y como á tal me acusásteis, más no destruiréis lo que yo veo en mis sueños, y ¡qué mal me comprendéis; ¿quién os ha dicho que yo quiero ser una gran figura de la iglesia?

»—Sí que lo queréis, á mí no podéis engañarme.

»—No, Padre, lo que quiero es hacer constar que no es el diablo quien me inspira y todos los confesores que he tenido han conocido y se han persuadido que yo no mentía.

»—¡Buenos habrán sido vuestros confesores!...

»—¿Queréis que os pruebe, como se prueba la influencia del bien y del mal? ¿Cómo es que el diablo edifica templos? puesto que yo, por su inspiración los levanto, y mañana irá allí una congregación religiosa y habitará una casa levantada por el diablo, creo que yo no hago mal ninguno. ¿Qué quiere la iglesia de mí? decídmelo, pero que no me quiten la libertad de practicar el bien.

»—Si no fueráis tan excesiva en todo, algo podríamos hacer todavía, si quisiérais prosternaros y obedecer, seríais una gloria

© Biblioteca Nacional de España

de la iglesia, de lo contrario, vuestra terquedad os costará la vida.

»—¡Ah! eso es lo de menos, Padre, no me importa morir, y no me importa, porque yo viviré después, como he vivido antes y contad, que al que me haya asesinado no le haré mucho bien.

»—¡Ola! ¡también vengativa? eso os lo enseña el diablo.

»—No, Padre, es que vos me desesperáis, y me hacéis cometer locuras y decir lo que no soy capaz de sentir. ¡Señor! ¿por qué la iglesia sostiene á tanto ignorante?... Y tanto nos acaloramos él y yo, y tantos textos sacamos á relucir, que llegamos á reñir de veras; le dirigí durísimas recriminaciones, y él me llamó bruja, endiablada, y otros epítetos impropios de un sacerdote, y de pronto, como si me hiriera un rayo, me caí al suelo. Mi confesor se asustó muchísimo al verse solo con una muerta, pues como tal me quedé; pidió auxilio, vinieron criados, médicos, que sé yo, y ninguno me quitaba el mal. ¿Cómo? ¡si estaba magnetizada por un magnetizador invisible! Pasé muchas horas dormida, al fin desperté y mi confesor me dijo muy azorado: ¿Sufrís mucho? al oirle me estremecí.

»—¿Os causo horror?

»—Sí.

© Biblioteca Nacional de España

»—¿Me voy?

»—No.

»—¿Queréis morir?

»—No, Padre, aún no moriré. ¡Qué tristes son entre los dos las discusiones! ¡un rayo me hirió!

»—¿Veis? sobre vos cayó el rayo, y yo estoy libre; ¿veis como la Providencia os enseña? y he de deciros para descargo de mi conciencia que ya no os aborrezco, os compadezco, creedme, escuchad los consejos de la iglesia.

»—Padre, ¿creéis que he perdido ya todas mis fuerzas? no, Padre, no las he perdido; lo que ha pasado, es que sentí por un momento odio hácia vos, y al odiar, recibí el justo castigo.

»—Dejaos de cuentos y no olvidéis que dentro de la iglesia seréis una gran mujer.

»—Padre, dejemos tan enojoso asunto, olvidemos lo pasado entre los dos ¿queréis leer mi trabajo?

»—Ya lo he leído mientras dormíais, aproveché la ocasión de verlo en vuestra mesa; es bueno, pero no es éste el trabajo que debíais haber hecho; éste no es escrito de una mujer religiosa, y con el mismo trabajo seréis castigada.

»Se marchó mi confesor y temblé ante su amenaza, *con el mismo trabajo seréis*

© Biblioteca Nacional de España

castigada. Sentí entonces hervir en mi pecho el odio, y oí una voz que me decía:—¿Qué haces?... ¿dónde vas con tus vanidades y tus odios?...

»Aquella voz me hizo volver en mí y lloré amargamente, ¡cuánto lloré, Dios mío!

»Enterado mi protector de lo ocurrido, vino á verme, diciéndome:

»—¿Qué tienes? ¿ha estado aquí tu confesor?

»—Sí, señor, ha estado.

»—Y habréis discutido ¿no es cierto?

»—¡Ah! sí, y muy seriamente.

»—Pero ¿y quién te manda á tí discutir con esa gente? diles á todo que sí, y sigue tu camino, y ahora hablemos de otra cosa: el Rey no quiere que se celebre el banquete proyectado porque resultaría una fiesta interminable, así habrá más tiempo para el torneo literario; quiero que para ese día estés alegre y contenta.

»Llegó por fin el día deseado y temido, y mi protector quiso que le leyera otra vez mi trabajo, se lo leí y me dijo: No habrá otro escrito mejor que el tuyo, no lo olvides que yo te protejo, y siendo mi protegida, vendrán á vestirte como debe vestirse dignamente una mujer de tu clase, sin olvidar por esto que eres religiosa.

»Llegó el momento de trasladarnos al

© Biblioteca Nacional de España

lugar de la fiesta, que era un palacio consagrado al arte donde abundaban pinturas, esculturas, flores, tapices y todo cuanto bello crea el arte. Yo estaba encantada, lo confieso, era la primera vez que me veía rodeada de mujeres elegantísimas, de apuestos caballeros, y de cuanto noble y distinguido encerraba la corte. Se oyó un murmullo ensordecedor ¡el Rey! ¡el Rey! éste llegó y se sentó, me pareció un pobre hombre. Un coro de niñas preciosísimas cantó un himno dedidado á las Musas ¡qué bien cantaron! á los músicos no se les veía y así la ilusión era más completa, las niñas colocaron guirnaldas de flores en los escalones del trono. Después mi proteetor leyó un trabajo en prosa magnífico, leyeron otros muchos, entre ellos algunas damas, se cantó de nuevo y luego me llamaron á mí.

»No es todo uno leer en familia, á leer en público, ¡y qué público! me levanté, temblando miré mi escrito y no ví las letras, momentos de espectación general, comencé á leer de memoria, pero luego ya ví las letras no tal como yo las había escrito, sino mucho más grandes, y tan claras y tan hermosas que leí bien, muy bien, y aunque allí no se podía aplaudir, comprendí que mi trabajo había gustado mucho;

© Biblioteca Nacional de España

cuando una gran masa aprueba lo que oye ó lo que vé, se siente un rumor sordo agradabilísimo, yo lo sentí, y me senté muy satisfecha. Yo leí la última, solo faltaba para terminar la fiesta que tres poetas muy celebrados improvisaran; al verles, me fijé en uno que durante toda la fiesta no hizo más que mirarme y cuchichear con sus amigos; era un hombre de arrogante figura, podía pasar por ser un hombre hermoso, pero la expresión de su semblante era tan mordaz, tan burlona, al reirse miraba con tanto desdén y tanto desprecio, que me pareció el sér más antipático que había visto en mi vida. Improvisaron sus dos compañeros muy bien, y por último el poeta satírico se levantó, paseó sus miradas por todos lados y se oyeron murmullos de admiracion. ¡Ah! decían unos, ¡es un gran literato! escribe con hiel decían otros. Sí, pero, ¡su pluma es de oro! añadían aquellos; al fin se cuadró y me miró fijamente, ¡cuánto daño me hizo su mirada! y con voz entera y acentuada comenzó á improvisar magistralmente ¡qué sátira tan fina!... atacó al gobierno, al Rey, al ejército y al clero, para todos tuvo una diatriba, pero dicho con tal gracia y con tal arte, que nadie se podía dar por aludido, y cuando ya creía que iba á concluir y que

© Biblioteca Nacional de España

me salvaba del nautragio, atacó á las *marizabidillas* y destrozó mi poesía de una manera tan cruel que sufrí horriblemente; ¡qué modo de parodiar mi trabajo! ¡con qué sutileza convirtió en epígramas mis más hermosos pensamientos! y á todo esto me miraba con tal fijeza y se sonreía con tal crueldad, que no sé como no perdí el sentido.

»Concluyó su improvisación á pesar suyo, obedeciendo á mi protector que le hizo callar con su imperativa mirada. Terminó la fiesta y mi protector estaba furioso diciendo á cuantos le querían oir:—Ese hombre es un miserable, odia á las mujeres, y los trabajos de ellas los encuentra despreciables; no hay una que se salve de sus garras, su proceder es inícuo, parece mentira que ese hombre tenga tanto talento y que solo lo emplee para herir, porque se goza hiriendo á todos, mas día llegará que lo herirán de otra manera.

»Yo quedé vencida y anonadada, estaba enferma, muy enferma, y muy arrepentida de haber ido á la Corte; razón tenía Benjamín en presagiar la tormenta que sobre mí había caído.

»Mi protector me animó muchísimo, diciéndome:—Ahora á descansar, después volverás á tu hogar á prodigar el bien,

© Biblioteca Nacional de España

cueste lo que cueste, y á escribir más que nunca. Sí, á escribir, no me mires atontada, no te acobardes, la burla sangrienta de ese miserable, que sea un nuevo motivo para engrandecerte.

»¡Ay! quedé muy mal herida, la sonrisa de aquel hombre no la he olvidado jamás, y al encontrarnos en el espacio, me ha dicho sin hablar: eres una pretenciosa y una vanidosa; cuánto has sufrido es justo.

»¡Ay! solo el transcurso de los siglos puede borrar entre los espíritus las huellas de las burlas y de los odios. ¡Bendito el tiempo! solo el tiempo puede reconciliar á dos almas rivales, entre el poeta satírico y yo, se ha efectuado una laboriosa reconciliación. ¡Cuánto cambian las expiaciones á los espíritus! ¡los grandes de ayer son los pequeñitos de hoy! los que ayer estaban hartos de sabiduría, hoy recojen las migajas que les arrojan los sabios... ayer ¡todo lo sabían! hoy ¡todo lo ignoran! ¡pero empiezan á saber algunos que amar es vivir!»

© Biblioteca Nacional de España

LVI

Pasadas las impresiones penosas que recibió mi protector en la fiesta literaria, de la que yo guardé indeleble recuerdo, decidió el antiguo amigo de mi padre, retenerme más tiempo á su lado; mi hermano, por su parte, me manifestó la conveniencia de no irnos enseguida, pues pareceríamos campesinos asustados y yo estaba tan rendida y tan abatida, que casi me alegré de aquella tregua, tregua que las leyes del honor, tal como se comprenden en la tierra exigía, puesto que mi hermano trató de convencerme de suspender la marcha, para tener tiempo de desafiar al poeta satírico y batirse con él, quedando ambos heridos, mi contrario levemente, mi hermano en un brazo sin graves consecuencias. Mi protector felicitó á mi hermano, encargándole al mismo tiempo que nunca se enterara Benjamín de lo ocurrido, pues en su fiereza faltaría á las leyes

© Biblioteca Nacional de España

de los hidalgos y mataría al poeta como se mata á un perro rabioso, donde se le encuentra; que él por su parte, sin derramamiento de sangre, también heriría al poeta, pues siendo muy amigo suyo le retiraría su amistad, lo que sentía verse obligado á hacer, pues aparte de su fatal manía de ridiculizar á las mujeres literatas, era un hombre digno y capaz de sacrificarse en aras de la amistad. Mi protector me animó muchísimo para que escribiera, y en verdad que necesitaba sus manifestaciones cariñosas, porque mi ánimo estaba abatidísimo; así lo debió comprender mi protector, y como un padre cariñosísimo, diariamente me visitaba, me daba lecciones de literatura y me hablaba de un porvenir glorioso, y como coronamiento de sus paternales desvelos, me dió un banquete de despedida, al que asistieron sus mejores amigos; dicho banquete, al pronto me causó espanto, tenía miedo á los cortesanos, pero mi protector me aseguró que nadie, absolutamente nadie me mortificaría. Y así fué; cuando entré en el salón donde me esperaban los convidados, sólo encontré hombres ya entrados en años, que me miraron con dulce curiosidad. Al pronto no conocí á ninguno de ellos, luego encontré á un an-

© Biblioteca Nacional de España

ciano general que se dió á conocer como antiguo amigo de familia.

»La compañía de todos me agradó, porque todos se esmeraron en hacerme gratas las últimas horas que pasé en la Corte; se habló de todo, y en particular de la miseria que sufrían los pueblos; un anciano muy venerable me dijo que yo estaba llamada á ser fuente de vida y salud, y que los desgraciados tendrían en mí la mejor y más decidida protectora; que no titubeara en dar cima á grandes empresas, porque la protección de los potentados españoles, comenzando por el Rey, me ayudaría siempre en todo y por todo; que había en España muchos brazos inútiles y era necesario que yo los convirtiera en palancas poderosas que levantaran un mundo; y como garantía de que no eran ofrecimientos vanos los que en nombre del Rey me hacían, me entregarían un pergamino con el sello real, y los nombres de todos los que á mí se asociaban para proporcionarles trabajo á los pobres.

»Yo quise hablar y no pude, la emoción me dominó, la benevolencia de aquellos hidalgos llenó de júbilo mi alma, y sólo pude exclamar:—Todos vosotros viviréis en mi memoria, y mi gratitud será eterna.

»Mi protector muy conmovido, muchí-

© Biblioteca Nacional de España

simo, me dijo:—Cultiva las letras, pero cultiva más tus sentimientos; en las letras hay muchas espinas, en las buenas obras abundan las flores; sé tú por tu talento luz de los pueblos, y ejemplo por tus virtudes que les sirvas de espejo á las mujeres.

»Los convidados me estrecharon la mano paternalmente, diciéndome todos:—¡Adelante!

»Mi hermano estaba loco de alegría; me entregaron después el pergamino real, cuyo contenido era una poesía hermosísima elogiándome más, mucho más de lo que yo merecía, que en esa tierra, como ha dicho después uno de vuestros poetas—no existe el justo medio,—*¡todo demasiado lleno, ó demasiado vacío!*

»Aún se conserva ese pergamino, pero no en poder de los religiosos. Al despedirme de mi protector, me besó en la frente, diciéndome:—Te beso por si no te vuelvo á ver; la lucha de la vida me va rindiendo, pero ya no temo caer, te dejo en buena senda, conserva ese pergamino, porque en él está la esencia de las letras españolas, posees en él, lo mejor de lo mejor.

»Nos dieron una gran escolta y al salir de la Corte, pensé mucho en el poeta satírico; no le había vuelto á ver, es verdad que yo no había frecuentado ningún para-

© Biblioteca Nacional de España

je público; durante mi permanencia en la Corte, hice vida monástica, y casi, casi, sentía no haberle visto más, no podía olvidar á aquel hombre, ¡me había herido tan á fondo!...

»Cuando llegué cerca de mi ciudad natal, se tranquilizó bastante mi ánimo; entramos por fin en nuestra casa, y al entrar recordé las quejas de la servidumbre, y en la mesa hablé á mi hermano de dicho asunto haciéndole presente que sus quejas eran bien fundadas, puesto que para los de casa éramos muy indiferentes; mi hermano me escuchó en silencio, diciéndome cuando terminé:—En esto, como en todo, haz lo que tú quieras, yo seguiré tus huellas, sin perder por esto la autoridad y la severidad con que hay que tratar á la servidumbre, que si antes no se la educa, confunde lastimosamente la condescendencia con la debilidad de carácter. Sé tú, hermana mía, manantial de consuelo y yo cuidaré que el manantial no rompa su cauce.

»Me retiré después á mi aposento, que en comparación del que ocupaba en casa de mi protector, era muy pobrecito, pero yo lo encontré encantador; allí mi alma encontraba reposo, pero no tanto como yo esperaba, por el extraño suceso que relataré. Me desnudé, me acosté, y al acostar-

© Biblioteca Nacional de España

me, aunque no podía tenerme en pie, el sueño no cerró mis párpados, me dolían los ojos y no los podía cerrar, quise elevar mi pensamiento á Dios y no pude, en cambio con la mayor sorpresa ví al poeta satírico que junto á mi lecho recitaba versos magníficos, ¡qué bien los recitaba! ¡qué entonación! ¡qué vida! al verle y al oirle le dije:—¿Por qué me persigues? ¿qué plan es el tuyo al mortificarme?

»—Plan no tengo ninguno, es que sobran en la Corte zánganos que viven sin trabajar, y emplean su holganza en apropiarse lo que no es suyo, engalanándose con las plumas del pavo real, y como ya tenemos bastantes poetastros que se lucen con el ingenio de los otros, no es justo que se aumente el número con las mujeres *literatas* que para lucirse, leen trabajos hechos y esmeradamente corregidos por sus sabios maestros, como tú hiciste leyendo lo que para tí escribió tu protector.

»—Mientes, yo no soy capaz de tal miseria, te han engañado miserablemente.

»—¡Si así fuera!...

»—¿Qué? ¿si así fuera me darías una satisfacción?

»—Eso no; pero sí escribiría algo que te consolara de tu derrota.

»Yo no dormía, no; y le veía, sí, le veía

© Biblioteca Nacional de España

de pie junto á mi lecho apoyado ligeramente en el espaldar de mi cama; su semblante no era entonces tan mordaz; una nube de tristeza apagaba el brillo de sus ojos, se desvió un poco y colocándose á los pies de mi lecho, dijo:—Ya que estoy aquí, déjame sentar, y se sentó en mi cama; al verle sentado con la mayor naturalidad, me levanté temblando sin hacer el mayor ruido; yo no sabía lo que me pasaba, pero sabía muy bien que no dormía; me vestí y oí la voz del poeta que me decía muy tranquilamente:—No quieres discutir en el lecho, pues discutamos sentados en otro lugar, y se levantó y se sentó en una silla; quise gritar y él me dijo sonriéndose:—No grites, es inútil, si vienen, si acuden á tus gritos nadie me verá, y creerán que ya estás loca de remate, mi cuerpo duerme, y he venido aquí porque quiero ver tus trabajos, y si me convenzo que eres la autora de lo que leíste, yo te daré una satisfacción.

»—Yo te juro que aquel trabajo era mío, lo leyó mi protector y mi confesor; el primero encontró bien mi escrito, el segundo me aseguró, que *con mi mismo trabajo sería castigada.*

»—¿Eso dijo? yo te prometo que si me convenzo que he sido juguete de un miserable, tendrás la debida satisfacción.

© Biblioteca Nacional de España

»Sentí como se levantaba, se apoyó un momento en el respaldo de mi silla, oí claramente ese leve ruido que se produce agitando y removiendo papeles, después... me pareció que respiraba mejor, comprendí perfectamente que ya estaba sola, y entonces temblando de miedo y de frío me desnudé y me escondí en mi lecho, pues todas las mantas me parecían poco para cubrirme hasta la cabeza; me quedé entonces profundamente dormida, mi cuerpo parecía de piedra, pero mi espíritu buscaba... no sé qué buscaba, al fin dije:—¡Señor! ¡cuánto tiempo hace que no te veo! cuando solo pensaba en hacer buenas obras entonces te veía, y ahora que lucho en el campo de las letras, ¡no te veo! ¡Señor!... ya no escribiré más.—Sí, escribe, me dijo una voz, tú no podrías vivir sin escribir, las letras son el diapasón del alma de los pueblos, escribe, escribe, que por todos los caminos llegan las almas hasta Dios.

»Aquel consejo tranquilizó mi espíritu y entonces descansé hasta muy entrado el día; me levanté muy tarde, y encontré mi mesa con todos mis papeles en completa revolución, parecía que niños traviesos se habían entretenido en removerlos todos; las cuartillas numeradas me costó mucho trabajo ordenarlas, porque habían confun-

© Biblioteca Nacional de España

dido unos trabajos con otros. Llamé á Marta y ésta me juró por lo más sagrado que nadie entraba en mi cuarto sin que yo le llamara, pues hasta para limpiarlo esperaban mis órdenes.

»Me devané los sesos pensando quién sería el osado que había tocado mis papeles que yo siempre, desde niña, había cuidado de ordenarlos esmeradamente, y como tenía tantos entre borradores, y copias, y notas, y apuntes, y máximas, representaba su arreglo el trabajo enojoso de muchos días: ¡qué extraño encontré aquel desbarajuste!...

»Afortunadamente llegó en aquel momento mi hermana con la niña que yo le había salvado la vida, y era la niña tan agradecida y tan cariñosa, que siempre que me veía me comía á besos, porque me besaba con ansia de amor; su madre gozaba al ver lo que me quería, y cuando entró en mi estancia se apoderó de mí, y llegó muy á tiempo, porque sus caricias me tranquilizaron; se sentó en mis rodillas y me dijo:

»—Tía mía; yo te quiero mucho más de lo que tú te crees; de noche siempre sueño contigo, ¡y te veo más hermosa!... ¡hermosísima! y estás en un altar y te adoran los fieles, pero te falta una cosa, te falta una

© Biblioteca Nacional de España

corona de flores, y he pensado hacer una fiesta infantil; muchas niñas cantarán y recitarán poesías tuyas, y luego... yo te coronaré, te debo la vida y yo quiero demostrarte mi gratitud; pero mira, yo quiero que tú seas nuestra maestra, porque todas queremos hacerlo muy bien.

»Mi hermana por complacer á su hija, también estaba muy entusiasmada con la fiesta infantil, únicamente que opinaba que debía dársele un tinte altamente religioso. Yo le dije entonces, que si la fiesta se hacía en la iglesia, parecería una fiesta de ángeles dentro de una tumba, que prefiriría hacerla en el campo, y para que tuviera tinte religioso, llevaríamos en procesión una imagen del niño Jesús, y á éste le pondríamos la corona para mí destinada; mi sobrina no se avino con esto, ella quería coronarme á mí, ¡niña inocente! ¡no me faltaba otra cosa que su coronación! ¡harto los religiosos me criticaban, y me habían hecho tanto daño las murmuraciones!

»Para consolarla, le prometí escribir exprofeso pequeñas composiciones para las niñas y ante esta promesa, se fué muy contenta.

»Sin descuidar el arreglo de mis papeles y las poesías de la fiesta infantil, acudí también á visitar las obras; el arquitecto y di-

© Biblioteca Nacional de España

rector de ellas, se alegró mucho de verme; lo encontré muy desmejorado; su familia era su tormento, y no porque sus miembros fueran perversos, no; uno idiota, otro loco, y los tres restantes epilépticos, monomaníacos, insufribles, rodando siempre por el suelo, y su esposa tullida sentada, sentada en un sillón viendo el desdichado cuadro que le ofrecía su familia. ¡Pobre familia! su jefe me quería mucho, muchísimo, pero como yo era un ser tan combatido, trabajando para mí, temía perjudicarse en su carrera. Yo por lo mismo le conté mis triunfos, le hablé del Pergamino real y de la promesa de tantos potentados, para protegerme en mis empresas; el hombre me escuchaba con gusto pero... tenía sus recelos: ¡era tan desgraciado! Un día le dije:—¿queréis que yo vaya á vuestra casa?

»—Me creería muy honrado, pero...

»—Sed franco, ¿tenéis miedo de que la gente se entere de mi visita?

»—Señora...

»—Pues yo quiero ir á vuestra casa

»—¿Cuándo?

»—Ya os avisaré, más confesad que lo sentís.

»—Sentirlo, no; eso no; pero...

»—Pues tengo empeño, y empeño total en ir á vuestra casa, porque allí se llora,

© Biblioteca Nacional de España

por eso quiero ir; allí tenéis imbéciles, locos, epilépticos, tullidos, y entre tantos... ¿no habrá uno que merezca ser curado? probemos. Dios va con los buenos intencionados.

»El hombre, se dejó convencer, y algunos días después fuí con él á su casa. Casa de arte y casa de lágrimas, era una verdadera joya artística conservada á costa de heroicos sacrificios, pues con el hospital que formaban sus deudos, el arquitecto gastaba lo que tenía y lo que no tenía; ¡era un mártir!

»Entré en un saloncito y allí estaban todos: la madre sentada en un sillón, su hijo mayor sentado junto á ella destrozando papeles y cañas, era el loco, pero un loco inofensivo; el imbécil, parecía una figura de movimiento, movía manos y pies, y gesticulaba riéndose ruidosamente, al verme, de un salto se lanzó sobre mí, y se tiró al suelo haciendo cabriolas; otro andaba á cuatro pies con la ligereza de un gato juguetón, y los otros dos, el uno rezaba y el otro hacía pajaritos de papel; la madre de aquellos desventurados al verme lloró y me dijo:

»—¡Ay señora! al principio de nuestro matrimonio éramos felices, nuestros hijos al nacer no presentaban síntomas de lo que

© Biblioteca Nacional de España

hoy son, pero un día, entro aquí una mujer, con un fardo de telas preciosas, no sé por qué, las creí procedencia de un robo, y no quise comprárselas aunque ella las tasó en poco precio; no sé si comprendió mi sospecha, que se puso furiosa con mi tenáz negativa y lanzó una maldición horrible sobre esta casa diciendo:—¡Aquí caerán todos los males! y todos, señora, ¡todos cayeron!

»—¡Deliráis! ¿creéis que los males vienen por la mediación de una loca desdichada? los males éstos vienen de más hondo: aquí hay enfermos que pueden sanar, otros, no.

»—¡Ay, señora! ¡si yo me curara! podría al menos ser útil á mis hijos y á mi pobre marido, que se está matando trabajando lo que ya no puede para mantenernos.

»—¿Queréis curaros?

»—¡Ay! ¡sí! ¡sí!

»—Pues yo os curaré, pero al curaros, ¿creeréis que una mujer os dió el mal, y otra mujer os dió el bien?

»—Así mismo lo creeré.

»—Entonces no os curaréis, habéis de creer que Dios es quien os cura, ¡levántate! ¡apóyate en mí!

»La mujer se levantó y anduvo llorando de alegría; la hice sentar para que reposa-

© Biblioteca Nacional de España

ra, y luego la hice andar sola; la infeliz no sabía lo que le pasaba, abrazó á su esposo, á sus hijos, y aprovechando un momento que me volvió la espalda, le envié tal corriente fluídica, que se volvió admirada diciendo:—¡Señora! ¿sois un Dios? me siento fuerte y rejuvenecida. Su esposo estaba gozoso y aterrado; yo le dije:

»—Parece mentira que un hombre como vos tenga miedo.

»—No puedo remediarlo, lo tengo.

»—Lo tenéis, porque le dáis más cabida al mal que al bien; en cuanto á estos niños, tres pueden curarse, los otros, no; hay uno que leo en sus ojos: *he de ser un imbécil;* el loco, no quiere hacer el menor esfuerzo para mejorarse, pero en estos tres tengo esperanza. Los cogí, los dominé por medio del magnetismo, y el uno gritó aterrado, el otro rezó fervorosamente, y el tercero se revolcó por el suelo diciendo:—Vete, que no puedes hacer más, demasiado has hecho; levanté al niño y dije imperiosamente:—¡Dejadle! entonces se empeñó una lucha terrible; seres invisibles, fuerzas gigantescas quisieron destrozar al niño, yo pedí ayuda á Dios, y el niño se tranquilizó. Acudí al otro día, diciéndole:—¡Mírame! —No quiero.—Pues me mirarás.—¿Quién se atreve á mandar á un Rey?—Quién

© Biblioteca Nacional de España

mandaría á un Dios:—El niño se despertó y se refugió en los brazos de su madre. El otro niño rezaba y le dije con imperio:—No reces, ya has rezado bastante.—Rezo por mis hermanitos.—¡Hipócrita! vuelve á tu sacristía de donde en mal hora has salido. Se despejó el niño y yo dije á los invisibles:—Desgraciados, que hacéis la desgracia de una familia! pensad que mañana si volvéis á la tierra seréis tan desventurados como desventurados habéis hecho á los otros.

»—Decís bien, dijo un niño cerrando los ojos.

»—¿Qué ves, hijo mío?

»—La huída de los malos, y la llegada de los buenos.

»—¿De los buenos?

»—Sí, de los ángeles, junto á tí hay uno ¡qué hermoso es! ¡tiene unos ojos!

»—¡Despierta, hijo mío! ¡despierta! venid los tres salvados, ¡llorad conmigo! y abracé á los niños sintiendo correr por mis venas la savia de la vida, ¡qué hermoso es vivir para hacer el bien!

»La pobre madre al ver á sus hijos enlazados á mi cuello, me dijo con el santo egoísmo maternal:

»—¡Ay! ¡señora! ¿y aquellos dos no son

© Biblioteca Nacional de España

hijos de Dios? hijos de mi alma, y no son malos, no.

»—Ya lo sé, pobre madre, lo sé, pero desde que entré aquí comprendí desde luego que hay aquí dos condenados que se curarán... más tarde... más tarde...

»Sí, sí; más tarde, dijo el imbécil, tocando los platillos sobre sus mejillas y dejándose caer junto á su madre envolviéndose con su falda. Para el loco todo había pasado indiferente; seguía reduciendo á pequeñas partículas el papel que estrujaba entre sus manos. Me senté algunos momentos, me sentí inspirada y hablé á los niños sobre el respeto que debían á su padre, y el amor que su madre les reclamaba. A mi voz todos prestaron atención; el imbécil asomó su cabeza por entre la falda de su madre y el pobre loco suspendió su trabajo destructivo y me escuchó; el padre de aquellos inocentes me dijo al terminar mi peroración:—Señora; me dejaré quemar por defenderos; mi casa era un infierno y gracias á vos, será desde ahora ¡un paraíso!»

© Biblioteca Nacional de España

LVII

Después de aquel acto realizado en casa del Arquitecto, cuando ya estuve sola en mi estancia, sentí satisfacción y tristeza á la vez, que no por hacer buenas obras está el espíritu en la plenitud de sus goces; para gozar se necesitan ¡tantas y tantas combinaciones! para que un pensamiento amargo no destruya la miel de las satisfacciones, es preciso, es indispensable, que la obra realizada sea completa, y es tan difícil llevar á cabo una obra perfecta!

»A mí me preocupaban muchas cosas; en primer lugar, no haber podido curar á los dos niños; en segundo término recordaba con inmensa amargura á la madre de aquellos desventurados, que á pesar de ser una mujer ilustrada, creía ciegamente que por la mala influencia de una mujer ofendida, toda una familia había gemido en el dolor; y no era esto lo peor, sino que su esposo, que era una notabilidad en su no-

© Biblioteca Nacional de España

ble carrera, también creía lo mismo, era supersticioso en grado máximo, parecía imposible que tanta luz y tanta sombra pudieran hermanarse sin rechazarse la una á la otra, ¡qué unión tan monstruosa! ¡Dios mío! yo que era tan amante de lo bello, no podía tolerar aquel maridaje de la sublimidad del arte y de la más supina estupidez; allí donde había tanta sombra, yo quería inundaciones de luz, por eso deseaba tanto la curación de todos los hijos del Arquitecto, de aquel padre desventurado, aplastado y humillado por la inmensidad de su dolor, por eso á mi satisfacción se unía estrechamente mi tristeza, por eso no sabía, no podía dar gracias á Dios de lo realizado; mi alma no era hipócrita, cuando quería más, no se contentaba con la parte concedida, quería el todo, porque conceptuaba que sin el todo, la parte perdía una gran parte de su valor; por eso pedí á Dios con verdadera insistencia diciendo: ¡Dios mío! ya sé que tus leyes son inmutables, pero... ¡Dios mío! dame un rayo de esperanza para iluminar un cerebro enfermo, para dar aliento á un hombre digno y bueno, ¡es tan desgraciado! mira si será desgraciado, que amándote tanto como te ama, desconoce tu grandeza! y se pierde

© Biblioteca Nacional de España

en el laberinto del absurdo y del error más lamentable.

»¡Cuánto rogué! ¡cuánto! no me cansaba de pedir; orando me venció el cansancio físico y moral, y me quedé dormida profundamente; durante mi sueño, ví á un hombre joven y hermoso; todo su ser irradiaba una dulce claridad; yo le pregunté:

»—¿Quién eres?

»—Soy el *Ayer,* el archivo de todas las grandezas y debilidades humanas.

»Yo me quedé algo contrariada, no estaba mi ánimo para simbolismos, y él me dijo:—No te impacientes, mujer, no te impacientes, filosofemos y hablemos de las diversas existencias de los seres.

»—¿Diversas existencias?

»—Sí, mujer, ¿no lo recuerdas?

»—Bien, hablad.

»—No, hablemos; has invocado á Dios para terminar una buena obra, quieres curar á dos niños lamentando haberte detenido al final de tu camino sin poder continuar el trabajo comenzado; de cinco desgraciados has curado á tres, y los dos restantes que parecen incurables te apenan y te angustian; quisieras dar al padre de esos niños la dicha completa, ahora bien: en las diversas existencias que tiene el ser, unas veces peca el hombre con perfecto co-

© Biblioteca Nacional de España

nocimiento del pecado y otras peca por ignorancia, y se hace el mal unas veces sin saber qué se hace, y otras por malicia, por temeridad. Dios en su eterna justicia, no nos hace responsables de las culpas hijas de la ignorancia, pero en cambio, cuando por temeridad, por sistema, y por egoísmo, hacemos el mal, y gozamos haciéndolo, entonces pagamos punto por punto todo el daño causado, que la responsabilidad adquirida es igual á la inteligencia en el mal empleada.

»¡Qué bien hablaba aquel hombre! yo me acercaba á él como el imán al acero, y él me decía:—Tú no le das gracias á Dios de los dones que hoy tienes, creyendo que es tuyo cuanto posees: y en verdad, que ya tienes tu patrimonio... mas... ¡cuánto te ha costado adquirirlo! ¡cuántas humillaciones! ¡cuántas torturas! pero nunca te has rebelado; caíste, y al levantarte has querido ser grande, y comienzas á serlo, has luchado y has vencido, produciéndote felices resultados tus diversas existencias; sin haberlas tenido ¿qué sería de tí?

»—Es verdad, creo que ya comienzo á engrandecerme, pero lo confieso, no estoy contenta, no, mientras más avanzo más quisiera avanzar; de cinco enfermos curé á tres, y yo quiero curar á los cinco, com-

© Biblioteca Nacional de España

pletando de este modo una buena obra. Yo he visto la Tierra abrirse á mis pies, y de sus más hondos abismos brotaba el fuego de la vida, aquel fuego me envolvió, y si en fuego de amor me abraso, ¿por qué no puedo hacer todo el bien que yo quiero?

»—¿Por qué? ya lo sabrás, mira:—Miré, y ví á los dos niños enfermos; sus cuerpos reposaban, y ví que sus espíritus, el uno me miraba con el mayor desprecio, y el otro me insultaba cruelmente.—¿Ves? me dijo el *Ayer,* no te quieren; por no querer ni tus beneficios ¿cómo quieres curarlos?

»Yo entonces les dije á los dos espíritus: —¿Os he hecho daño? no me odiéis que quiero seros útil. Ellos nada me dijeron, y el *Ayer* replicó:—¿Ves como no te quieren?

»—Pues yo los quiero, quiero borrar odios; el *Ayer* ordenó á los espíritus que se acercaran á mí, se acercaron y entonces los conocí; su odio era justificado, ¡yo les había hecho tanto daño! ellos también á mí, el uno, dijo, mirándome con el mayor desprecio:—De tí, ni la salud quiero para mi despreciable envoltura; primero la romperé.—Ni yo tampoco, dijo el otro.

»—¿Tú quieres aún curarlos? me dijo el *Ayer.*

© Biblioteca Nacional de España

»—Yo, sí, quiero curarlos, porque quiero borrar odios.

»—Entonces... creedme, desdichados, aceptad el beneficio de esa mujer, que si hoy lo rechazáis, mañana iréis en pos de ella, y querréis la luz que hoy rechazáis. Mujer, Dios te ha escuchado, porque Dios escucha todo lo que es justo, y tu ruego lo es; quieres borrar odios, y en tan hermosa obra no te faltará quien te ayude. Después de esta noche no vayas muy aprisa, que llegará un día de luz y de flores, y entonces irás á la casa de esos desventurados, y dirás: quiero que la salud y la alegría reinen aquí; y tu nobilísimo deseo se cumplirá.

»La figura del *Ayer,* se hermoseó más y más, su semblante se dulcificó, de sus manos se desprendieron ráfagas de luz, y entre nubes luminosas desapareció.

»Al día siguiente me desperté tranquila; vagos recuerdos me acariciaban; recordé mis plegarias á Dios pidiéndole la curación de los niños, y cuando se iban aumentando mis recuerdos, me anunciaron una visita: era un pobre religioso de figura vulgarísima, pero de semblante risueño y trato sencillo, muy jovial y hasta chistoso; iba con la pretensión de hacer mi retrato, pues se dedicaba al divino arte de la pintura, y lo

© Biblioteca Nacional de España

enviaba una alta dignidad eclesiástica; para evitar dimes y diretes accedí á su deseo quedando convenidos cuando había de volver á empezar su trabajo; mi hermano se alegró y no se alegró en vano, porque el buen religioso haciendo mi retrato nos hizo reir á todos; tantos eran los aspavientos que hacía diciendo que mis ojos era imposible retratarlos bien, porque llevaba en ellos lo que no se podía copiar.

»Vino un día mi hermana mayor á decirme, que la fiesta de mi coronación se acercaba, que su hija estaba impaciente y no quería esperar más.

»—Está bien, la dije, pero no olvides que no necesito coronas que me adornen, y en lugar mío quiero que se corone á una imágen del niño Jesús que nuestro buen hermano me regaló hace tiempo.

»Mi hermana accedió muy contenta, porque era muy devota del niño Jesús, y á los pocos días vino mi sobrina, y ésta, lo confieso, que me conmovió cuando me dijo:

»—Tía mía, no quieres que yo te corone, y yo lo quiero, si no quieres que sea en público, yo vendré aquí, tía mía; lo he soñado y quiero cumplir mi sueño.

»—Bien, hija mía, bien; pero á nadie se lo digas, ni aún á tu madre.

»—No temas, es una felicidad exclusiva-

© Biblioteca Nacional de España

mente mía, y no la quiero compartir con nadie,

»¡Pobre niña! ¡cuánto me quería! era un espíritu muy agradecido y guardaba memoria de un beneficio que yo le hice en una de sus anteriores existencias devolviéndole la salud, ¡cuánto me quería! ¡cuánto!

»Una mañana salí al campo, ¡qué hermosa mañana! era un día de primavera, la naturaleza ostentaba sus mejores galas, y ante cuadro tan encantador me conmoví, diciendo:

»—¡Qué bueno es Dios! la primavera es la poesía del tiempo. ¡Ay! ahora recuerdo mis amores, ¡pero mis amores no están aquí!... ¡mi amor está tan lejos!... ¡tan lejos!... Le veo joven, ¡hermosísimo! le veo viejo, venerable, pero siempre hermoso. ¿Por qué me hice religiosa, Dios mío? ¿Me haría hoy religiosa? No; hoy no; ¡me gustan tanto los niños! ¡me atraen tanto esas casitas humildes donde viven dos seres consagrado el uno al otro, contándose sus penas y sus alegrías! yo no tengo á quien contárselas, porque los confesores son los esbirros del alma, los esclavizadores de la conciencia, los tentadores de la juventud; sus frases no consuelan, no; perturban, despiertan, y se cae en el fango.

»¡Cuántos pajarillos revolotean en torno

© Biblioteca Nacional de España

mío! parece que me cuentan sus historias y me dicen dónde tienen sus nidos, y yo ¡Dios mío!... ¿con quién formaré mi nido? Y lloré mucho, mucho, lloré mis muertos amores. ¡Ay! exclamé, la primavera viene cada año, la primavera de mi vida solo vendrá después de mi muerte, ¡he de morir para renacer!...

»Vino mi hermano á buscarme y me encontró tan demudada que se asustó.

»—¿Qué tienes? ¿qué te ha sucedido?

»—Nada, me engolfé en mis pensamientos y creo que me he dormido y he soñado con mi porvenir.

»—Que, ¿soñabas en morir?

»—No, morir no; porque con morir no se llena ningún hueco, no se hace más que continuar la pesada jornada de la vida.

»—Déjate de filosofías, mujer, que filosofar y sufrir es una misma cosa.

»Al verme sola en mi aposento, escribí rápidamente todas mis impresiones y escribí un pequeño poema, que más tarde lo quemaron, haciendo esta pregunta.—¡Dios mío! ¿cuándo llegará mi primavera?

»Pocos días después se celebró la fiesta infantil, que fué hermosísima; la imágen del niño Jesús estaba preciosísima, porque le pusieron una túnica de flores, y la peana que lo sostenía se convirtió en un almoha-

© Biblioteca Nacional de España

dón de rosas y azucenas, de lirios y claveles; ¡qué imágen tan preciosa! ¡era el símbolo de la vida! pero de la vida risueña, productora, era la niñez llamando á la juventud!

»Las niñas iban encantadoras, y á ellas se reunieron, niños, jóvenes, ancianos, militares, religiosos, todos quisieron presenciar la poética ceremonia; llegamos á la cumbre de un monte, y allí mi sobrina coronó á la imágen, diciendo con la franqueza de la niñez:—Corono al niño Jesús, y en mi pensamiento corono á otro ser.

»Durante la fiesta estuve contenta, muy contenta, ¿por qué? no lo sé, pero es lo cierto que gocé muchísimo al verme rodeada de tantas niñas á cual más cariñosas y expresivas. Aquella noche dormí muy bien, pero al amanecer me desperté sobresaltada porque oí voces á la puerta de mi aposento, oí la voz de Marta que decía muy alterada.—Nadie entrará en el cuarto de la señora hasta que ella llame.—Pues yo entraré, dijo mi sobrina; y con la impetuosidad de sus pocos años, y las *alas* de sus *mimos,* pues era la niña mimada de toda la familia, empujó la puerta, y de un salto se subió á mi lecho, diciéndome muy contenta:—Ya estoy aquí. ¿No me esperabas, eh? pues yo he querido sorprenderte, apenas si he dormido esta noche para levan-

© Biblioteca Nacional de España

tarme muy temprano; vístete, vístete cuanto antes, no me hagas esperar, que hoy quiero coronarte.

»—Bien, mujer, no te apures, todo lo haremos, me levantaré, me vestiré, tomaremos algún alimento, saldremos á pasear por el campo, y á la vuelta, nos encerraremos aquí y me coronarás.

»—Qué buena idea has tenido, tía mía, de salir al campo, pues mira, en el campo te quiero coronar; no te asustes que nadie nos verá; ¿te acuerdas de aquella fuentecita escondida entre los pinos? pues allí, allí te coronaré

»—No, mujer, no, que te verán ir con la corona.

»—Descuida, yo me voy ahora, y yo misma la esconderé entre los pinos, y volveré por tí; así lo hizo la niña, que estaba radiante de felicidad; cuando volvió á entrar en mi estancia, salimos al campo, y mi sobrina estaba transfigurada, corría, saltaba, se arrojaba en mis brazos cansada y jadeante y me decía:—¡Ay, tía mía! ¡qué bién me encuentro á tu lado! parece que tengo nueva vida.

»Llegamos á la fuentecita escondida en un bosquecillo de pinos, y allí me hizo sentar, me rodeó de flores, cantó una dulcísima plegaria y me dijo:—¡Qué hermosa es-

© Biblioteca Nacional de España

tás! no podíamos haber escogido mejor templo para tu coronación; el cielo azul te sirve de manto, las flores de alfombra, los pinos son los grandes sacerdotes que asisten á este solemne acto; llegó la hora, y con toda gravedad la niña colocó sobre mi cabeza una corona simbólica de flores, hojas verdes muy relucientes y espinas, pero éstas, colocadas con tal arte por el jardinero, que se quedaban escondidas entre las hojas y las flores.

»Me llamó vivamente la atención la combinación de la corona, y le pregunté quién la había hecho.

»—Es idea mía, dijo la niña, y el jardinero de casa la ha hecho bajo mi dirección.

»—¿Y por qué has puesto espinas?

»—Porque las religiosas, si son buenas, son mártires, las flores vienen después de la muerte, son la gloria de los buenos, y las hojas verdes son el símbolo de los años de la vida, donde cada cual escribe los capítulos de su historia; esta corona guárdala siempre, es decir, quiero que la coloques en la mesa donde escribes; tú me has dado la vida y yo te doy ese recuerdo simbólico y todo el amor de mi alma; porque créeme, tía mía, créeme que no miento; te quiero, sobre todas las cosas y sobre todos los seres de la tierra.»

© Biblioteca Nacional de España

LVIII

Cuando se marchó mi sobrina me quedé muy pensativa, y al llegar la noche se aumentaron mis confusiones; estaba tan poco acostumbrada á días de paz y de amor, que no cesaba de preguntarme á mí misma: ¿A qué obedecerá el empeño de mi sobrina en coronarme? nadie lo ha visto, es verdad, no ha sido una satisfacción pública, pero la gloria ha sido para mí; no he perdido ninguno de sus detalles, he saboreado todas sus delicias; en la tierra, cuando llegan las glorias se muere pronto, ¿me quedará poco tiempo de oir palabras cariñosas? y mi sobrina ¡es tan buena para mí! ¡cuánto me quiere! ¡cuánto! no se cansa de mirarme; así deben mirar los niños buenos á su madre, ¡qué hermosos son los ojos de los niños! ¡cuánto hablan sus miradas! parece que todo el amor, y toda la elocuencia, y toda la sabiduría, se asoman á los ojos de los niños, ¡qué hermosos son los

© Biblioteca Nacional de España

niños!; y pensando en mi sobrina, viendo su carita iluminada por la más dulce sonrisa, me quedé dormida; es decir, durmió mi cuerpo rendido por el peso de tantas emociones, en tanto que mi espíritu se lanzó á buscar el *por qué* de mi coronación, y me encontré en medio de un espacio luminoso, donde quiera que miraba no veía más que los rayos de un Sol hermosísimo, mucho más ardiente que el Sol que da vida á la tierra; contemplé aquella celeste maravilla, admiré aquel océano de luz, pero... me cansé de verme sola, y exclamé: ¡Dios mío! ¡qué bella es la luz!... pero ¡qué triste es la soledad! ¡no veo á nadie! ¡á nadie!... y entonces oí una voz que me dijo:

»—Lo que estás mirando es el espejo de la gloria, la gloria es luz, ¿te basta esa gloria?

»—No; quiero ver á otros seres, la gloria para mí sola no la quiero.

»—Tienes razón; la gloria para ser gloria, ha de ser compartida con seres amados, con ella, se han de iluminar las miradas de los que vean un cielo en nuestros ojos.

»—Hablas muy bien, pero no te veo, y no me contento con oir, quiero verte.

»—Hoy no puede ser, tranquilízate, cuida mucho de tu cuerpo, que muy decaído

© Biblioteca Nacional de España

se encuentra, y reparte tu gloria con los que te rodean, y mientras más los ames y más te sacrifiques por ellos, más palpable verás cerca de tí el fantasma de la gloria, y al ser de todos amada, y en particular de tus deudos y de tus más íntimos amigos, será completa tu gloria.

»Me desperté muy temprano, apenas clareaba, me encontré triste y abatida, recordé mi sueño y reflexioné mucho sobre lo que había oído; apareció el Sol y bendije su aparición, porque para mí el Sol era el símbolo de Dios, era el motor de la vida, la fecundación de cuanto existe; parece increible que existan ateos en la tierra donde brilla el Sol.

»Para distraerme salí al campo, y allí las aves me dijeron: ¡Hay amor! ¡hay selección! si los humanos truncáis las leyes naturales, no tienen la culpa los elementos de la vida de que vosotros cerréis los oídos para no oir palabras de amor, y cerréis los ojos para no ver ese cuadro divino de la reproducción universal.

»Esto me decían las aves, y yo contestaba á su intencionado canto orando fervorosamente, pero mis palabras no elevaban mi espíritu, al contrario, me entristecían, y á cada momento interrumpía mi forzada oración para mirar á dos pajaritos que den-

© Biblioteca Nacional de España

tro del nido daban de comer á sus diminutos pequeñuelos, la hembra en particular era un modelo de paciencia y de amor; aquel ser tan pequeñito, encerraba más ternura que todas las religiosas habidas y por haber. ¡Cuánto enseña el gran libro de la naturaleza! dichosos aquellos que aprenden á leer en sus hojas palpitantes, que para ellos será el reino de los cielos.

»Sentí cansancio, mucho cansancio, y pedí á Dios morir rodeada de mis deudos; la tierra no tenía el menor atractivo para mí. Marta vino á interrumpir mis reflexiones dándome aviso que el pintor me esperaba muy triste y compungido. Efectivamente, encontré al pobre religioso más muerto que vivo, y en él era más notable su decaimiento, puesto que parecía una pandereta llena de sonajas, tanto ruido hacía con sus chanzas y sus risotadas.

»Me causó mucha lástima y le pregunté la causa de sus penas y el infelíz casi llorando me dijo:

»—Es que me desprecian como artista, muy en particular el Prior de mi convento, dice que mis pinturas de cerca son detestables, y yo trabajo lo que puedo y lo que sé; tuve un maestro italiano que se murió á lo mejor, y me quedé tal como soy, un aficionado de buena voluntad, y el Prior

© Biblioteca Nacional de España

me dice que sacaré un retrato de vos, que habrá que colgarlo al revés.

»—¿Y puedo yo hacer algo en beneficio vuestro?

»—Sí, señora, dejarme venir diariamente, porque me exigen que acabe pronto, acusándome de holgazán, y Dios sabe, señora, que no lo soy; es que vuestros ojos tienen un misterio, y yo no sé pintar lo que no se vé.

»—Yo hablaré con vuestro superior.

»—Pero habladle de cierta manera, porque si sospecha que me he franqueado con vos, creo que tardaré mucho tiempo en ver la luz del sol.

»¡Qué lástima me inspiró aquel infeliz! era un alma sencilla y buena, amaba lo bello, ¡qué desgracia la suya! ¡hubiera sido un buen padre de familia. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿es posible que la religión martirice á sus servidores? ¿es preciso que los religiosos sean mártires de la tiranía religiosa?, que es la peor de todas las tiranías.

»Sin perder momento fuí al convento de aquel desventurado, pregunté por el Prior y no se hizo aguardar, apareció un hombre alto y arrogante con luenga barba muy puntiaguda envuelto en un hábito cenicienta, llevaba los brazos cruzados dentro de

© Biblioteca Nacional de España

sus anchas mangas, me miró con desagrado y me preguntó con sequedad:

»—¿Qué se os ofrece?

»—Tengo el tiempo muy tasado y vengo á pediros un favor; el pintor que está haciendo mi retrato, muestra vivos deseos de concluirlo y quiere venir diariamente á trabajar.

»—¿Y quién le tasa el tiempo á ese mentecato? si ese hombre es impaciente, no es culpa mía.

»—Así lo creo, y porque lo creo así, vengo á pediros que le digáis que acceda á mi ruego de no ir tan aprisa.

»El Prior y yo nos miramos y nos entendimos, él me dijo con sus ojos *no me engañas*, y yo debí decirle *no cumples con tu deber*. A nuestro mudo lenguaje puso él término, diciéndome con dureza:

»—Os advierto, que aquí no entran religiosas.

»—Lo siento, porque vuestro carácter y el mío creo que simpatizarían.

»—Estáis en un error, yo creo que las religiosas sois la peste de la religión, y aunque vos tenéis vara alta en todas partes, en mi convento nunca la tendréis; y llamando á un lego me indicó la puerta de salida lanzándome una mirada franca en la que irradiaba el fuego del odio y creo que

© Biblioteca Nacional de España

el de la envidia. Yo lo miré con lástima; más parecía un perdona vidas que un ministro de Dios. Confieso que me arrepentí de haber ido al convento y temblé por el pobre pintor, que no volvió á continuar su obra, ¿le habrían castigado? Pasaron algunos días y sentí verdadera inquietud por aquel desventurado, y cuando más abismada estaba en mis temores, me avisaron que el Arquitecto me suplicaba fuera á ver las obras. Acudí al momento, y encontré á mi amigo muy pensativo, muy demudado; al verme me dijo con tristeza:

»—Las obras pararán dentro de dos días, porque el pagador dice que no tiene fondos, lo que indica que hay que suspenderlas.

»—Todo menos eso; las obras no se suspenden.

»—Sería una verdadara lástima dejar á la intemperie los trabajos hechos.

»—Pero ¿quién piensa en tal cosa?

»—Es que sin dinero nada se puede hacer.

»—El dinero sobrará y ¿vuestra familia?

»—Bien, la mayoría; en cambio los dos niños enfermos están cada día peor, se ponen inaguantables.

»—Pues creed que los trabajos de aquí continuarán, y volveré á visitaros, y al

© Biblioteca Nacional de España

volver á vuestra casa, los dos niños se curarán.

»El pobre padre se entusiasmó con mis palabras y pareció volver de muerte á vida; en cambio yo cuando me ví sola en mi estancia temblé como una azogada, ¡ahí es nada lo que había prometido! continuar las obras y curar á los dos niños... se necesitaba estar loca ó tener una ciega confianza en mis protectores invisibles. Por lo pronto, hablé á mi hermano pidiéndole un anticipo para continuar las obras del convento, pero mi hermano que sabía contar, y era muy amigo de su dinero, me dijo:—No corramos tanto, mujer, no corramos tanto; iré yo á la Corte á ver qué hay sobre el particular, que en estas cosas de anticipar fondos, hay que ir con pies de plomo.

»—Según y conforme, lo que es ahora hay que volar, porque es preciso que las obras continúen sin un día de interrupción.

»Al día siguiente vino un delegado de mi protector con una carta cariñosísima y valores en abundancia para atender con largueza á todo lo necesario, pidiéndome mil perdones por el retardo ocurrido, hijo de un descuido sin importancia. Con la carta me fuí enseguida á ver al Arquitecto; ya cerca de su casa me detuve asustada, extremeciéndome al recordar la promesa

© Biblioteca Nacional de España

que le había hecho de curarle á sus hijos, tuve miedo y quise retroceder, y entonces oí una voz que me dijo:—¡Cobarde! ¿para hacer el bien tiemblas; ¡tiembla para herir, no para sanar! Entonces, como si me moviera un resorte de fuego, llamé con tal fuerza á la puerta, que el Arquitecto salió espantado, le entregué el pliego dominando á duras penas mi emoción y le dije: ¡Leed! ¡leed! las buenas nuevas deben saberse cuanto antes mejor.

»—Es cierto, señora, razón teníais en esperar, valéis más de lo que yo creía.

»Al oir mi voz acudieron los niños curados y su madre, todos me abrazaron y me hicieron sentar para rodearme mejor; después acudió el niño loco, llevaba una pala en la mano, y venía dando golpes terribles á la pared, á las puertas y á los muebles. Al verme, se paró delante de mí, y riéndose burlonamente, me dijo:—¡Cá! ¡cá!... ¡no lo curarás! ¡no! ¡no!

»Tuve miedo y oí la voz de siempre que me decía:—¿Por qué retrocedes si él se acerca? ¡avanza! y cumple con tu deber.

»Yo miré al niño, y al mirarle la cabeza, dijo el loco con furia:—No me mires que no quiero; y cayó violentamente al suelo. Su padre se precipitó hácia él y levantándolo en sus brazos, dijo en el paroxismo de

© Biblioteca Nacional de España

la desesperación:—¡Dios mío! ¡está muerto!

»—No, no está muerto.

»—¿Cómo lo sabéis?

»—Poque lo sé; el niño abrió los ojos y yo le dije:—¡Habla, hijo mío! ¿no puedes? despierta de tu locura, ¡despierta! los niños y su padre maquinalmente se postraron en tierra y oraron fervorosamente, yo recobré aliento con tan buena ayuda y comencé á darle pases magnéticos, y el niño lentamente, siempre en brazos de su padre, comenzó á estirar sus miembros y á entreabrir la boca con repetidos bostezos: el Arquitecto creyó enloquecer y me decía:

»—Creo que vos estáis loca y estáis tentando á Dios moviendo á un muerto.

»—No deliréis, vuestro hijo está vivo, y en prueba que lo está, dejadle que se levante y se pasee, yo lo quiero, y mi voluntad es la ley. El pobre hombre dominado por mi acento de autoridad, aflojó los brazos y el niño se levantó y yo le dije en voz baja: *¡Conciliación! ¡Conciliación!* El niño me miró, cerró los ojos y dijo:

»—Has conseguido lo que deseabas, la paz no existe, ¡pero has hecho tanto!... ¡tanto! que te acepto la razón que me das. ¡Dios nos reconcilia!...

»—¿Ya no me tienes odio?

»—No debo tenerlo; me has dado una sa-

© Biblioteca Nacional de España

lud que yo no deseaba, pero haré uso de ella para bien de todos; y abriendo los ojos se arrojó en los brazos de su padre diciéndole: ¡Papá!... ¡te quiero mucho!

»La madre creyó volverse loca de alegría, miraba á su hijo, lo estrujaba en sus brazos, y de pronto se fué corriendo y volvió diciendo: pero aún queda uno ¡el pobrecito simple! ¡hijo de mi alma! Entró el niño rodando por el suelo como de costumbre, al verme me dijo:

»—No quiero nada contigo, yo he de ser pelota toda la vida, quiero rodar siempre. Todos me miraron, y como anteriormente, dominados por el más noble de los deseos, todos se prosternaron y juntaron sus manos en actitud suplicante, yo me levanté y le dije al niño:

»—¿Quieres que juegue contigo á ser pelota?

»—Si es solo para jugar, sí; hemos jugado mucho y siempre me hacías perder.

»—Bueno, mírame bien, y dame tu diestra y dime que dedo quieres que salga ganando.

»—Este, y me señaló el índice, pero ¡ah! tú me engañas, tú me oprimes el dedo y haces correr fuego por mis venas, ya te conozco, ¡déjame! ¡no quiero! quiero ser simple, quiero ser pelota.

© Biblioteca Nacional de España

»—Pues yo quiero darte nueva vida.

»—¡Vete! ¡vete! ¡vete muy lejos!... no quiero verte. Como si me empujaran salí del aposento, y entonces me dijo el niño: —No te vayas tan lejos, mírame como tú sabes mirar. Miré al niño, éste tambaleó, miró á todos lados, el llantó afluyó á sus ojos y se arrojó en los brazos de su madre llorando amargamente, y yo salí como si me persiguieran un centenar de locos; oía voces confusas, después oí maldiciones horribles, amenazas de muerte violenta, profecías espantosas de morir en la hoguera á fuego lento, años de tortura, emparedada, lecho de espinas, ¡qué se yo!... todos los horrores que se han inventado para atormentar á los débiles, todos me los fueron enumerando: llegué á mi casa que no sabía lo que me pasaba, me encerré en mi cuarto y entonces oí la voz de siempre pero más potente que me decía:—¡Cobarde! ¿por qué no has alejado de tí, á los que nada pueden hacer contra tí? ¿No sabes que cuando se quiere hacer un bien, se arranca un cielo y se coloca en otro lugar? y unidos á estas palabras de consuelo, sentí ruidos infernales, ayes lastimeros, crugir de cadenas, creí volverme loca; abrí la ventana de mi aposento y mirando al cielo dije con un arranque de indomable energía:

© Biblioteca Nacional de España

¡Basta! ¡basta de atropellos! ¿Acaso he hecho algún daño? mi voluntad es más firme que vuestra bajeza y vuestra ruindad; ¡quiero ser amada! ¡basta de odios! ¡quiero ganar la gloria de los buenos! quiero verme reproducida en mis hijos, no quiero que la sombra de un enemigo me persiga, y los buscaré por todas partes diciendo: *¡Conciliación! ¡Conciliación!*... Oí de nuevo la voz que me decía con la mayor ternura: —Tranquilízate, tranquilízate, hay crisis inevitables, y la que has sufrido últimamente es una de ellas; entrégate al descanso que merecido lo tienes; has hecho una buena obra, tu gloria nadie te la arrebatará, duerme tranquila, repose tu cuerpo, que tu espíritu también reposará entre ondas de luz, y bajo una techumbre de arco iris; esta noche me verás.»

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LIX

Dormí mi cuerpo, y así, como si un ambiente dulce, suave, armonioso, atrajera á mi espíritu, con esa atracción inexplicable que domina en absoluto, me fuí deslizando suavemente, hasta encontrarme en un sitio fértil, anchuroso, pero no era un paraje de la tierra, era un oasis encantador, no encuentro frases para describir su belleza: la frondosidad de sus árboles, la feracidad de su suelo, la transparencia de sus aguas que entre flores de gran tamaño levantaban una lluvia de diamantes. Montes floridos, con sendas bordeadas de unas florecitas de múltiples colores convidaban á subir hasta sus cumbres, y yo entusiasmadísima exclamé: ¡qué hermoso es todo esto, Dios mío!... estas cuestas tan suaves parece que dicen: ¡Sube! ¡sube! y yo subía sin cansancio, sin sentir la menor fatiga, y me encontré á tanta altura, que me detuve y me ví sobre una cordillera de

© Biblioteca Nacional de España

montes que no sé como describirlos, cada uno de ellos estaba cubierto de flores, pero unas flores distintas de las que yo había visto en la tierra, ¡qué colores! ¡qué perfumes! ¡qué abundancia tan prodigiosa! y las aguas formando juegos maravillosos describían arcos, círculos, plumajes, qué se yo. Yo no me cansaba de mirar aquel nuevo mundo donde todo era bello y seductor, porque no solo la vejetación hermoseaba aquellos parajes, el arte en sus múltiples manifestaciones también estaba allí dignamente representado; edificios soberbios con torres gigantescas que parecían formadas de blancos y finísimos encajes, tan maravillosa era la labor de sus piedras, es decir, yo no sé de qué materiales estaban construídas, uso las frases del lenguaje humano para hacer comprensible mi relato; entre aquellas moles artísticas descollaba una más alta, más esbelta, sus muros eran transparentes y sobre sus cúpulas se cruzaban arcos luminosos, ¿qué templo será éste? me pregunté, ¿será el templo de Dios? y llegué al pie del templo, que estaba rodeado de magníficas graderías, ¿de qué eran aquellos blanquísimos escalones? no lo sé, pero los pies se posaban sobre una materia blanda, que exhalaba un perfume embriagador, llegaron entonces hasta mis

© Biblioteca Nacional de España

oidos, ecos dulcísimos, melodías que cautivaban y despertaban los más dulces sentimientos. ¿Serán los fieles que entonan sus alabanzas á Dios? quiero verlos, y entré en aquel suntuoso, en aquel maravilloso edificio, donde creí encontrar una multitud inmensa, y no encontré á nadie; dentro ya del templo, éste me pareció que se agrandaba, ¡qué inmenso era! ¿tenía techo? sí, pero el techo era luz, luz expléndida de múltiples colores, luz que nunca había yo visto otra igual, pero en medio de tantas maravillas no había nadie más que yo; la soledad me perseguía por todas partes, y ya comenzaba á entristecerme cuando sin hacer el menor ruido, ví que por diversas direcciones entraban multitudes de hermosas figuras, hombres arrogantes, envueltos en blancas túnicas los unos, y los otros con mantos de bellos colores; por un lugar más radiante de luz apareció la figura de un hombre hermosísimo ¡era El! ¡el amor de mis amores! ¡el alma de mi alma! ¡la vida de mi vida! levantó su diestra y todos se sentaron ¿cómo? ¿de qué manera? ¿sobre qué artefacto? no lo sé, pero los ví á todos sentados y yo me quise sentar también, pero no pude doblegar mi cuerpo, que en aquellos momentos también quedó convertido en blanca estatua, tal era mi inmovili-

© Biblioteca Nacional de España

dad; todos me miraron con extrañeza y asombro y me pareció oir un murmullo de descontento, pero El dijo:—No miréis al que está de pie, miradme á mí.—Yo dije entonces:—¡Piedad, Señor! no quiero estar de pie; pero El se sonrió dulcemente y me dijo:—Estate de pie, y mirando luego á todos prosiguió diciendo:—Después de luengos siglos viene hasta mí, mi espíritu predilecto; y es mi predilecto, porque entre los dos hay una historia. Me hizo la traición más horrible, y después ha sentido por mí el amor más inmenso que se ha conocido en la Tierra, por mí sufrirá y ha sufrido todos los dolores terrenos; ese espíritu ha causado á muchos de vosotros grandes daños, pero hoy solo quiere amor y progreso; hoy nos reunimos para que reciba una lección que de mucho provecho le servirá; y al decir esto el elegido de mi alma, se abrió el templo, sus muros transparentes desaparecieron como por encanto, sus torres se convirtieron en bandadas de aves de hermosísimo plumaje, nada quedó de tanta maravilla artística, solo un espacio inmenso, lleno de luz, donde millones de hombres trabajaban en diversas artes y oficios, y estudios, y experimentos científicos; entonces El se acercó á mí y ví sus ojos que parecían dos soles de los más radian-

© Biblioteca Nacional de España

tes; cada vez que le veía encontraba más luz en ellos, ¡qué ojos tan hermosos, Dios mío! el cielo está en ellos.—Despierta, me dijo, mírame bien, sacíate de mirarme, y mira al mismo tiempo á las generaciones que luchan por la ciencia y la sabiduría; ven conmigo, ven, y mira atentamente ¿te cautiva este taller del infinito?

»—¡Ah! sí, mucho me cautiva, yo quiero trabajar aquí.

»—Aún no es tiempo;—y entonces me hizo observar la relación que existía entre los habitantes de la Tierra y los moradores del espacio.—¿Ves la relación que existe entre los trabajos de los unos y de los otros? pues esto te probará que nadie trabaja solo, que hay perfecta unidad de miras entre las agrupaciones de espíritus que todos van á un mismo fin, al perfeccionamiento de sus obras. ¿Ves este grupo?

»—Sí.

»—Pues ese grupo trabaja en la constitución de las religiones.

»—No me gusta su ocupación porque crean sombra sobre sombra.

»—Pues ese es tu trabajo de ahora, aunque menos sombrío; pero ven, aquí hay más luz, este grupo trabaja en la reforma de una religión, comienzan la elaboración de la verdadera religión; pero con todo, yo

© Biblioteca Nacional de España

siguiendo las instrucciones de El, miré al fondo de aquellos cálculos teológicos y encontré allá en la última suma la cifra del egoísmo, allí también existía la mentira religiosa. Después me llevó ante otro grupo donde solo había verdaderos sabios, aquel grupo era muy reducido. El los miró muy complacido y me dijo:—Cada espíritu de éstos, podría levantar un mundo sin el menor esfuerzo, y se acercó á uno y le dijo:—Mueve un poco la masa fiuídica que nos envuelve, y entonces ví lo inexplicable y oí músicas lejanas, suspiros comprimidos, risas infantiles, juramentos de amor, la vida de un mundo pasó ante mí ¡cuánto puede la ciencia, Dios mío!...

»Después me dijo El: ¿Te acuerdas? cuando yo era un ser pequeño te quise elevar hasta mí, seducido por tu expléndida hermosura te hice entrar en uno de los talleres de la ciencia, y allí me vendiste, y allí abriste un abismo entre los dos, y ese abismo tienes que atravesarlo de parte á parte; ahora fíjate bien, y mira lo que hace aquel sabio, con solo su pensamiento se mueve un mundo en formación, y ví entonces fenómenos asombrosos.

»—Esto te encanta, ¿verdad?

»—Sí; esto es más bello que edificar

© Biblioteca Nacional de España

templos religiosos; yo no quiero edificar más casas de piedra.

»—Pues ahora te toca edificar así, mañana edificarás con sentimiento y con amor.

»—Yo quiero ser sabio, porque los sabios son dioses; ¡mueven los mundos!

»—Los sabios, no son dioses: son obreros en los talleres de Dios. Dios crea los mundos, deja acumulados en ellos todos los elementos de la vida, y el trabajo de los sabios es conocer las propiedades de todos ellos y aplicarlas y combinarlas para el sostenimiento de la vida y el embellecimiento de cuanto le rodea. No lo olvides, no hay dioses, no hay más que un solo Dios, El solo crea. Ahora ven, descenderemos á la Tierra, y quiero que recuerdes cuanto has visto. Yo soy el único ser que te atrae al polo del sentimiento, ve, edifica templos para dar pan á los pequeñitos, y al poner piedra sobre piedra, pon también sentimiento sobre sentimiento; y no lo dudes, tiempos vendrán que la ciencia iluminará la Tierra, y recuerda que después vendrás conmigo.

»—¿Y cuándo muera, me uniré á tí, Señor?

»—No; tendrás que pasar por otros talleres, y entonces volverás á la Tierra.

© Biblioteca Nacional de España

»—¡A la Tierra! ¿á la Tierra volveré, Señor? ¿y qué haré?

»—¿Qué harás? serás un angel de luz y de amor, y entonces... entonces no se matará en mi nombre, ni en mi nombre se atormentará.

»—¿Y te veré, Señor?

»—¿Que si me verás? si ahora me ves, calcula lo que será después. Entonces yo te abriré los montes, te allanaré los caminos, te calmaré los mares, y te daré generaciones que te respeten y te amen.

»—¿Seré Rey?

»—No; serás el último servidor; y, entonces se fué alejando diciéndome:—No te entristezcas, no quiero tristezas ni adoraciones; quiero energías para el trabajo.

»Me desperté completamente felíz; me parecía que era dueña del universo, ¡motivos tenía para ser dichosa! había visto la realidad de la vida, las religiones con sus egoísmos y las ciencias con su poderío, y flotando sobre aquel conjunto de pasiones diversas, ¡la hermosísima figura de mi Dios! ¡de mi amor! ¡de mi vida! porque El lo era todo para mí.

»Pasé algunas horas en verdadero éxtasis; después descendí á la Tierra y pensé piadosamente en mi pobre pintor, ¿qué sería de él? supliqué á mi hermano que fue-

© Biblioteca Nacional de España

ra en su busca, fué y volvió diciéndome que estaba enfermo, ¡pobre víctima de la tiranía religiosa!

»Seguí visitando las obras del Convento, que marchaban admirablemente, porque el arquitecto estaba tan contento viendo á sus hijos curados, que parecía que le habían quitado treinta años de encima; corría, se multiplicaba para estar en todas partes, y los trabajadores contentísimos con él, porque era muy bueno, hacían prodigios de actividad, para darle gusto y para obtener una justa recompensa, que ni él ni yo negábamos á los buenos obreros; parecíamos todos una gran familia; cuando yo llegaba todos descansaban y me decían, ya recuperaremos lo perdido, ahora queremos oiros, y todos me rodeaban llamándome madre. ¡Madre! ¡qué hermoso nombre!

»Cuando menos lo esperaba vino á verme un religioso de figura agradable y humilde, de rostro simpático y maneras distinguidas, pero unido á su natural distinción estaba la mayor sencillez; me saludó y me dijo:—Soy un pobre religioso, un soldado raso de las filas eclesiásticas, quiero hablar con vos, sé que os combaten los unos y os aplauden los otros, y quiero ver cuál de los dos bandos tiene razón para yo entonces formar mi juicio.

© Biblioteca Nacional de España

»Su modo de hablar me sorprendió, porque hablaba al parecer con sinceridad, y bajo tal supuesto, le dije:

»—Tengo hambre de encontrar un religioso noble y digno.

»—Creo, señora, que nos entenderemos los dos y falta hace que nos entendamos porque se acercan tiempos calamitosos, que bien podremos llamar tiempos de horror.

»Mucho hablamos sobre religiones y sobre la fundación de órdenes religiosas; tenía mi visitante buenos propósitos, muy buenos, y creyendo que yo tenía mucho valimiento, quería que yo fuese el alma de todo; diciéndome en resumen:

»—Yo, á pesar de mi humilde posición, soy muy querido y muy respetado, me creen un sabio, y he llegado á formar buenos juicios teológicos, y como me respetan, respetarán nuestras relaciones religiosas. Os juro que no quiero perjudicaros, quiero, sí, saber si tenéis relaciones directas con Jesús, y si así no fuera haceros ver que estáis en un error perjudicial, sobre todo para vos.

»—Bueno; si sois digno y leal como me parecéis, yo os diré mis sueños, mis videncias y mis éxtasis.

»Muy conmovido y muy impresionado se separó de mí el religioso, y yo me quedé

© Biblioteca Nacional de España

contentísima. ¿Si habría encontrado mi alma gemela para trabajar juntos? ¡en medio de todo me encontraba tan sola!... ¡y es tan triste la soledad!

»Vino por fin mi pobre pintor, al verle le dije:—¡Pobrecito! ¡cuánto habéis sufrido! ¿verdad?

»—No, sí, no; no hablemos de eso, señora, el viento cuenta todo lo que se dice.

»—No temáis ¡pobrecito! os quiero más alegre, más comunicativo.

»—No puedo, señora, no puedo, que luego... luego todo se sabe.

»Hice que tomara alimentos y el infeliz recobró nueva vida, diciéndome:—No tengo otra pena sino que no puedo pintar vuestros ojos, no sé que hay en ellos.

»Al fin terminó su obra, y el infeliz temblaba pensando que su trabajo sería muy criticado... ¡pobrecito! era un alma buena, digna del mayor respeto y de la más profunda consideración.

»Volvió mi nuevo amigo el sacerdote, más contento y satisfecho que el día que le conocí; le hice hablar mucho y habló con gran elocuencia, diciéndome al final de su peroración:—Ahora hablemos de vos, no pretendo ser vuestro confesor, porque creo que el alma solo con Dios debe confesarse, yo quiero que me habléis de Dios, del mo-

© Biblioteca Nacional de España

do que le comprendéis y le definís, quiero que me expliquéis lo que sentís cuando hacéis vuestras curas maravillosas, quiero sobre todo que me habléis de Dios, diciéndome todo lo que sentís.

»—Bueno; os contaré toda mi vida, y le hablé de mi infancia; aquel día al despedirse me dijo mi nuevo amigo:—¡Cuánto os han calumniado! ¡cuánto! mas yo á su tiempo daré cuenta de la verdad, me habéis hecho ver una nueva faz de la vida, y me habéis convencido que el espíritu de la verdad se posesionará de la Tierra y triunfará la verdadera religión, yo seré vuestro cronista.

»—¿Escribiréis mi historia? ¿y para qué?

»—Para dar luz á los ciegos de entendimiento, que de ellos se componen las tres cuartas partes de la humanidad, la luz no debe esconderse debajo del celemín, luz es vuestra vida y yo la haré brillar por los siglos de los siglos.»

© Biblioteca Nacional de España

LX

Quedé totalmente satisfecha de la visita del sacerdote, recobré inspiración y alientos, estaba contenta y agradecida á la Providencia, y como cuando el alma sonríe todo nos parece más bello, me dediqué con ardor á mis trabajos literarios, y escribí un opúsculo dedicado á mi nuevo amigo, preguntandole: ¿eres angel ó sacerdote? ¿serás mi perdición ó mi alivio? si vienes á ser mi consuelo ¡yo te bendigo! si vienes para mi daño, ¡yo te perdono!; en aquel escrito exhaló mi alma todo su amoroso sentimiento.

»Seguí visitando las obras que tocaban á su término y me decía el arquitecto:

»—¿Y luego qué haremos con estos centenares de obreros? los infelices están temblando que esto se acabe, pero son tan buenos y tan leales que trabajan á más y mejor para que se concluya pronto la obra comenzada.

© Biblioteca Nacional de España

»—Pues ya les podéis decir que trabajo no les faltará; y después de hacer tal afirmación, en mi interior sentía inquietud y malestar, porque yo prometía lo que no estaba segura de cumplir. Mi hermano, estaba muy contento de verme tan animada y yo le decía:—Créeme, hermano mío, soy felíz porque Dios me quiere mucho, siento su benéfica influencia en torno mío.

»Vino después mi pobre pintor muy decidido para hacer copias de mi retrato, suplicándome encarecidamente que al pintar mis ojos no me separara de él, pues siempre encontraba en ellos algo nuevo que arreglar.

»Recobró en parte su buen humor, si bien me decía el pobrecito:—Crea usted, señora, que hay momentos que creo estar entre demonios ¡qué malos son aquellos religiosos!...

»—¿Tenéis que estar en esa Comunidad por precisión?

»—No, señora, no; no he profesado porque encuentran no sé qué inconvenientes para admitirme, y al mismo tiempo no me dejan en libertad para irme á otra parte.

»—Entonces yo os salvaré á su tiempo, dejadme hacer.

»—¡Ay, señora, de mi alma! ¡qué favor

© Biblioteca Nacional de España

me haríais tan grande! creo que entonces sabría pintar vuestros ojos.

»Volvió mi nuevo amigo el sacerdote y lo encontré lívido, parecía un desenterrado.

»—¿Sufrís? le pregunté.

»—Sí, estoy enfermo.

»—Y creo que más del alma que del cuerpo.

»—¿Quién os lo ha dicho?

»—Nadie, pero lo veo, y es preciso que viváis porque tenéis mucho talento y los talentos tienen que dar luz; tenéis, pues, que luchar como yo he luchado, hacéis mucha falta en la Tierra, á mí especialmente; ¿creéis que estoy contenta de haberos conocido?

»El sacerdote me miró profundamente, quiso sonreirse, pero solo debió sonreir su alma porque su rostro permaneció impasible y me dijo evitando contestarme:

»—Estoy convencido que tenéis muchas fuerzas de que disponer, y observo que á vuestro lado se está muy bien ¿verdad que debo tener mejor semblante?

»—Sí, sí, que estáis mejor, pero vuestro espíritu está enfermo.

»—¿Pretendéis que me confiese con vos? ya sabéis mi opinión sobre la confesión; solo os diré que veo en nuestra religión, sombras, fuego, sangre, muerte, y esto me

© Biblioteca Nacional de España

produce cansancio, desequilibrio, desmayo, escribo con desaliento, y creo que mis obras morirán sin dar fruto.

»—¿Y nada os alegra? ¿nada os dice que hay esperanza y amor? ¿que hay vida, porque hay progreso?

»—¿Progreso? no sé; yo solo veo á nuestro Redentor sudando sangre y sufriendo por nuestra redención.

»—¿Y no le véis más grande, más sublime, más inmenso en su gloria? Si yo no le viera así, renegaría de mi religión.

»—¿Y cómo véis vos al Redentor?

»—Tranquilizáos, que para oirme es necesario que estéis tranquilo. Yo no veo al Redentor como vos, yo sé que no es Dios, El me lo ha dicho, es un hijo de Dios, y miré fijamente al sacerdote.

»—No me miréis así; me dáis vida y sueño á la vez.

»—¿Queréis dormiros?

»—Sí, quisiera reposar, pero aquí... aquí no es posible.

»Yo le miré y se durmió mi nuevo amigo no pudiendo resistir el invencible sueño que le dominó, parecía la imágen del dolor y de la sabiduría en completo reposo. Yo me quedé muy sorprendida al verle dormido, y más aún, cuando oí una vocecita que me decía:—Pregúntale.

© Biblioteca Nacional de España

»—¿Y si se despierta?

»—No se despertará, tiene el sueño del espíritu y con ese sueño queda el cuerpo completamente insensible, pregúntale. Entonces me dirigí al durmiente y le dije:—¿Cómo estáis?

»—Gracias á Dios que me has preguntado.

»—¿Cómo habláis dormido?

»—Porque habla mi espíritu.

»—¿Cómo?

»—Hablando, ya te hablaré más después.

»Yo no me podía explicar lo que estaba sucediendo, y mirando al sacerdote, éste me dijo:—Vendrán tiempos que los espíritus dirán que no hay más que un cielo, el cielo del amor de las almas.

»¡Qué asombrada me quedé! iba á despertarle, porque verle dormido me inquietaba, cuando oí la vocecita que me decía: —No le despiertes, él se despertará.

»—¿Pero qué es esto, Señor? ¿qué embrujamiento, qué hechicería es ésta?

»—Eso es el complemento de tu vida, aprovéchalo.

»—¿Duermes? le pregunté más animada.

»—No, no duermo, veo lo que te rodea.

»—¿Y qué me rodea?

»—Una aureola de luz, producto de tus luchas y de tus desvelos.

© Biblioteca Nacional de España

»Siguió dormido y yo seguí inquieta, preguntándole con impaciencia: — ¿Qué miras?

»—Déjame.—Al fin abrió los ojos y me dijo confuso y turbado:—¡Qué sueño he tenido! es muy extraño.

»—Qué sueño, ni qué sueño, habéis tenido lo que tengo yo.

»—Decidme algo que alegre mi alma, leed alguno de vuestros trabajos, estoy triste, contrariado, enfermo.

»Le leí el opúsculo á él dedicado y dijo:—Yo contestaré á ese escrito, pero después de haber leído mi contestación rompedla, que de las interioridades de mi alma nadie quiero que se entere, odio las profanaciones, leed, leed más: Le leí mi canto al Sol y él me dijo:—Sois un arpa del cielo y un angel le arranca sus sonidos melódicos; tenéis razón, el Sol es el alma de este mundo, ¡qué hermoso es el Sol! Me encuentro mucho mejor; á vuestro lado se vive, se siente y se espera. ¿Os gusta el campo? á mí también, porque cada flor dice al hombre: ¡Dios es amor!... Adiós y no temáis nunca al diablo, en vos no radica el diablo, porque sois ¡toda luz!

»Me quedé muy contenta de cuanto me dijo el sacerdote, y eso que la cuestión de su sueño me preocupaba; visité nueva-

© Biblioteca Nacional de España

mente las obras y el Arquitecto me dijo: —Pronto podréis cumplir vuestro deseo, ya os podéis ocupar de amueblar las habitaciones y no olvidéis que los obreros todo lo esperan de vos.

»—De mí no, de Dios es de quien deben esperarlo todo.

»Vino de nuevo el sacerdote y nos ocupamos con preferencia de nuevas fundaciones religiosas. ¡Qué bien! yo había prometido trabajo á los obreros y mi promesa se cumpliría enseguida. Fuímos á ver el nuevo paraje para levantar otra casa para religiosos, y allí hablamos de todo lo concerniente á nuestros planes; mi hermano también fué de la partida, y le pedí al sacerdote las notas convenientes para el arquitecto. Pasamos por el campo, hablamos de mi protector, que era el alma de todo aquel movimiento, y al regresar de nuestro paseo dijo el sacerdote:

»—Pobre visita hemos hecho.

»—¿Pobre decís, y nos hemos ocupado de darles pan á los pobres? y el pan más sano, el del trabajo.

»—Es que yo necesito algo más de vos.

»A mi hermano le chocaron sus palabras y me dijo cuando nos quedamos solos:—¿Qué quiere ese sacerdote de tí? y hablando de otra cosa: ¿Qué harás tú mañana si yo

© Biblioteca Nacional de España

muero? yo quisiera que te establecieras con la nueva Comunidad.

»—¿Quieres que me encierre? y lloré amargamente.

»—No me entiendes, yo quisiera que tú fueras la Superiora de ese Convento, porque tal como vives, no vives bien.

»Nada le contesté, pero me disgusté muchísimo, encontraba en mi hermano algo extraño, ¿tendría celos de mi nuevo amigo? pasé mala noche y al día siguiente le dije al Sol: ¡Dichoso tú! á tí nadie te quiere encerrar; vino luego el sacerdote con las notas que yo le había pedido, y su visita me contrarió más y más, temía el enojo de mi hermano, y como yo no sabía fingir, conoció mi amigo que me estorbaba y se marchó, de lo que yo me alegré y dije: ¡Dios mío! si yo amo á ese hombre, ¿por qué me cela mi hermano? éste me dió después una satisfacción, y yo le dije:

»—¿Qué piensas de ese sacerdote?

»—¿Qué quieres? ¡se habla tanto!... ¡y tan mal!...

»—Pero si ese hombre es un sabio incapaz de descender á miserias terrenales, y has de saber que ese hombre necesita de mí el aliento, y yo de él, su sabiduría; yo le he dormido, ¡y si vieras qué bien habla!

»—No me gusta, hermana mía, no me

© Biblioteca Nacional de España

gusta lo que me cuentas, cada vez lo entiendo menos, y para salir de dudas cuando él venga, avísame, y hablaremos los tres.

«Volvió el sacerdote y llamé á mi hermano, éste acudió enseguida, hablamos mucho los tres, y al fin, mirando yo al sacerdote con fijeza, le dije á mi hermano sonriendo: este señor se duerme.

»—¡Yo!...

»—Si, sí, vos; el sacerdote quiso levantarse pero no pudo y se quedó profundamente dormido; mi hermano se quedó asombradísimo y más cuando yo le dije al durmiente:—Cuéntanos lo que ves, mira á mi hermano. El sacerdote dirigiéndose á mi hermano le dijo:—No estás mal rodeado, porque eres bueno, pero no eres misericordioso; no vives como viven los caballeros, vives como viven los aventureros, necesitas justificar tu familia, dando tu nombre á los que antes diste la vida; y en cuanto á tu hermana, recibirá muy pronto un documento, por el cual podrá vivir donde quiera libre y tranquila, es decir, no muy tranquila, porque no todos sus días serán de flores, y para los días de lucha contad comigo.

»—¿Me calumniarán?

»—No te importe, yo seré tu cantor, tu historiador, tu cronista más fiel.

© Biblioteca Nacional de España

»Mi hermano no sabía lo que le pasaba, le tranquilizé cuanto pude, pero él me decía:

»—Ese hombre no sé quién es, pero me ha dicho horribles verdades.

»—Escucha, dijo el sacerdote, no basta dar pan á los hijos, se necesita dar nombre á los que se les da el sér.

»—No admito consejos.

»—Pues ya verás si he sido para tí un aviso del cielo.

»Se despertó y me dijo el sacerdote:—¿Qué hacéis conmigo? si me hacéis abdicar de mi voluntad no vendré á veros.

»—Tenéis razón, replicó mi hermano, no es conveniente que os durmáis aquí, la maledicencia se cebaría en ella y en vos, y á la verdad que las apariencias se prestan á ello.

»El sacerdote me miró como reconviniéndome, y se marchó contrariado; mi hermano se retiró afectadísimo, yo lo busqué después para consolarle, porque lloraba como un niño.

»—¿Qué tienes, hermano mío?

»—Que entre todos me volveréis loco.

»—¿Recuerdas lo que te ha dicho el espíritu?

»—Déjate de espíritus.

»—Pues cumple con tus hijos.

© Biblioteca Nacional de España

»—No necesito consejos; mis hijos serían un baldón para nuestra familia.

»Algunos días después recibí un pliego de mi protector en el cual se me ordenaba que yo fuera la Superiora de la nueva Comunidad, sin que esto me obligara á la vida claustral. ¡Qué contenta me puse! ¿y qué mujeres escogeré? me pregunté con afán; nada más sencillo, buscaré religiosas descontentas, ¡hay tantas!

»Hablé con mi hermano, y éste no secundó mis planes, diciéndome con enojo:

»—Desde aquel día estoy enfermo.

»—Lo creo, porque tienes enferma la conciencia.

»—¡Calla!... ¡calla!...

»—No debo callarme, porque quiero tu tranquilidad; y obligación tengo de trabajar para conseguirlo; piensa que tienes hijos, según dice el espíritu.

»—Déjame de espíritus, aquel hombre era el que hablaba.

»—Hablaba, pero no era él.

»—Dejemos tan enojoso asunto.

»—Es que tienes hijos.

»—¿Pero tú no sabes que la madre de mis hijos es indigna de mí?

»—¿Y por qué?

»—Porque es plebeya.

»—¿Y crees tú que después de muerto

© Biblioteca Nacional de España

no te seguirá la deshonra? valiera más que esa mujer la honraras en vida, para que la deshonra no te persiga más allá de la tumba.

»—¿Pero sabes tú quién es esa mujer? su sangre no puede mezclarse con la mía.

»—¿Tú crees que tus hijos, son tus hijos?

»—Eso sí.

»—Pues mira como la naturaleza resolvió el problema, lo que yo siento es no conocer á esa mujer, para decirle ¡hermana mía! si has amado á mi hermano ¡bendita seas!

»Nos separamos muy disgustados el uno del otro, él no ocultó su enojo ni yo tampoco; porque lo repetí para que él lo oyera. ¡Nobles y plebeyos!... ante Dios todos somos iguales, puesto que todos nacemos de igual manera: sus eternas leyes no se alteran ni un segundo para evitar un dolor ni adelantar una sonrisa á los que se creen superiores á los demás, ¡sólo Dios es grande!

»Recibí muchas comunicaciones referentes á la fiesta religiosa en proyecto; entre las cartas recibí una primorosamente escrita, era de mi antiguo confesor, en ella me decía:—Seréis Superiora de la nueva Comunidad, y todas las dignidades de la iglesia visitarán el nuevo Convento; se le quiere dar gran resonancia á vuestra entrada en

© Biblioteca Nacional de España

la Santa Casa, será una fiesta digna de vos y de nuestra religión.

»En la carta se notaba cierto tinte epigramático, y yo dije al concluir su lectura: ¡Ah! sí, será una gran fiesta, en ella quiero coronar á un angel, ¡á mi sobrina! ella me coronó en el campo, yo la coronaré ante el altar de María, comenzaré á ser reina y soberana para premiar á los buenos; y al envanecerme con mi nuevo cargo, y por verme tan atendida y tan respetada, oí la vocecita de siempre que me decía:— Piensa en los pobres, ¡hay tantos que lloran!...

—¿Dónde? pregunté temblorosa.

—Muy cerca de tí, hay una anciana que sufre y llora. Recordé entonces á la antigua servidora de mi madre, cuyos brazos me sirvieron de cuna, y la hice venir inmediatamente; al verme, se abrazó á mí llorando con el mayor desconsuelo.

»—Abrázame, pero no llores, ¿qué quéjas tienes de mí?

»—Muchas, vuestro desvío; no os fijáis en los pobres que os rodean, arregláis las casas de los otros, y dejáis la vuestra sin arreglar.

»—¿Estás enferma?

»—Sí, me duele el corazón de tanto sufrir.

© Biblioteca Nacional de España

»—Pues ya no te dolerá; y le puse mi diestra sobre el corazón, y ella me dijo: —Basta, me dáis demasiada vida.

»—Bien, pues mañana y todos los días no te olvides de entrar en mi estancia, y decirme que te mire, sé tú la voz de mi conciencia ya que mi imperfección no me deja cumplir con todos mis deberes. Tienes razón, mujer, tienes razón; los que quieren redimir un mundo también son ingratos; háblame para que yo no lo sea.»

© Biblioteca Nacional de España

LXI

Hay veces, que los que en la Tierra se hallan siendo pequeñitos por sus condiciones de ser, son celosos, y más que celosos exigentes, en particular los ancianos, éstos se vuelven niños llorando con el mayor desconsuelo por lo más insignificante; quieren ser mimados y atendidos, y llegan hasta ser intolerantes con sus allegados y sus deudos; y digo esto, porque la antigua sirviente de mi madre, se fué más consolada con mis palabras y yo conocí perfectamente que exageraba su dolencia y mi desvío, porque hay también que comprender que cuando atenciones imperiosas absorven por completo las horas de nuestra vida, no se puede atender á cuanto nos rodea, puesto que no se tiene más que un cuerpo de que hacer uso, y que además, las actividades de la inteligencia tienen sus límites.

»Por regla general cuando un ser es ingrato y orgulloso, los débiles que le rodean

© Biblioteca Nacional de España

se callan humildemente y obedecen sus menores mandatos, y cuando el superior les da cariño y tolerancia, los servidores exigen más, mucho más de lo que reciben. ¡Ay! en la batalla por la existencia ¡cuánto hay que luchar, Dios mío! es en la tierra todo tan pequeño, que hasta el amor se empequeñece, y sus manifestaciones son exigencias enojosas.

»Cuando me retiré á descansar, pensé con angustia en cuanto me rodeaba y sentí cansancio, pero un cansancio inmenso. ¿Por qué todo me cansa, Dios mío? exclamé acongojada, ¿soy más mala que ayer? yo creo que hasta el perfume de las flores me produce malestar, ¡miro en torno mío y todo me falta! ¡todo! ¡no soy libre! no; me falta lo más esencial de la vida ¡la libertad!... y el eco repetía mis palabras y el eco me hacía daño, mucho daño; me aturdí por completo, y el aturdimiento no ilustra, al contrario, entorpece el trabajo de la inteligencia, y al sentir en mi mente el entorpecimiento dije indignada: ¡Dios mío! hay veces que la vida cansa más aún, harta, sí, harta, porque al fin y al cabo, ¿qué es la vida sino una lucha contínua?

»Cuando yo así me expresaba, mi cuerpo estaba en completo reposo, reposo del que estaba muy lejos mi espíritu, porque á

© Biblioteca Nacional de España

mis quejas insensatas respondió el rugir de la tormenta, ¿era la tormenta de mi alma que atrajo la tormenta de la naturaleza? ¿dónde iba yo? sentía llover á torrentes y yo decía: ¡Cómo llora el cielo! ¡llora como llora mi alma! ¡si las almas se deshicieran llorando!... y tanta era mi angustia y mi desesperación, que oí una voz satírica que me decía: ¿Y qué? ¿á qué vienen ahora esos espantos y lamentaciones, si no has sembrado otra cosa qué quieres encontrar?

»Miré y ví delante de mí una figura repugnantísima, de cabeza enorme y cuerpo enano, llevando en su rostro abultado y en sus manos deformes, las huellas de enfermedades asquerosas; su mirada revelaba todas las bajezas y las lubricidades del vicio, me miraba y se reía con placer infernal, diciéndome:

»—Cuanto sufres lo tienes merecido, porque tu alma es orgullosa y ambiciosa.

»—Mientes, le dije exasperada, nunca he sido ambiciosa, lo que deseo es más luz y más nobleza en la humanidad.

»—Mientes, y ante Dios no se debe mentir, ¡yo soy Dios!

»—¡Miserable reptil! ¡calla! si tú representaras á Dios, yo negaría la existencia del Sér Supremo.

»—¿Tú niegas á Dios? me perteneces.

© Biblioteca Nacional de España

»—No te pertenezco, no; eres el símbolo de todos los vicios y de todas las bajezas, no es extraño que exista en la Tierra una iglesia de Cristo prostituída, cuando en el espacio también hay mentira y prostitución; no me asustas, no me espantas, sé quien eres.

»—La figura aquella cambió de forma, y se fué presentando con las más repugnantes desnudeces y las más horribles deformides, hasta convertirse en una diosa bella y atrevida, pero comprendí que todo aquello era mentira, me brindó con luz y libertad, con amores y vida, y yo le dije:

»—No te creo, eres el símbolo de mi pasado que quiere recuperar su presa, pero has hecho tarde, mi alma huye del fango y de la infamia, podré quejarme, pero no infamarme; y entonces la figura aquella perdió sus atractivos, y comenzó á dirigirme los insultos más soeces, trató de indignarme recordándome mis infamias pasadas, apeló á todos los medios para desconcertarme, y yo le dije:

»—Es inútil tu afán, te rechazo.

»—No me rechazarás después; entonces un viento huracanado me hizo temblar y la simbólica figura se deshizo entre nubes cenicientas, nubes que formaron una pequeña flota de barquichuelos; dentro de

© Biblioteca Nacional de España

ellos se oían muchas voces que decían: Ya caerás en nuestro poder, mas súbitamente sentí una brusca sacudida y recobró mi alma su entereza y su lucidez; me encontré como otras muchas veces, en medio de un espacio luminoso, miré y ví que mi cuerpo dormía, lo que me probó que aún mi espíritu corría de *ceca* en *meca* buscando tropiezos y aventuras, y deseosa de recobrar mi calma perdida dije: ¡Dios mío! ¡amor de mis amores! ¿por qué me dejas sola en la lucha? atiéndeme, escúchame, contéstame, y oí ecos lejanos que me decían:—Te atiendo, te escucho, te contesto.

»—¡Pero si no te veo!

»—¿Cómo has de verme? ¡si estoy contigo! pero como te cansas y te hastías de todo, tú misma tejes la venda que te ciega. ¿No recuerdas que yo estuve en la Tierra para tolerar á todos? no me cuentes las miserias de los débiles, dime lo que has hecho por ellos; si tú te cansas, ¡cuántos se cansarán de tí!...

»Me fuí acercando á mi cuerpo, sintiendo vergüenza de mí misma, y entonces le ví á El allá, lejos, hermosísimo como nunca le había visto, resplandeciente como si todos los soles del Universo le enviaran sus resplandores, en su diestra llevaba un ramo de flores divinas ¡qué flores aquellas! sus

© Biblioteca Nacional de España

perfumes llegaron hasta mí y me desperté más animada pidiéndole al Sol su calor y su vida, porque él era la imagen de Dios.

»Cuando elevaba mi plegaria al Sol, ví entonces otra luz más bella que, como ráfaga luminosa, mariposeaba sobre las copas de los árboles; creí que era un efecto óptico de mis ojos deslumbrados, y me retiré de la ventana, pero al retirarme ví que la masa luminosa tomaba forma esférica, y entrando por mi ventana, trazó un círculo perfecto y se dejó caer sin el menor estrépito sobre mi mesa. Yo, admiradísima de lo que estaba viendo me acerqué temerosa á mi mesa, y me atreví á tocar el globo de luz, que al contacto de mi mano se deshizo dejando en su lugar el ramo de flores que yo había visto en la diestra de El, ¡qué ramo tan precioso! era preciosísimo, besé sus perfumadas flores diciendo: tú eres *un ramo del cielo!* y contemplándolo escribí una poesía titulada: *El ramo del cielo;* pero lo más extraño fué que aquellas flores me hablaron, la que descollaba en el centro, que era de vivos colores, me dijo: Yo soy *la vanidad,* reino en la tierra por mi gentileza y mi hermosura; y otra flor blanca y delicada, murmuró: Yo soy *la modestia,* mi reino no es de este mundo; y otra flor de hermosos y aterciopelados pétalos

© Biblioteca Nacional de España

exclamó:—Yo soy *la fuerza,* soy el alma de la vida; y otra flor añadió: Yo soy *la convicción,* y rara vez mi corola ostenta todos sus primores; y otra flor, más delicada y más escondida, dijo con la mayor dulzura: Yo soy *la verdad,* todos me buscan y ninguno quiere encontrarme; y muchas florecitas pequeñas dijeron á la vez: Nosotras somos las obreras de *la verdad,* hilamos el lino de su blanca vestidura, y nuestro trabajo nunca se acabará; por eso la verdad desde la noche de los siglos está desnuda y lo estará porque á *la verdad* su misma luz le da lo necesario para ser eternamente bella y atractiva.

»¡Cuánto me hablaron aquellas flores simbólicas! ellas me dijeron, que la verdad es la relación directa entre los espíritus y Dios, y que la grandeza de Dios se hace incomprensible para todos aquellos que les ciega la luz de la verdad. Después, oí muchas voces que me decían: El *ramo del cielo* estará siempre contigo. ¡Gracias, Señor! yo trataré de ser más buena de lo que he sido hasta aquí.

»Fuí después al encuentro de mi hermano que paseaba meditabundo por el jardín, procuré distraerle y en parte lo conseguí. Vino después el arquitecto para hablarme de la campana mayor del nuevo convento.

© Biblioteca Nacional de España

Campana que iban á fundir enseguida y mi buen amigo quería que llevara mi nombre, á lo que me negué rotundamente, ordenando que le pusieran el nombre de mi protector, que solo á él, en justicia, le pertenecía, y advertí al arquitecto que siempre que me necesitara que no titubeara en buscarme donde yo estuviera.

»—¿Pues dónde estarás? preguntó mi hermano con inquietud.

»—En el Convento, probablemente, donde tendré ocupaciones de sobra.

»—No sé, encuentro en tí desvío.

»—No lo extrañes, los hombres que abandonan á sus hijos, no merecen el calor de la familia.

»El se enojó, y quedamos disgustados el uno del otro. Pasaron muchos días que invertí en hacer buenas obras entre propios y extraños; vino el pintor de mi retrato muy contento y muy satisfecho de su suerte, porque iba á vender una copia de mi retrato á muy buen precio.

»—¿Y quién os lo compra? le pregunté.

»—No puedo decirlo.

»—A mí sí.

»—Tambien es verdad, á vos se os puede decir todo, porque sois una santa.

»—Eso no lo admito, nadie puede ser santo, porque nadie es perfecto, ya véis yo

© Biblioteca Nacional de España

soy curiosa, y la curiosidad no es una virtud, y vamos ¿quién es el que compra mi retrato?

»—El sacerdote que habéis conocido últimamente me ha dicho que, para él, vuestro retrato será su mejor tesoro; os colocará entre los de su madre y su padre, y tanta prisa tiene por tenerlo, que hasta él mismo ha clavado el clavo que ha de soportar el peso de vuestra efigie ¡y es más bueno para mí! ¡si viérais! me sienta á su mesa, me da cuanto necesito, y me sacará del infierno en que estoy ¡es más bueno!

»Se fué el pintor y mucho me hizo pensar su relato, aquel sacerdote era un enigma para mí y murmuré con pena: ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¿qué pasa por mí? ¿qué siento? ¿qué quiero? Tenía razón mi hermano, debo encerrarme, no debo descender al abismo de las pasiones humanas; no; no; ese hombre se duerme con mi voluntad, entre él y yo, existen lazos del alma, pero estos lazos si no pueden anudarse con lazada indisoluble, hay que tratar de deshacerlos á toda costa.

»Volvió el pintor para terminar la copia y se puso muy contento diciéndome: ¿Cosa más particular! vuestros ojos en la copia están mejor que en el primer retrato, es verdad que habéis sido tan condescendien-

© Biblioteca Nacional de España

te que ni habéis pestañeado para que los copiara mejor; á mí mismo, me parece mentira lo bien que los he pintado, vuestra alma se asoma á ellos. ¡Razón tenía el pintor! el amor hace milagros, tanto es así, que al llevarse mi retrato le dije: Decidle á ese buen sacerdote que guarde siempre mi pálida imagen en recuerdo de nuestra amistad.

»Recibí después un pliego con instrucciones detalladas para la inauguración del Convento y me decían que el orador sagrado sería un capellán de orden real; y al decirme su nombre me quedé completamente aturdida, mi nuevo amigo el sacerdote, no era un cura de misa y olla, era una alta dignidad eclesiástica, ¡qué sorprendida me quedé! él me había dicho que era un pobre religioso y era... ¡un eminentísimo Señor!

»No tardó mucho en presentarse el dueño de mi retrato, hablamos sobre el engaño que me había hecho y él dijo:

»—Temí asustaros.

»—Pero me habéis engañado y yo os he dicho cuánto he sentido y mañana si queréis acusarme vuestra acusación será artículo de fe.

»—Callad, nadie me ha hecho en este mundo el daño que me acabáis de hacer; yo os haré justicia siempre, y si á recon-

© Biblioteca Nacional de España

venciones fuéramos, yo debo reconveniros porque me habéis hecho dormir contra mi voluntad y, ¿creéis que yo puedo ser vuestro acusador? ¡Ah! no; yo os veo en todas partes, ¡en todas!—¿qué habéis hecho conmigo?... y entonces me contó toda su historia, interesantísina por cierto, y me enseñó documentos importantísimos, por los cuales vine en conocimiento que mi amigo era un prócer de la iglesia de los más encumbrados; como ya no tenía que disimular, me dijo con natural arrogancia:—Todo me sobra, mujeres, dinero, honores, y todo me falta desde que os conocí.

»Traté de variar la conversación, y me fué muy fácil, teníamos tantos asuntos de que tratar referentes á la inauguración del Convento, que hablamos largamente, y tanto hablamos, que no sé de qué modo le miré que él me dijo:

»—¿Me arrojáis de aquí?

»—Ah, no; yo no puedo arrojaros, ¿qué soy yo ahora ante vos? una pobre religiosa que se encuentra decidida á encerrarse en el Convento y á no recibir á nadie.

»—Eso... allá lo veremos, conmigo tenéis de hablar, porque soy el encargado de escoger las religiosas para la nueva comunidad.

© Biblioteca Nacional de España

»—¿Qué? ¿queréis ponerme mujeres que me vigilen?

»—Hemos concluído; y salió bruscamente mi enojado amigo.

»¡Cuánto sentí lo ocurrido! ¡cuánto! ¡hubiera corrido en su seguimiento pero... ¡era imposible! ¡Ay! exclamé, ese hombre no será mi acusador, pero será peor aún, él siente por mí! ¡yo siento por él! ¡Dios mío! ¿por qué la religión abre tumbas y destroza corazones? ¿por qué hace vírgenes en vez de madres? ¿por qué me hice religiosa cuando dormía mi alma? ¿por qué él es religioso?... ¡si fuéramos libres! ¿y por qué no podemos serlo?

»Mucho reflexioné sobre la esclavitud de los votos religiosos, y para distraerme hice venir á mi sobrina, y ésta al entrar en mi estancia lo primero que vió fué el *ramo del cielo* que en un jarrón de alabastro se erguía lozano, como si sus flores las hubiesen cortado momentos antes; la niña lo miró con deleite, aspiró sus diversos perfumes y me dijo:

»—¿Quién te ha dado este ramo, tía mía? mi corona á su lado ¡qué fea está!

»—No lo extrañes, esas flores son del cielo, por eso están tan lozanas.

»—¿Del cielo?

»—Sí, aquí han entrado volando.

© Biblioteca Nacional de España

»—Pues qué, ¿las flores vuelan?

»—No me abrumes á preguntas, hija mía; hablemos de otra cosa, quiero que el día de la inauguración, te pongas tu vestido de virgen y antes de colocar la imagen de la virgen en su camarín quiero allí coronarte, como símbolo viviente de la pureza y de la inocencia.

»—¡Ay tía mía! ¿quieres que yo me muera? sólo á las niñas que se mueren las coronan, y yo no quiero morirme.

»—¡Ah no, hija mía! yo tampoco quiero que te mueras, y si tal ceremonia no te agrada, nada hay de lo dicho.

»—¡Qué buena eres, tía mía, te convencen hasta los niños! no pareces religiosa, la monja que me educa, jamás escucha las súplicas de mis compañeras, ni las mías por supuesto; tú sí que eres buena, tú quieres á los niños; y mira, se me ocurre una idea: me vestiré de angel con alas y todo, y te llevaré la punta de tu velo simbolizando á el angel de tu guarda.

»—Hija mía; los ángeles no son de la tierra: créeme, dejémonos de simbolismos, permanece con tu familia, y al ver pasar á la comitiva envíame un beso, y me quedaré contenta.

»—Tampoco me gusta eso; no sé ni lo

© Biblioteca Nacional de España

que quiero, quiero cosas de la tierra y suspiro por el cielo.

»Vino después toda mi familia á despedirse de mí; ¡qué diferencia de cuando nos reunimos junto al lecho de muerte de mi padre! ninguno de ellos se acercó á la hereje, á la mala religiosa, deshonra y baldón de la familia, todos me hicieron la señal de la cruz, y ¡tiempos traen tiempos! la hereje, la perdida, la loca, años después daba á su familia, honra y explendor, nunca soñado.

»Mi hermano declaró violentamente que protestaba de mi encierro, y que tuviera cuidado con Benjamín, que llegaría para la inauguración, y si no me consagraba á él algunos días ya sabía yo sus intemperancias. Toda mi familia me abrazó, me agasajó, y mi sobrina, en particular, cogida de mi brazo me comía á besos.

»Llegó la víspera del día esperado y se presentó mi protector seguido de su corte de literatos, gentiles hombres, y altos dignatarios de la iglesia; Benjamín llegó con sus hombres de armas y me abrazó con tal delirio y tal frenesí, que creí quedar ahogada en sus brazos. Mi protector procuró hablarme á solas y me dijo:—Has llegado á la altura que tú mereces y que yo

© Biblioteca Nacional de España

deseaba, ¿eres feliz? Yo me eché á llorar y él dijo:

»—¡Ah! ¡mujeres! ¡mujeres! No sé qué vió en mis ojos que añadió: ¡Qué locura hicimos en hacerte religiosa!... tu alma se ha despertado, y al despertar llora su dicha perdida, sus sueños evaporados. Oye, y el último sacerdote que te vino á encontrar ¿qué te parece?

»—Creo que es un gran hombre, y bueno sobre todo.

»—Tienes razón, es buenísimo.

»—¿Y lo mandásteis vos?

»—Sí, yo te lo mandé para que te diera buenos consejos y aprendieras hablando con él, ¿es buen confesor?

»—No sé, nos hemos confesado los dos, hemos hablado como hablan dos amigos.

»—Pues esa, esa es la mejor confesión.

»—Tengo una pena.

»—¿Y qué es ello?

»—Que está enfadado conmigo porque quiero encerrarme.

»—Ya lo comprendo todo; no pensé en que acercaba dos almas gemelas y al hallaros cerca el uno del otro ha sucedido... lo que debía suceder: pero, suceda lo que suceda, no me arrepiento de haberte hecho conocer á un hombre noble, digno y bueno; en contacto con un alma buena nunca

© Biblioteca Nacional de España

habías estado, no te han rodeado más que envidiosos y traidores, ya era hora que sintieras el calor de un alma que no ha manchado la envidia ni ha envilecido la traición.

»Aquella noche, ¡cuánto pensé en las palabras de mi protector! cuánto me alegraba de que mi nuevo amigo fuera tan bueno. ¿Por qué me alegraba? ¿por qué? es lo cierto que apenas dormí, pero me levanté animadísima, fuerte y casi casi dichosa.»

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

	Páginas
XLVIII	5
XLIX	19
L	37
LI	53
LII	67
LIII	81
LIV	95
LV	113
LVI	129
LVII	145
LVIII	157
LIX	171
LX	183
LXI	197

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CARBONELL y ESTEVA S. en C.

EDITORES

RAMBLA DE CATALUÑA, 118
BARCELONA

Pesetas

Cristianismo y Espiritismo

Dos voluminosos tomos. Cada uno. . 1'50
Los dos tomos en uno, en plancha. . 4

Ramos de Violetas

Van publicados 5 tomos. Cada uno. . 1
En tela y plancha á 4 colores. . . . 2

Misterios del Alma

Encuadernado en rústica. 1
Encuadernado en tela y plancha.. . 2

La Psicología de las Religiones

Encuadernado en rústica. 1
Encuadernado en tela y plancha.. . 2

El Colectivismo
Integral Revolucionario

Dos voluminosos tomos. Cada uno. . 1'50
Los dos tomos en uno, en plancha. . 4'50

Representantes de la Casa:

REPUBLICA CUBANA: D. Adolfo García, Real, 10, **MANZANILLO.**

MÉJICO: D. Sixto Valderrama, 2.ª de Benito Juarez, 205, **CÓRDOBA.**

© Biblioteca Nacional de España